

**LÓGICA DE LAS ELECCIONES DE PAREJA EN ALGUNAS MUJERES
A PARTIR DE RELATOS LITERARIOS EN LOS BEST SELLER DE LA
ÉPOCA**

**MARÍA CLARA MOJICA ARANGO
HÉCTOR FABIO QUINTERO OSPINA**

**UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANAS
DEPARTAMENTO DE PSICOLOGÍA
MEDELLÍN**

2014

**LÓGICA DE LAS ELECCIONES DE PAREJA EN ALGUNAS MUJERES
A PARTIR DE RELATOS LITERARIOS EN LOS BEST SELLER DE LA
ÉPOCA**

**MARÍA CLARA MOJICA ARANGO
HÉCTOR FABIO QUINTERO OSPINA**

**Asesor
SANDRA MARÍA SIERRA VALLEJO**

**Trabajo De Grado para optar al título de
Psicólogos**

**UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANAS
DEPARTAMENTO DE PSICOLOGÍA
MEDELLÍN**

2014

TABLA DE CONTENIDO

	Pág
INTRODUCCIÓN	6
1. PROBLEMA DE INVESTIGACIÓN	9
2. OBJETIVOS	10
2.1. OBJETIVO GENERAL	10
3. JUSTIFICACIÓN	11
4. ANTECEDENTES	13
5. METODOLOGÍA	17
6. HIPÓTESIS	20
7. MARCO TEÓRICO	21

7.1. LAS RELACIONES DE PAREJA DESDE DISTINTOS DISCURSOS	21
7.1.1. Las mujeres en la historia	21
7.1.2. El amor como construcción social	39
7.1.3. El erotismo	45
7.1.4. Lo normal y lo anormal en la sexualidad	46
7.1.5 El amor como receta	49
7.1.6 El amor de pareja ¿una cuestión de esquemas, de vínculo primario o centrada en la persona?	50
7.1.7. Un encuentro con el psicoanálisis freudiano y lo que dice sobre el amor.	57
8. EL AMOR EN FREUD	59
8.1. LO QUE INCIDE EN EL AMOR	59
8.1.1. La pulsión y lo que viene del interior	59
8.1.2. La sugestión	63
8.1.3. La transferencia como reedición de los afectos	63
8.1.4. La repetición: actuar para recordar	67
8.1.5. La satisfacción como meta	69
8.1.6. Identificación y enamoramiento como formas de vínculos afectivos	74
8.2. LA ELECCIÓN DE LA PAREJA	77
8.2.1. Maltrato como un equivalente de amor	82
8.2.2. Fetichismo: condición para la elección	86
8.3 ¿CÓMO SE DEVIENE MUJER?	87
8.3.1. Posibles vías en el desarrollo de la feminidad	88
8.3.2. Vérselas con la falta	91

8.3.3. La madre como primer objeto de amor	93
8.3.4. Bisexualidad en la mujer	95
8.3.5. Particularidades de la mujer en su vida amorosa	97
8.3.6 La cultura atravesando el devenir mujer.....	98
8.4. CARÁCTER SEXUAL EN LA MUJER	100
9. LO QUE DICEN LAS MUJERES HOY	104
9.1 CATEGORÍAS DE ANÁLISIS	104
9.1.1. Protección.....	105
9.1.2. Compañía	107
9.1.3. Parálisis	111
9.1.4. El Maltrato.....	114
9.1.5. Objeto de deseo.....	117
9.1.6. Ser amadas	120
10. CONCLUSIONES	124
BIBLIOGRAFÍA	130
ANEXOS	139

INTRODUCCIÓN

Este trabajo es un intento de responder a la pregunta por la lógica implícita en las elecciones de pareja de las mujeres en la actualidad. El interés en este tema surge al escuchar, en diversos contextos, que elegir una pareja y permanecer con ella parece no obedecer a la razón o la voluntad, convirtiéndose en un enigma aquello que determina la elección de la pareja.

El tema del amor y las relaciones de pareja compone una de las preguntas humanas por excelencia; razón por la cual damos inicio a este trabajo con un primer capítulo dedicado a la historia, con el objetivo de rastrear en ella los lugares ocupados por las mujeres en cada época de la humanidad y lo que ellas han puesto en juego en la vida amorosa. Para esto se recurre a George Duby (2003), un autor que sostiene con sus investigaciones que la historia del amor se halla en la historia de las mujeres.

El paso por la historia es importante porque allí se encuentran coordenadas que marcan los movimientos, ideologías, tendencias respecto a las relaciones de pareja y que surgen de la interacción entre lo socio-cultural y lo psíquico. Es así como en el transcurso de este capítulo aparecen referentes sobre las mujeres construidos por las diversas dinámicas socioculturales de cada momento histórico.

Identificados los lugares de las mujeres en la historia y su incidencia en la conformación de las parejas, damos paso al segundo capítulo en el que recurrimos a la sociología, la psiquiatría y la psicología para examinar las lecturas que estos discursos hacen de los fenómenos de la vida amorosa.

La primera de ellas lo aborda desde su componente social y hace un análisis ceñido a los eventos que han marcado el camino de las relaciones de pareja; pero encontramos unas limitaciones porque esta disciplina no toma en cuenta la lógica subjetiva al momento de elegir pareja. Por tal razón, con el fin de indagar y pasar del modelo propuesto por la sociología a un análisis individual sobre el fenómeno de la vida amorosa, recurrimos a lo dicho por la psiquiatría y las diversas corrientes de la psicología acerca de las relaciones de pareja, encontrando que cada una responde de una forma particular a la pregunta por la vida amorosa, dando mayor énfasis al paradigma normalidad/anormalidad y a las problemáticas en las relaciones de pareja.

Al advertir que ninguno de estos saberes responde acerca de cómo se da la elección de pareja, damos paso al tercer capítulo del trabajo, en el que acudimos al psicoanálisis freudiano con el ánimo de revisar qué del fenómeno de la vida amorosa, y concretamente, de la elección de la pareja se puede leer a la luz de su propuesta teórica. Adicionalmente, en este capítulo realizamos una aproximación a lo planteado por Freud sobre las mujeres en el amor, dado que el interés del presente trabajo se centra en ellas.

Luego de este recorrido por la historia, algunos discursos científicos y el psicoanálisis freudiano, acudimos a la lectura de best seller contemporáneos y seleccionamos una serie de dichos que nos permitieron acercarnos a las cuestiones de la vida amorosa de la época y señalar las repeticiones en las formas de relacionarse que asume la mujer en la vida de pareja. Lo anterior, tomando el consejo expresado por Freud (1933) “(...)Si ustedes quieren saber más acerca de la feminidad, inquieren a sus propias experiencias de vida, o diríjanse a los poetas, o aguarden hasta que la ciencia pueda darles una información más profunda y mejor entramada” (p.125). O como lo va a manifestar en su momento Lacan en el Seminario II, citando a Rimbaud (1954): “(...) los poetas, que no saben lo que dicen, sin embargo siempre dicen, como es sabido, las cosas antes que los demás” (p.17).

Apelamos entonces no a los poetas, pero sí a algunos escritores contemporáneos porque consideramos que la literatura se nutre en gran medida de las realidades socio-culturales de los seres humanos y, como tal, da cuenta de los fenómenos de la época. Además, si nos acogemos a que, según Freud, la cultura habla de los modos de satisfacción de la pulsión, surge la pregunta si más allá de ser un reflejo de la realidad, la literatura (como efecto de la cultura) cumple también una función prescriptiva en los modos de vivir la sexualidad y elegir pareja.

Finalmente se arriba al cuarto capítulo en el que se leen los dichos de las mujeres extraídos de los best seller bajo la lente de lo postulado por Freud referente a las relaciones amorosas y la elección de la pareja, diferenciando asuntos de época de los aspectos psíquicos y extrayendo razonamientos finales e interrogantes que den lugar a futuras investigaciones y a continuar pensando los asuntos del amor y las mujeres.

1. PROBLEMA DE INVESTIGACIÓN

¿Cuál es la lógica de las elecciones de pareja en algunas mujeres a partir de relatos literarios en los best seller de la época?

2. OBJETIVOS

2.1. OBJETIVO GENERAL

Identificar la lógica de las elecciones de pareja en algunas mujeres a partir de relatos literarios en los best seller de la época.

2.2. OBJETIVOS ESPECÍFICOS

- Describir algunas de las funciones asumidas o asignadas a las mujeres en las relaciones de pareja, a través de la historia.
- Identificar el modo cómo han abordado el tema de las relaciones de pareja los discursos de la sociología, la psiquiatría y la psicología.
- Examinar en la teoría freudiana los desarrollos sobre las elecciones de pareja y la mujer.
- Analizar a la luz de la teoría freudiana, la lógica de las elecciones de pareja en los dichos de algunos relatos extraídos de best seller de la época, diferenciando asuntos de época de los aspectos psíquicos.

3. JUSTIFICACIÓN

El interés por realizar un trabajo sobre la lógica de las elecciones de pareja en algunas mujeres surge, en primer lugar, como respuesta al deseo de encontrar un referente teórico que nos permita aproximarnos al análisis de la vida amorosa; razón por la cual abordamos las explicaciones dadas al tema del amor por disciplinas como la sociología, la psiquiatría y la psicología, arribando al psicoanálisis freudiano, con la intención de iluminar algunos lugares oscuros, pero al mismo tiempo buscando establecer la vigencia respecto a la época, de los postulados de Freud frente al tema del amor y la feminidad.

Han sido muchos los acontecimientos y particularidades históricas durante un siglo y por lo tanto resulta pertinente hacer un recorrido por las modificaciones en los modos de vivir el amor, para verificar si la lógica en las elecciones de pareja responde a estos cambios o es más bien un asunto psíquico que excede lo temporal.

En segundo lugar, a propósito del acento que hoy día hay en la feminidad, recurrimos a los dichos de mujeres encontrados en relatos literarios para indagar qué se ilustra allí de los avatares de la vida amorosa, inquiriendo si estos textos reflejan, en cierta medida, una parte de la sensibilidad latente en la sociedad.

Finalmente, con este ejercicio pretendemos un abordaje detallado al enigma construido alrededor del deseo femenino -acentuado en lo que se pone en juego por parte de las mujeres a la hora de elegir pareja- y tratar de esclarecer, si se trata sólo de un asunto de época o existe un argumento estructural, desde lo singular, que va más allá de los estándares socio culturales y teorías de género.

Estamos advertidos en todo caso por el mismo Freud (1933) que el camino que pretendemos recorrer está lleno de conjeturas y que es “[...] por cierto incompleto y fragmentario” (p.125). En ese sentido este trabajo es un esfuerzo de dar un paso más en el esfuerzo inacabado de elaboración sobre el tema.

4. ANTECEDENTES

Al iniciar el recorrido por la búsqueda de respuestas a los interrogantes alrededor del tema de la lógica de la elección de pareja, realizamos un rastreo bibliográfico con el objetivo de encontrar las investigaciones que se han realizado hasta el momento -principalmente en nuestro medio- y la forma como ha sido abordado este tema. Mirando los estudios de manera resumida vemos que en su mayoría son trabajos provenientes de la psicología pero con un enfoque psicoanalítico claramente observable. Aunque el tema central en estas aproximaciones investigativas ha sido la mujer, se han orientado hacia aspectos de la sexualidad y la posición femenina, esclarecidos a partir un concepto fundamental en el psicoanálisis lacaniano, las fórmulas de la sexuación (Martínez, 2008).

También encontramos estudios que contrastan la concepción de mujer y feminidad, en el psicoanálisis y el feminismo, tomando como base los cambios que se han generado en aspectos de la vida cotidiana a nivel social y cultural como los tipos de familia, las relaciones de pareja y las identificaciones sexuales (Colorado, 1998). Y más acorde con el tema que nos ocupa, hallamos una tesis que plantea hipótesis alrededor de aquello que sostiene las relaciones entre hombres y mujeres una vez conformada la pareja (Rendón, 2002); y otra que se ocupa del malestar que producen los vínculos amorosos en los seres humanos y los factores que se convierten en desencadenantes de crisis al interior de las parejas (Alzate, 2001).

Queda claro, que a la fecha se han realizado aproximaciones alrededor del tema de la relaciones de pareja desde diferentes perspectivas, pero la mayoría centradas en lo que sucede durante o después de terminadas dichas relaciones; incluso algunas de ellas hacen uso del concepto de amor en la obra freudiana (Arredondo, 2012). No obstante, son pocas las preguntas de investigación desarrolladas alrededor de la lógica de la elección de pareja, una razón más por la cual el presente ejercicio investigativo introduce este cuestionamiento como eje central del trabajo.

Para pensar en la lógica que subyace a las elecciones de pareja como pregunta de investigación, partimos del interés por los asuntos relacionados con el deseo y el amor que surge en el contexto de la práctica académica de psicología y a raíz de conversaciones con mujeres que tienen dificultades en sus relaciones amorosas y evocan citas o textos literarios en un intento por explicar su malestar.

Por esta razón nos servimos de tales narraciones literarias, concretamente de best seller del siglo XX, porque de un lado encontramos en ellos dichos de los personajes del género femenino que, por su repetición, permiten identificar algunos lugares comunes desde los que hablan las mujeres y que permiten suponer una posición personal y singular desde la que hablan. De otro lado, parecería ser que estos textos son, para quienes los leen, pautas de comportamiento a seguir en sus relaciones amorosas. Razón por la cual tomamos estos dichos como objeto de análisis del presente trabajo.

Con este asunto como fenómeno de investigación, se acude a la historia y se halla que las relaciones de pareja no han conservado las mismas características a través del tiempo, sino que por el contrario, han sufrido una serie de transformaciones según los acontecimientos socio-culturales. Es así como nos detenemos allí y ubicamos en cada período los lugares que han ocupado las mujeres en sus relaciones de pareja. Lo anterior da origen al interés por averiguar si éstos responden sólo a las condiciones de cada época o están influenciados por otros factores; y si la elección que las mujeres hacen de sus parejas está determinada, en alguna medida, por esos lugares asignados en los que ellas se instalan, incluso a pesar de su voluntad.

Para responder a este interrogante nos dirigimos a las ciencias, concretamente a la sociología, la psiquiatría y la psicología, para revisar la óptica desde la que han estudiado los asuntos de la vida amorosa, encontrando que ninguna de ellas se detiene en lo que atañe a la elección de pareja.

En la sociología el fenómeno es visto desde una óptica generalizante, en la que las relaciones de pareja responden al rol cultural de hombres y mujeres de acuerdo al momento histórico, dejando de lado lo particular y subjetivo.

En la psiquiatría, encontramos que ésta se vale de la patologización de las relaciones para dar una explicación organicista a los conflictos de pareja y advierte que la mayor parte de las dificultades de la vida amorosa está fundamentada en problemas de disfunción sexual o de alteración en las sustancias orgánicas encargadas de los procesos fisiológicos.

Por su parte, la psicología se ubica desde una perspectiva de la adaptación con la que intenta determinar lo normal y anormal de las relaciones de pareja, estableciendo un “deber ser” que indica cómo enamorarse, cómo conducir una relación, cómo desenamorarse. No obstante, frente a esta propuesta el fenómeno nos enseña que aún sabiendo lo que puede ser conveniente respecto a la elección de pareja, las personas desatienden tal normalidad y conveniencia al hacer elecciones que les producen sufrimiento y contradicen su voluntad. Por lo que pareciera no ser suficiente con la mirada organicista y estandarizante de la psicología para dar respuesta a las lógicas en la elección de pareja.

Ante el hallazgo extraído de lo expuesto por la sociología, la psiquiatría y la psicología desde sus diferentes corrientes respecto a las relaciones de pareja; observamos que hay algo en las elecciones de pareja que no pasa por lo socio-culturalmente establecido, ni por los mecanismos de acción de los neurotransmisores y tampoco por la conciencia; hallazgo que nos orienta al psicoanálisis freudiano y a su propuesta teórica sobre la vida amorosa y la elección de pareja, que nos habla de aquello que se impone y que obedece a otro registro en lo que se refiere a las relaciones de pareja, y que tiene que ver con lo inconsciente y lo pulsional.

Luego de esta pesquisa teórica retornamos al fenómeno y los dichos como objeto de análisis, para leerlos a la luz del psicoanálisis freudiano e identificar allí la pregunta central por la lógica que subyace a las elecciones de pareja.

5. METODOLOGÍA

El presente trabajo tiene un enfoque hermenéutico con el cual tratamos de interpretar el fenómeno de las elecciones de pareja en las mujeres. Consta de varios tiempos lógicos: el primer momento corresponde a un recorrido histórico a través del fenómeno de las relaciones de pareja en cada época, seguido de una pesquisa por las formas cómo ha sido abordado el tema por diversas disciplinas, para finalmente, establecer un diálogo entre el análisis de la conceptualización psicoanalítica freudiana y la interpretación del fenómeno con base en la lectura de los dichos de algunas mujeres extraídos de best sellers de autores latinoamericanos, caracterizados por ser novelas escritas en los últimos 20 años, donde ellas son las protagonistas.

Marcela Serrano, Mario Vargas Llosa y Héctor Abad Faciolince, son los tres novelistas elegidos para dar voz a las mujeres en este trabajo a través de sus personajes. Su trayectoria como escritores nos brinda un amplio panorama desde tres perspectivas diferentes pero convocados por una temática universal, el amor y las relaciones de pareja. En el caso de Serrano, toda su obra tiene como protagonistas a las mujeres y los temas alrededor de sus vidas, la forma como ven y viven el amor. Por el lado de Abad Faciolince, se destaca su capacidad para internarse en realidades de la vida cotidiana, las cuales son representadas en sus obras por sus personajes y donde los encuentros entre hombres y mujeres son parte esencial de sus relatos. De los tres, es quizá Vargas Llosa el que menos tinta ha gastado alrededor del tema del amor, sin embargo, el libro seleccionado - Travesuras de la niña mala- es su primera obra cuyo tema central está ligado a los avatares de la vida amorosa y es una mujer quien da vida a esta historia.

El fenómeno se aísla tomando como base los relatos de algunas mujeres extraídos de varios best sellers de los autores mencionados, lo que obedece a que en muchos casos las descripciones hechas por los escritores reflejan en cierta medida la realidad y a la vez, parecen producir un efecto de identificación por parte de los lectores con los personajes y sus historias. Es por esta razón que vamos tejiendo una serie de coordenadas a partir de la identificación de

aspectos repetitivos en los dichos, haciendo uso del pensamiento freudiano que nos entrega una pista valiosa al considerar que lo que se repite está en relación al síntoma, al acontecer psíquico inconsciente y que sirve como indicio para indagar por la lógica que se oculta detrás de la elección de pareja en la vida amorosa.

La forma como se llega a cada uno de los momentos de la investigación sigue el trayecto de un espiral, saliendo e ingresando al fenómeno desde diversas perspectivas. En primer lugar, se sigue el indicio dado por las repeticiones que aparecen en los textos y se aíslan los dichos. Luego hacemos un recorrido por la historia del amor y las mujeres que nos permite compararla con los fenómenos sociales y culturales de la época actual a la que corresponden los dichos seleccionados. De allí, pasamos a los discursos científicos que se han ocupado del asunto de las relaciones de pareja y ubicamos la teoría freudiana como aquella que puede contribuir a dilucidar la pregunta de investigación, pues aporta las nociones de inconsciente, pulsión, narcisismo, Edipo y objeto. Con este propósito recurrimos al comentario de texto para buscar, en las obras seleccionadas como fundamento teórico, respuesta a los interrogantes planteados acerca de la lógica de las elecciones de pareja. Para ello realizamos una lectura y análisis de los textos; y luego sintetizamos, extraemos y recopilamos lo que de cada uno de ellos puede tomarse para aplicar al fenómeno y, finalmente, exponemos las conclusiones.

De vuelta en el fenómeno, agrupamos los dichos según las categorías emergentes y acto seguido ubicamos en la teoría freudiana acerca del amor y la elección de objeto un concepto o noción que articula dicha categorización con el fin de nominarla y pasamos a realizar su lectura a partir del marco conceptual elegido. Posteriormente, nos valemos del análisis del discurso como técnica para tratar de interpretar a partir del contenido manifiesto en los dichos extraídos de la literatura, aquello que se esconde detrás de las palabras y que nos entrega huellas, pistas, síntomas, sobre un mensaje que debe ser traducido y en el cual encontramos a través de las formaciones del inconsciente captadas en los dichos un carácter singular que avisa del lugar en el que se ubican estas mujeres y desde el cual responden a los asuntos del amor.

Realizar el recorrido por el fenómeno nos permite recolectar algunos indicios que posibilitan develar o esclarecer la lógica de las elecciones de pareja. Lo anterior con el fin de mostrar a partir de los relatos encontrados en los libros y su conversación con la teoría psicoanalítica, que existe una singularidad no compatible con la generalidad, que va más allá de una cuestión de contexto social o diferencias sexuales anatómicas.

6. HIPÓTESIS

Algunas elecciones de pareja se dan a partir de un apuntalamiento narcisista según el cual se ama un rasgo del otro en el propio narcisismo; bien sea porque se ame lo que uno es, lo que uno fue, lo que uno quisiera ser o lo que fue parte de sí mismo. Otras elecciones son edípicas; esto es, se apuntalan en la madre nutricia o en el padre protector. Y adicional a esto, hay un tercer elemento que, encontramos, es determinante en la elección de pareja y es la pulsión; pues el planteamiento de Freud de que la pulsión es siempre activa, nos lleva a pensar que lo que algunas mujeres ponen en juego en la elección de pareja es hacerse amar, independiente del lugar o la estrategia que cada una asuma para este propósito.

La literatura de la época influye en la conformación de las parejas, en la medida en que los textos literarios como parte de la cultura, al tiempo que son un reflejo de la sociedad, cumplen una función prescriptiva y reguladora en ella. Ordenan la vida amorosa, las elecciones de pareja, la forma en que las mujeres deben buscar hacerse amar.

7. MARCO TEÓRICO

7.1. LAS RELACIONES DE PAREJA DESDE DISTINTOS DISCURSOS

7.1.1. Las mujeres en la historia

Para comprender los asuntos del amor, específicamente lo que tiene que ver con la elección de la pareja, resulta conveniente repasar la historia y, con ella, los cambios que se han presentado en las funciones desempeñadas por las mujeres, dado que hemos encontrado que la historia del amor es, finalmente la historia de las mujeres.

Siendo los hombres los únicos que en un principio tenían acceso a la escritura y estaban autorizados para dar cuenta de los sucesos del momento, la historia de las mujeres está escrita con una mirada androcéntrica y es escasa la información sobre su particular forma de pensarse a sí mismas y ubicarse en el mundo las mujeres.

De allí que sea común encontrar disertaciones por parte de los pensadores de cada época (filósofos, teólogos, juristas, médicos, moralistas, pedagogos, entre otros) acerca de cómo deben ser las mujeres y, sobre todo, qué deben hacer, puesto que las definen por su lugar y sus deberes, convirtiéndolas en sus portavoces o en el eco de sus obsesiones (Duby, Georges; Perrot, Michelle, 2003. P. 23-41).

Apoyada en el discurso de diferentes historiadores, Dominique Simonnet (2004), en una apuesta por simplificar lo que ha sido la historia de las relaciones de pareja, comenta en su libro, *La más bella historia del amor*, que:

[...] esta historia se resume en tres palabras, tres esferas: sentimiento, matrimonio, sexualidad. O si se prefiere: amor, procreación, placer... tres ingredientes para conformar a hombres y mujeres, con los que cada época jugó, tratando a veces de disociarlos, otras de reunirlos, al capricho de sus intereses. Tanto para lo mejor como para lo peor. Matrimonio de amor sin placer. Placer de amor sin matrimonio... la historia del amor es la de una larga marcha de las mujeres (con los hombres un poco a la zaga) para liberarse del arnés religioso y reivindicar sin embargo ese derecho elemental: el derecho de amar (p.9).

7.1.1.1. Las mujeres en la Antigüedad: diosas, vírgenes y adornos.

Tras un largo periodo de prehistoria en el cual la relación entre hombres y mujeres no era mediada por el sentimiento, puesto que el único objetivo de formar una pareja era procrear y asegurar la reproducción de la especie, pasan un millón de años y con el correr de las páginas el hombre llega al que será el primer escenario para dar inicio a esta historia; aparece sobre el papel el mundo antiguo con sus actores principales: griegos y romanos.

Durante esta época la construcción inicial de la imagen de la mujer se da a partir del arquetipo elaborado sobre las diosas, seres inmortales dotados de una belleza extraordinaria y de una naturaleza virginal y casta que resaltaba su condición. “Los griegos crearon y soñaron sus diosas”. (Duby, Georges; Perrot, Michelle, 2003. p.88) y con ellos se da origen a la erotización de la figura femenina, asignando un mayor valor a la mujer como objeto que como sujeto.

Se atribuye a los griegos y sus diosas la veneración de la figura de la madre y se puede evidenciar en este tiempo la posición asignada a las mujeres en los diversos roles sociales como acompañantes de los hombres, en este caso dioses. Aparecen allí también la esposa, la hija y la hermana y se empieza a ejercer el poder de los hombres sobre ellas determinando su papel en instituciones como el matrimonio y escenarios como el de la maternidad.

Es posible entonces observar cómo las mujeres, descendientes directas de las diosas griegas, heredan “una bella y deseable forma de virgen” (DUBY, Georges; PERROT, Michelle, 2003) a imagen y semejanza de las diosas inmortales. En el discurso mitológico tradicionalmente se designa a Pandora como la primera mujer mortal. Ella surge como una imitación de las diosas y es entregada a los hombres como venganza del dios Zeus por una broma hecha por su primo Prometeo, en un tiempo donde mortales e inmortales habitaban juntos la tierra.

Los dioses modelan una criatura artificial, de la que extraerá su origen el genos de las mujeres, destinado a habitar entre los hombres para su mayor desgracia. El género de las mujeres trae a los hombres la avidez del deseo, el final de la tranquilidad y la autosuficiencia. Otra variante del mismo relato precisará la imagen y la idea al decir que la primera mujer se llamó Pandora y lleva una caja cerrada de la que, estúpidamente, dejará escapar todos los males que pesan sobre los hombres (DUBY, Georges; PERROT, Michelle, 2003:108-109).

De acuerdo con Giulia Sissa, en todos estos relatos más allá de las diferencias de género literario y de contenido, se descubre un mismo esquema narrativo: las mujeres son un suplemento, una pieza agregada a un grupo social que, antes de su aparición, era perfecto y feliz.

Durante la época grecorromana se brinda especial importancia a la utilidad social de las mujeres; en su papel de acompañantes para los hombres se convierten en prenda de garantía para que estos alcancen estatus y reconocimiento a través de la figura del matrimonio, ya que la sociedad lo había instituido como exclusivamente necesario para los hombres como requisito indispensable para acceder al poder y tener derecho a la filiación; de allí que esta institución se haya concebido desde un principio como una “relación de fuerzas siempre favorable al marido” (DUBY, Georges; PERROT, Michelle, 2003. p.132).

En vista del rol impuesto por la sociedad antigua, a la mujer solo se le atribuyen habilidades para el tejido, el gobierno de la casa y el cuidado de los hijos, aunque este último papel fuera duramente criticado por filósofos como Aristóteles, al considerar al género femenino como sinónimo de inferioridad anatómica, fisiológica y psicológica; razón por la cual éste consideraba inadmisibles que se le entregara la responsabilidad de educar a los hijos. En este sentido, el acceso a la educación y la vida intelectual estaba restringido para la mujer y la única iniciativa que podía adoptar activamente estaba relacionada con la seducción, la hechicería o la lujuria.

Con el pasar de los años, la imagen femenina comienza a descender del modelo mítico griego y empieza a inscribirse en el discurso romano basado en el derecho. El matrimonio continúa siendo la institución más representativa en la relación entre hombres y mujeres, constituyéndose como un acuerdo formal. La mujer se entrega en matrimonio acompañada de bienes, estableciéndose una alianza entre familias. Así mismo, se hace especial referencia al sistema matrimonial, el cual representa dos formas, una activa y otra pasiva; la primera corresponde a los hombres quienes en realidad son los únicos que se casan, puesto que la forma pasiva impuesta a las mujeres indica que sólo son desposadas.

La virginidad y fidelidad de las esposas son requisitos indispensables del matrimonio en esta época, razón por la que se protegía la relación contra el adulterio de parte de la mujer. De allí que fuera preciso educar a las mujeres en la reserva y el autodomínio: “el ideal de las mujeres que se sentían capaces de amar la prudencia era el de la vida de esposa casta, que se ocupaba sobre todo del hilado, economía y buena administración de su casa” (Duby, Georges; Perrot, Michelle, 2003. p.375).

En contraste, a los hombres les estaba permitido la satisfacción sexual y el placer por fuera del matrimonio. Se estableció la figura de “concubina” para satisfacción de los maridos e incluso a éstas también se les exigían los mismos deberes de fidelidad que a las esposas.

7.1.1.2. Las mujeres en la Edad Media: tentadoras, pecadoras, vírgenes, madres y esposas sometidas

En la Edad Media, los hombres son quienes continúan estableciendo ideales y pautas de comportamiento a las mujeres. Pero estos hombres son ahora los hombres de la religión y la iglesia, que ostentan la autoridad y controlan, entre otras cosas, la escritura.

Siendo los hombres de la religión, que poco sabían sobre mujeres, quienes prescriben los lugares que éstas deben asumir, la misoginia es una característica propia de estos siglos. Es así como le atribuyen a la mujer diferentes papeles en la sociedad y son vistas bajo lentes diversos: de un lado la mujer es vista como la enemiga, la innombrable, imagen que deviene de Eva, como la figura femenina tentadora, que con su belleza exterior seduce a los hombres. Otra de las figuras que desde la religión marcó los posibles roles de la mujer en la sociedad de la Edad Media es María Magdalena, quien representa a la pecadora que sólo puede salvarse con arrepentimiento y penitencia.

En contraposición a estas imágenes está la Virgen y la Madre que son las dos alternativas que tienen las mujeres de la Edad Media para ser consideradas virtuosas. De un lado, si decide mantener su virginidad, la mujer es elogiada y puesta en el punto más alto de virtud que puede alcanzar; y si no opta por la virginidad, su única forma de ser socialmente aprobada es casarse y ser una buena esposa.

Estas mujeres de la Edad Media no sólo se enmarcaban dentro de algunos de esos roles designados por la religión, sino que estaban dominadas y custodiadas siempre por una figura masculina; bien fuera el padre, el esposo o el clérigo. Quienes se encargaban de celar el cuerpo y alma de las mujeres.

De ellas se exigía que permanecieran al interior del hogar, ocupadas en labores de la casa como bordar y tejer, y alejadas de la vida pública; igualmente se esperaba que se consagraran a su alma, privilegiándola sobre el exterior de su cuerpo. Por eso eran mal vistos los excesos en joyas, vestidos y maquillaje, los gestos inmoderados que podrían resultar provocadores a los hombres y la locuacidad que era interpretada como propia de una mujer interesada en entablar relaciones sociales y por lo tanto, disponible y corruptible. Todas estas pautas de comportamiento apuntaban a mantener a las mujeres alejadas de tener pensamientos y deseos que les eran prohibidos.

En la escala de la perfección de la mujer primero se ubican las vírgenes, luego las viudas y por último están las esposas. Sin embargo, a ellas se les atribuye un papel en la construcción del modelo social y por eso se le otorgan otra serie de deberes que se espera cumplan a cabalidad para ser consideradas “buenas esposas”. Entre estos deberes se encuentran: honrar a los suegros, amar al esposo, serle fiel, ayudarlo para su salvación, cuidar la familia, gobernar la casa y mantenerse libre de cualquier reproche.

En las relaciones de pareja propias de la Edad Media, la mujer era la sierva y compañera de su esposo y debía obedecerle y amarlo sin medida; mientras que el amor del hombre a su pareja debía ser medido y racional, para no dejarse llevar por los celos, la pasión y la locura. Otra de las obligaciones de la mujer para con su pareja era hacerse amar lo suficiente para evitar que éste se dejara llevar por la libido y le fuera infiel; pero a la vez, evitar también que la amara tanto que fuera ella misma la que desbordara la libido de él.

Al interior de las relaciones de pareja, la sexualidad estaba permitida siempre y cuando cumpliera con uno de dos fines: la procreación y la prevención de la fornicación; y aunque la fidelidad se exigía a ambos cónyuges en primera instancia, la severidad del castigo era mayor para la mujer porque su fidelidad era la única garantía que tenía el esposo de su paternidad sobre los hijos.

Finalmente, otro de los deberes atribuidos a la mujer tenía que ver con la ayuda que le presta para su salvación aconsejándolo moralmente, pues se confiaba en la eficacia que tenía sobre el esposo su palabra.

Por su parte, los deberes atribuidos al esposo en la Edad Media, que son sustentar, instruir y corregir a su cónyuge, confirman el lugar de inferioridad dado a la mujer dentro de la relación de pareja.

Lo anterior concuerda con los motivos por los cuales, entre los siglos V y X, tenían lugar los matrimonios en occidente: por compra, por captura o por consentimiento mutuo. Las mujeres estaban gobernadas bien fuera por sus padres o sus esposos y eran valoradas en tanto su capacidad reproductiva. Las únicas mujeres que quedaban libres del dominio de los esposos eran aquellas que se iban a los monasterios y se consagraban a Dios. (Duby, Georges; Perrot, Michelle, 2003, Tomo 2).

7.1.1.3. Las mujeres del Renacimiento a la Modernidad: maliciosas y seductoras, esposas (compañeras y madres) e infractoras sexuales

Entre el siglo XVI y el siglo XVIII se presentan cambios en la relación entre hombres y mujeres que son consecuencia de los giros que empieza a tomar la sociedad a nivel económico, político, cultural y religioso. Los dos primeros siglos serán conocidos como los de la guerra de los sexos por los continuos debates presentados entre unos y otros. Los archivos de la época presentan una disputa en la cual la mujer es tildada y señalada como maliciosa, imperfecta, hecha de exceso y de espíritu demoníaco, mortífera y taimada. En ningún momento se menciona que es suave y sumisa, ya que prevalecen los imaginarios sobre su crueldad y su sexualidad excesiva.

Durante esta época el matrimonio continuó siendo una estrategia de promoción social. A la niña se le inculca desde pequeña la obligación de trabajar para su mantenimiento, en aras de disminuir los costes de la familia para alimentarla y acumular una *dote* mientras mejoraba sus habilidades laborales con miras a atraer un marido. No obstante, el trabajo femenino sólo era considerado una forma de subsistencia y no un medio para obtener independencia para la mujer, lo que era visto como algo antinatural, pues se daba por sentado que el padre o el marido la proveerían de un hogar y por lo tanto ella sólo aportaría a su sostenimiento.

Para las mujeres las oportunidades de casarse en el siglo XVIII estaban ligadas a la clase social a la que pertenecían y al número de hijas que hicieran parte de la misma familia. Así, era más fácil casarse si se pertenecía a la clase trabajadora, que si hacía parte de la clase media o aristocrática. Las razones obedecían a limitantes económicas, puesto que la idea era encontrar un marido de una familia más poderosa, por ende la dote entregada por la familia de la novia debía ser proporcional al estatus social del futuro esposo. Esto se convertía en un impedimento para que todas las hijas fueran entregadas en matrimonio, por lo que sólo una o dos se casaban para establecer vínculos y estatus, mientras las demás permanecían en el hogar.

El matrimonio se interpretaba como una institución para proporcionar socorro y apoyo a ambas partes y una clara percepción de los imperativos económicos era esencial para la supervivencia.

El matrimonio no solo se veía como el destino natural de una mujer, sino también como un agente distinto de metamorfosis, que transformaba a la mujer en cuestión en un ser social y económicamente diferente, en tanto parte de una nueva casa, la unidad primaria sobre la cual se basaba la sociedad (Duby, 2003; T.3, p.52).

Los lugares establecidos eran claros: el papel de la esposa era de compañera y madre; en la clase alta era dueña de la casa y tenía sirvientes a cargo para administrar. “La apariencia de dignidad de la mujer confirmaba el estatus del marido” (Duby, 2003; T.3:52). En las demás clases sociales su papel era complementario, ejecutando actividades acorde con la profesión del

marido. Los esposos, por su parte, se encargaban de protegerlas y brindarles sostén, pagaban sus cuentas y, ante la comunidad, se erigían como representantes de la familia.

La reproducción era vista como otro fin primordial de la institución del matrimonio, más allá de la asistencia mutua perseguida al establecer lazos. El tejido social de las parejas a través de un “contrato” económico permitía la conformación de un seguro para la crianza de los hijos, garantizando que ninguna mujer se quedara sola en esta función e imposibilitando a los hombres el evadir la responsabilidad de manutención de su prole. Para la mujer el papel de madre y procreadora era considerado la mayor expresión en su vida adulta.

Con la llegada de los hijos, la mujer adquiere una nueva responsabilidad, es la encargada de su educación y de inculcarles valores morales y de conducta. Pero el mayor peso recaía sobre la moralidad femenina, “una hija era lo que la madre había hecho de ella” (Duby, 2003; T.3:67). Las fallas en el comportamiento de las mujeres eran atribuidas a herencia materna, por lo tanto los juicios valorativos colocaban a las madres en una escala definida según la huella de pureza e integridad dejada en sus hijos.

En materia de sexualidad se intensificaron los controles por parte de la iglesia y el estado, se hizo necesario nuevamente velar el desnudo expuesto en sus obras por los artistas; la parte baja del cuerpo se convirtió en tabú e imperaron los discursos religiosos de católicos y protestantes impulsando campañas en contra de todos los tipos de desnudos y relaciones extraconyugales, promoviendo a toda costa los comportamientos basados en la timidez y la castidad.

Ante esta ola de moralidad, las mujeres fueron de nuevo el foco de los juicios. Su representación por parte de la iglesia las señalaba como fuente de incitación al pecado de los hombres cuyo único fin era el de seducirlos para entregarlos a Satán. Acusadas de una voracidad sexual, en estos tiempos se reforzó la idea de que ellas eran las encargadas de inducir por el mal

camino a los hombres y fomentar el libertinaje violando los imperativos sobre las relaciones conyugales y la concepción reproductiva de la sexualidad, comportamiento por demás reprehensible por las autoridades religiosas.

Las prescripciones normativas de los gobernantes y el clero, el cortejo y la sexualidad prematrimonial no se hicieron esperar; en vista del promedio tan alto de edad en el que las personas se casaban, entre 25 y 29 años, los jóvenes encontraban los medios para burlar los controles y tener contacto físico prohibido con su pareja. Empiezan a hacerse populares algunos cambios en el comportamiento sexual como la masturbación mutua, cohabitación e incluso se difunden técnicas rudimentarias de anticoncepción e interrupción del coito para prevenir ser descubiertos al quedar embarazados por fuera del matrimonio. De este modo se fue haciendo más visible la transgresión a la normatividad y con ello surgen nuevas formas de relacionamiento que, finalmente, van a exigir que la legislación respecto de la sexualidad se comience a ampliar.

Fuera del matrimonio no hay sexualidad lícita. La escala ascendente de delitos sexuales se definía en términos de la cantidad de infracciones cometidas contra las tres justificaciones básicas para las relaciones físicas autorizadas: la obligación de procrear, la conformidad de las leyes naturales y un concepto sacramental de matrimonio (Duby, 2003; T.3. p.122).

Entre las infracciones contempladas como una violación al código moral impuesto estaban: la fornicación entre individuos no casados, el adulterio simple y doble y, los considerados más graves por ir en contra de la reproducción, **a saber:** la masturbación y la homosexualidad.

Sumado a este control de la sexualidad y ante la obligación de estar casadas para poder quedar embarazadas sin ser señaladas socialmente, muchas mujeres denuncian públicamente algunas relaciones consideradas “ilícitas” en las cuales habrían quedado embarazadas, pero el

responsable no se hacía cargo de la paternidad. Relaciones entre desiguales en las que un hombre mayor que hacía las veces de patrón seducía a una de sus sirvientas explotándola físicamente e imponiendo un antiguo derecho obtenido sobre el cuerpo de ésta por el hecho de darle empleo.

En otros casos se trataba de relaciones entre iguales: hombres y mujeres de condiciones sociales equivalentes, donde posterior a su declaración de embarazo, ellas los acusaban de haber faltado a su promesa de matrimonio y desertado. No obstante, ellos negaban toda intención seria de su parte y alegaban promiscuidad sexual de sus compañeras.

El último ejemplo de relación ilegítima era puesto a consideración de los tribunales a raíz del embarazo como resultado de un encuentro casual. Encuentros que por lo general eran atribuidos a supuestas violaciones o explicados sutilmente como consecuencia de la promiscuidad femenina e incluso la prostitución.

Ante la proliferación del discurso moralista represivo, pensar en el placer obtenido de las relaciones sexuales se convirtió en un tema de poca relevancia incluso para las mujeres mismas.

Lo cierto es que, para la mayoría de las mujeres, las relaciones sexuales eran mucho más instrumentales y manipulativas que afectivas, eran más un medio para un fin – matrimonio, dinero, o incluso la mera supervivencia- que un fin en sí mismas (Duby, 2003; T.3. p.115).

Mientras tanto la suerte de los hombres era diferente. La historia del adulterio es la de una doble moral instalada para favorecer los intereses masculinos privilegiados por una sociedad patriarcal. La castidad femenina era un valor agregado que aumentaba la dignidad, el honor y el buen nombre de los maridos. Por lo tanto, los asuntos fuera del matrimonio de los hombres se toleraban, mientras que los de la mujer, no. “[...] a las mujeres se las consideraba propiedad

sexual de los hombres, cuyo valor disminuiría si las usaba alguien que no fuera su propietario legal” (Duby, 2003; T.3. p.119).

En palabras del Dr. Johnson, una de las figuras literarias más reconocidas de la época, “las mujeres casadas prudentes no se preocupan por la infidelidad de sus maridos”, pues, “la lamentación hace más ridícula a una mujer que el agravio que se la provocó” (Duby, 2003; T.3. p.118). Este discurso se vio fortalecido debido a que antes del siglo XVIII la mayor parte de los matrimonios se realizaron por conveniencia económica y acordados por los padres de los novios; las parejas no se conocían lo suficiente antes de casarse y el apego o afecto, como era conocido en este tiempo, se consideraba un obstáculo para las relaciones.

A pesar de sostener dos estereotipos de conducta sexual: una moderada, por lo general sin amor, destinada a la procreación, que se daba en el matrimonio; y otra fuera de los límites de esta institución, en un contexto más amoroso y con mayor interés por el placer sexual, el siglo XVIII fue testigo de un aumento en el número de relaciones entre esposos basadas en la expresión de sentimientos mutuos y la atracción erótica. Se comienza a construir el concepto de matrimonio que conocemos en la actualidad, en el cual se combinan sexo y amor.

En contraste con el periodo medieval, el renacimiento dio inicio a la construcción de un nuevo modelo de relaciones de pareja. No obstante, no sería fácil desprenderse de la hegemonía patriarcal impuesta por el discurso político y teológico. El reconocimiento y exaltación de la belleza de la mujer, sumado a la aparición de los modos de cortejo, en los cuales se involucraba el amor como base necesaria del matrimonio, se fueron abriendo paso ante el dominio moralista que buscaba ejercer su poder sobre el cuerpo y la represión del placer.

7.1.1.4. Las mujeres en el Siglo XIX: esposas sometidas y madres, trabajadoras e independientes, prostitutas, travestis, homosexuales, no-madres, activas y exigentes con sus parejas.

En el siglo XIX empieza a desaparecer la imagen idealizada y uniforme que se tiene sobre la mujer y ésta se multiplica. Ya no es vista la mujer sólo como esposa y madre, sino que aparece la trabajadora, soltera e independiente. Comienza a hacerse más visible a nivel político y social, gracias a los cambios que se producen en estos ámbitos y a la aparición del feminismo, modificando el funcionamiento de la familia, las relaciones de pareja y la maternidad, y abriendo paso para que la mujer comenzara a ser reconocida como sujeto de derecho. Así, la mujer desde la ley es considerada bien sea como un sujeto de derecho, libre; o bien como dependiente y sometida a un hombre (su padre o esposo). Ese sometimiento es justificado en que el esposo ejerce la autoridad para administrar la sociedad conyugal y dirigir la familia, dada la “fragilidad del sexo femenino” (Duby, 2003. T.4. p.130).

La maternidad es sobrevalorada al ser tomada a la vez como una función que ejerce la mujer y como un medio para obtener cierto reconocimiento a nivel social. Al ver la maternidad como la vocación de la mujer y ser catalogada como independiente del goce sexual para la fecundación, se justifica el dominio masculino y el hecho de ver el clítoris como un órgano inútil. Sin embargo, en este siglo se comienza a implementar el control de la natalidad. Una iniciativa, en principio masculina y que involucra factores económicos; y aunque las mujeres se sienten cansadas, tardan un poco más en evidenciar su deseo de reducir los nacimientos. La anticoncepción va desarrollándose paso a paso, con la influencia de factores económicos, culturales y psicológicos. El método más usado es el *coitus interruptus*, pero este depende totalmente del hombre, lo que permite que se conserve también allí la actitud pasiva de la mujer que perpetúa la lógica patriarcal.

Como consecuencia de la reducción de nacimientos, las relaciones sexuales entre esposos dejan de ser sólo un deber y comienza a esbozarse incipientemente una mujer más sensible,

activa y exigente frente a su pareja. Sin embargo, el matrimonio continúa siendo visto como un contrato de posesión jurídica entre los cónyuges que legitima el goce sexual entre ellos y en el que la mujer se encuentra sometida a su esposo. La dignidad de la mujer es reconocida en la medida que se convierte en un medio para la satisfacción del hombre, dejando de lado su propio deseo sexual. Igualmente, la mujer casada sólo debe su existencia a la familia y por esta razón, su conducta está sujeta a la vigilancia del esposo.

El cuerpo, la sexualidad y la maternidad continúan siendo objeto de revisión y control por parte de la sociedad hacia la mujer; no obstante, se empiezan a dar algunos cambios culturales en la forma de ver el cuerpo. Ejemplo de esto es que se considere a la mujer como la representante de la decadencia de la sociedad y que la única relación en que es considerada como par a un hombre, es en la relación de hermanos. Se reconoce a la mujer como portadora de una belleza efímera cuyo objetivo final es la propagación de la especie, pues tal belleza le sirve para seducir al hombre. Las mismas mujeres ven su propio cuerpo como enemigo del alma y como obstáculo para alcanzar la salvación. Sin embargo, comienza a ingresar en la cultura los cuidados del cuerpo, lo que viene aunado con la reducción de la natalidad.

Cuatro prácticas en el Siglo XIX fueron vistas como transgresiones sexuales que evidenciaban mujeres más activas, independientes y libres: el aborto, la prostitución, el travestismo y las amistades románticas entre mujeres. La prostitución pasó de las calles a los prostíbulos, donde las mujeres conformaban una especie de familia. Las prostitutas eran vistas como transgresoras sexuales que mostraban un deseo masculino. Para las feministas esta práctica era una forma de esclavitud sexual, producto de lo limitadas que estaban las mujeres tanto a nivel social como económico. En todo caso, en la prostitución estaba la posibilidad para que algunas mujeres de clase media tuvieran un espacio en la vida pública y se atrevieran a hablar sobre sexo abiertamente.

Respecto del aborto, éste se volvió un próspero negocio en el siglo XIX, no obstante ser ilegal. Los médicos querían reservar para sí la potestad de decidir sobre estos, pero las mujeres estaban haciendo uso de esta práctica como un método para controlar la natalidad, dado que los anticonceptivos que existían eran en gran parte inseguros e ineficaces y dependían, en su mayoría, de la iniciativa masculina. El aborto, en cambio, era el recurso con que contaban las mujeres ante la ineficacia de los anticonceptivos y le daban a la mujer el control sobre su persona, su sexualidad y la maternidad como elección. Las feministas tampoco estaban de acuerdo con el aborto, pues en general se oponían a separar la sexualidad de la reproducción. Veían también en el aborto una forma en que la mujer se sometía al deseo masculino. Por lo que propendían por un control de la natalidad basado en la abstinencia y veían en la maternidad el gran deber de la mujer.

Por su parte, el travestismo tuvo lugar en el Siglo XIX especialmente entre las mujeres de clase media que gracias a éste se beneficiaban de ciertos privilegios que estaban reservados a los hombres, como mejores salarios, oportunidades laborales y aventuras amorosas. En el travestismo se observaban los lugares habituales de las relaciones heterosexuales: la mujer travestida ocupa un lugar masculino dominante y la otra mujer asume un lugar pasivo.

Finalmente, las amistades románticas entre mujeres eran de reconocimiento público y toleradas como parte de la socialización femenina, pues por lo general no excluían que estas mujeres tuvieran relaciones de pareja con hombres.

Estos cambios permitieron dejar esbozada, para final del siglo XIX la diferencia entre los sexos que, posteriormente, servirá de base a la lucha por la igualdad.

7.1.1.5. Las mujeres en el Siglo XX: madres, prostitutas, frías, que desean, pares, independientes y libres.

El siglo XX como marco en el que se desarrollaron la primera y la segunda guerra mundial, fue un periodo en el que se produjeron importantes cambios a nivel económico, político y social. En este contexto, se hacen perceptibles también las transformaciones en el lugar que ocupan las mujeres en la sociedad; pues mientras los hombres se alistaban para ir a combatir, éstas ocupaban los lugares de ellos en la industria y en la vida pública; configurándose la guerra en una oportunidad para que las mujeres ingresaran al mundo laboral y profesional ejerciendo empleos que anteriormente estaban reservados a los hombres.

En el siglo XX la sexualidad femenina parece continuar enmarcada en la disyuntiva madre o ramera; sin embargo se gestaron cambios importantes en la forma como era vivida y vista. Algunas de esas modificaciones se evidencian en las investigaciones del sexólogo Alfred Kinsey, quien concluyó que en los inicios del siglo hubo un incremento en las relaciones sexuales previas al matrimonio y por fuera de él, en la posición activa de la mujer en el erotismo y en el logro del orgasmo en las relaciones conyugales; confirmándose que se comienza a dar un valor a este tipo de relaciones independiente de su función reproductiva, a admitir la existencia del deseo sexual femenino y a considerarlo como algo que debía ser “explotado y satisfecho” (Duby, 2003. T.5. p.112).

Por su parte, la institución del matrimonio sufrió modificaciones no sólo en lo que respecta a las relaciones sexuales; pues dejó de fundarse únicamente sobre la base de la conveniencia económica para la pareja y sus familias, o del intercambio de apellidos, para pasar a ser el “escenario privilegiado para la intimidad emocional y la expresión personal y sexual” (Duby, 2003. T.5. p.112). Esta nueva forma de concebir el matrimonio, en el que parecía haber más equilibrio entre el hombre y la mujer, permitía la elección libre de la pareja y hacía posible tener una relación de amistad e incluso sexual antes de contraer nupcias. Un aspecto que impulsó

en gran medida esa modificación en la noción de matrimonio fue el económico; pues gracias a que las mujeres ya no dependían en esta materia de sus esposos porque habían incursionado en la vida laboral, las decisiones de casarse o permanecer en una unión conyugal ya no estaban supeditadas a un factor monetario.

La contracara de ese cambio en la percepción del matrimonio fue el juicio indilgado a las mujeres que no querían casarse, porque se creía que al no ser más una forma de mantenerlas dominadas, no tenían razones para evitarlo. Con esta mirada, se comenzó a condenar las relaciones sexuales y amorosas entre mujeres, así como la conducta de las mujeres independientes, quienes eran consideradas una amenaza contra el orden social. Aun así, cada vez eran más los jóvenes que no deseaban vivir en pareja, gestándose con más fuerza el desapego de la vida conyugal.

A pesar de los cambios respecto de la sexualidad femenina, se continuaban presenciando los efectos de la educación con la que crecieron las mujeres del siglo XX, en la que se repudiaban los placeres carnales. Efectos que daban cuenta de mujeres frías y sexualmente pasivas.

Dentro de las libertades femeninas conseguidas en este periodo se cuentan la nueva posibilidad de divorciarse, los métodos de planificación que pasaron, con la píldora y los dispositivos intrauterinos, a estar controlados por ellas y no por sus esposos como ocurría con el condón y el *coitus interruptus*; y la batalla por la despenalización del aborto.

Esta inversión del lugar de la mujer en las relaciones sexuales brindada por los métodos anticonceptivos que daban autonomía y control frente a la reproducción, permitió que las mujeres planearan el momento de su embarazo al decidir el periodo en que sus relaciones serían potencialmente fecundantes. Así, el deseo de los hombres de ser padres, queda supeditado al deseo de maternidad de sus parejas.

Junto con todas las transformaciones que estaban teniendo lugar, a partir de los años sesenta, el pensamiento feminista toma más fuerza y plantea la relación de hombres y mujeres, desde una perspectiva política, como una “estructura de poder que asegura la dominación de los primeros sobre las segundas” (Duby, 2003. T.5. p.350).

También en este siglo XX los medios de comunicación como el cine, la televisión, las revistas e, incluso, la publicidad ilustran a las mujeres de la época con sus problemas y contradicciones. Es así como se ven personajes femeninos en una lucha constante entre la afirmación y la negación de sí mismas; también estereotipos convertidos en íconos sexuales o mujeres en personajes pasivos cargados de sufrimiento. La publicidad, por su parte, se encargó de vender los modelos de la realización femenina representados por imágenes de mujeres como ciudadanas, trabajadoras y sujetos de derecho.

Sin embargo, esa imagen que los medios vendían de la mujer simplemente era una modernización de su imagen tradicional, donde la heterosexualidad, la belleza física y el interés por la vida familiar eran los tópicos principales que se mezclaban tímidamente con ideales de éxito y cambio muy limitados. A través de estos medios a las mujeres “se les incita a ser dueñas de su situación, pero no a cuestionarla” (Duby, 2003. T.5. p.422). Frase que resume lo acontecido con las mujeres en el siglo XX: época de grandes transformaciones, de mayor libertad y autonomía pero que no deja de estar marcada por unos prototipos femeninos prescritos por una sociedad y una cultura, que como lo expresaba Simmel, es la cultura de los hombres, en la que las mujeres se inscriben. “Hay dos sexos, sí; pero sólo hay una cultura, que es la cultura de uno de ellos, en la cual el otro participa” (Duby, 2003. T.5. p.321).

En este paso por cada momento histórico se observan las funciones desempeñadas por las mujeres al interior de la vida amorosa. Aparece allí la virgen, valorada por su pureza y castidad; la madre, que al cumplir la función reproductiva de la mujer, se espera esté cumpliendo también con su vocación y con un rol social que justifica la vida en pareja. También están las mujeres

prohibidas, que son aquellas que incitan al pecado, que tientan al hombre, que lo seducen y se hacen seducir por él. Aparece igualmente la mujer pasiva que es protegida, instruida y castigada por su pareja; y la mujer independiente que busca su autonomía y libertad. Pareciera que cada uno de estos lugares de las mujeres respecto de sus parejas estuviera dado por las condiciones propias de cada época de la historia, pero en vez de ingresar en cada fase uno de estos estatutos en reemplazo del anterior, lo que acontece es que se van superponiendo unos a otros, hasta llegar en la contemporaneidad a una mujer que tiene frente a sí múltiples posibilidades y modos de situarse en las relaciones amorosas y desde allí elegir a su pareja, buscando siempre ese otro que la ame.

Así, siendo el recorrido por la historia de las mujeres, al mismo tiempo, el recorrido por la historia de la vida amorosa; a través de él es posible percatarse que, no obstante las modificaciones culturales que se dan en cada época, hay algo que está presente en todas ellas y permanece. Por lo que es posible sugerir que, finalmente, las relaciones de pareja no son un asunto de la época; sino que lo que sucede en ellas tiene un mismo contenido que se enmascara con la cultura acorde con cada momento histórico.

7.1.2. El amor como construcción social

Para tratar de entender la lógica contenida en la vida amorosa actual, es importante realizar un abordaje del amor desde el análisis sociológico del fenómeno. Lo que nos permite apreciar que en la búsqueda por explicar el comportamiento del ser humano en las relaciones de pareja, la perspectiva ha estado centrada en el componente social y en la importancia de las construcciones sociales del amor de algunas instituciones, ya sean de tipo legal o religioso, como el matrimonio.

El estudio de la vida amorosa ha estructurado sus planteamientos a través de una fundamentación teórica que busca obtener pistas para comprender el amor, no solo como estado interno sino como la relación de la experiencia íntima con las instituciones, la sociabilidad y el poder.

En este sentido, el amor ha sido denominado como una construcción histórico-social que se determina por el vínculo entre las personas. Razón por la cual los estudios sobre las relaciones de pareja están enmarcados por el discurso que establece diferencias en los lugares de hombres y mujeres y las prácticas tanto discursivas como culturales que propiciaron diferentes escenarios según la época.

La construcción cultural del amor en occidente ha pasado por tres momentos importantes, en los cuales se han definido los conceptos en el terreno amoroso, a partir del proceso propio de la evolución de las formas culturales, relacionadas con las acciones, vivencias de la sexualidad, del erotismo y del afecto. Este periodo inicia en el siglo XIII y se extiende hasta la actualidad; en principio se habla del amor cortés o apasionado, en segundo lugar del amor romántico y finalmente viene el amor confluyente.

El amor cortés se concebía como una mera conexión íntima entre la atracción sexual y el amor, enmarcado por el erotismo. Es por esta razón que no era reconocido socialmente para sostener una relación perdurable en el tiempo y normalmente se le consideraba como un sentimiento “subversivo” y difícil de establecer dentro de los límites de la vida cotidiana institucionalizada (Bekin y Rodríguez, 2000. p.49-69).

Lo anterior es consecuente con la época, debido a que en este tiempo las relaciones conyugales se basaban en conveniencias económicas y sociales, razón por la cual el amor no era invitado de honor en las relaciones de pareja.

El amor romántico tiene su aparición en la escena histórica con la llegada de la revolución industrial; allí empieza una delimitación de nuevos espacios sociales y surge la figura de hogar asentada en su institución más representativa: el matrimonio, promoviendo una diferenciación de roles y géneros. Un ejemplo de esto, es la valoración del papel de la mujer en la maternidad y su reconocimiento a partir de este momento como esposa-madre.

Durante el siglo XVIII con la maternidad como esencia natural de la feminidad, la mujer adquiere una condición de asexuada, pura y virgen. Provocando de esta manera la aparición del amor centrado en la mujer buena. Se abren de esta manera las puertas a una nueva versión de las relaciones de pareja donde se admite el amor como sentimiento fundante del compromiso matrimonial. Sin embargo, es un amor donde predominan los afectos y el sentimiento espiritual por encima de la atracción sexual.

Surge entonces una diferenciación entre las mujeres “buenas” con las cuales se comparte el amor romántico, se contraen nupcias y se tienen prácticas denominadas canónicas y castas de la vida doméstica, y las consideradas “otras”: prostitutas, cortesanas, amantes, concubinas. Con quienes los esposos hacen uso de esa doble moral que les permite tener relaciones y vivir una sexualidad sin ningún tipo de regla.

Al presentarse esta dualidad en los conceptos, en los que el amor y la sexualidad deben ir por caminos diferentes, se establece una contradicción en la forma como se vive el amor dentro y fuera del matrimonio. No es lo mismo amar a la esposa que desearla sexualmente; amar se inscribe dentro del amor romántico o amor reserva, en total oposición al amor pasión, que contribuía a desmitificar la imagen asexuada construida para la madre-esposa y a su vez buena.

Todo amor por la mujer de otro es escandaloso. Igualmente escandaloso es el excesivo amor por la propia esposa. Un hombre prudente debe saber amar a su mujer con

ponderación y no con pasión y, en consecuencia, ha de saber controlar sus deseos y no dejarse arrastrar a la copulación. Nada es más inmundo que amar a la propia esposa como a una amante... Que se presenten a sus mujeres no como amantes, sino como maridos (Aries, 1987. p.181-182)

La fase del amor contemporáneo conocida como amor confluyente o también llamado “la pura relación” es descrita por el sociólogo Anthony Giddens (1987) como aquella en que las relaciones se construyen por voluntad de ambos partenaires y hay una búsqueda constante por obtener placer y encontrar una satisfacción equitativa. Desaparecen el lugar activo y pasivo del amor reserva, en el cual la mujer es considerada un objetivo del hombre y simplemente se dedica a esperar ser amada por éste. (p.60).

A diferencia del amor romántico, este tipo de relaciones presuponen mayor igualdad entre géneros y se involucran tanto las emociones como la sexualidad; incluso ambos son considerados elementos vitales para conseguir el éxito en la relación. Este tipo de amor es visto como un sentimiento de contingencia. En contraposición del amor romántico que se espera sea para toda la vida, el amor confluyente dura mientras haya satisfacción en la pareja, de lo contrario se elige otra persona con quien construir una nueva relación.

Apoyados en este recorrido que hace la sociología por la historia del amor, en la actualidad se encuentran conceptos de autores como Niklas Luhmann (1985), que sostiene que el amor posee una dimensión que va más allá de la experiencia subjetiva, y por lo tanto no debe ser visto sólo como un sentimiento, sino como un código de comunicación que sirve para adaptarse a las diferentes circunstancias que se presentan a lo largo de la vida (p.21).

Desde este punto de vista, dicho código tiene como medio simbólico de expresión: la sexualidad; a través de la cual las personas establecen conexiones y vínculos que dan forma al tejido social.

Bajo una lógica de pensamiento que guarda coherencia con estos mismos planteamientos, encontramos el trabajo del reconocido sociólogo Zygmunt Bauman (2007) y su obra basada en una “sociedad líquida”, que en uno de sus apartados realiza un análisis sobre los tipos de relaciones que establecemos los seres humanos en la modernidad.

Para Bauman (2007) las relaciones de pareja en nuestro tiempo se sostienen bajo el efecto del ya mencionado amor confluyente. Las personas establecen lazos voluntariamente con otro ser humano, en algunos casos tan sólo para huir de la soledad y en otros como reacción a un ambiente social que invita a unir fuerzas para la construcción de un proyecto de vida en conjunto. El hecho es que cada vez más personas se comprometen a través de vínculos frágiles y casuales que buscan una satisfacción instantánea tratando de eliminar en gran medida el compromiso emocional (Bauman, 2007. p.7-57).

El amor es considerado en nuestro tiempo, y de acuerdo con la teoría sociológica del autor en referencia, como una inversión que espera obtener una rentabilidad positiva en lo inmediato y se procura eliminar la incertidumbre que genera el futuro incierto. Las relaciones se construyen en función de costo – beneficio y se califica su efectividad según ganancias y pérdidas. Es allí donde se busca obtener en cantidad cuando no se disfruta de una relación que brinde calidad.

En contraste con otros autores que abordan las relaciones de pareja desde el contexto netamente social, Bauman se sumerge con más detalle en los elementos subjetivos individuales para tratar de entender el amor y las dinámicas que se juegan al conformar una pareja.

En todo amor hay por lo menos dos seres, y cada uno de ellos es la gran incógnita de la ecuación del otro. Eso es lo que hace que el amor parezca un capricho del destino, ese inquietante y misterioso futuro imposible de prever, de prevenir o conjurar, de apresurar o detener. Amar significa abrirle la puerta a ese destino, a la más sublime de

las condiciones humanas en la que el miedo se funde con el gozo en una aleación insoluble, cuyos elementos ya no pueden separarse (Bauman, 2007 p.21).

De acuerdo con esta forma del pensamiento sociológico moderno, cobra importancia el reconocimiento de una innegable dualidad de los seres humanos. Hombres y mujeres se funden en un intento por experimentar un amor verdadero en el deseo de consumir a ese otro que atrae con su alteridad pero, por otro lado, está también la aspiración del amor que busca poseer al otro para dominarlo.

Apoyado en el concepto de “otro” que explica Rosenweig, en el cual ese “otro” es siempre un alguien definido que no sólo tiene oídos, como todo el mundo, sino también una boca; Bauman sostiene que eso es exactamente lo mismo que hace el amor: arrancar a otro de entre la multitud y convertirlo en alguien bien definido, “alguien con una boca a la que escuchar, alguien con quien conversar para que algo pueda ocurrir” (Bauman, 2007. p.37).

¿Y qué es ese “algo”? El amor implica dejar en suspenso la respuesta, o abstenerse de formular la pregunta. Convertir a otro en un alguien definido significa convertir en indefinido al futuro. Aceptar vivir una vida, desde la concepción hasta la muerte, en el único sitio asignado a los humanos: el vacío que se extiende entre la finitud de sus acciones y la infinitud de sus propósitos y sus consecuencias (Bauman, 2007. p.38).

En la búsqueda por llenar los vacíos que dejan las relaciones y alentados por una sociedad de consumo que empuja a los seres humanos a obtener satisfacción y placer sin necesidad de altas inversiones y esquivando los compromisos, la vida amorosa de hombres y mujeres termina reducida a soluciones instantáneas y fácilmente descartables. Parejas de tiempo parcial, una revolucionaria flexibilización del compromiso, que más allá de las emociones, busca asegurar las conveniencias que se sostienen para compartir su tiempo y espacio cuando tienen ganas, pero no en caso contrario.

7.1.3. El erotismo

Mario Vargas Llosa, en su libro *La civilización del espectáculo*, habla también de esa ligereza en las relaciones actuales y en lo que concierne a lo sexual afirma que con la excesiva libertad en esta materia, más allá de derribar prejuicios, lo que se ha logrado es convertir el sexo en una práctica cada vez más banal, despojada de erotismo.

Que el sexo se practique sin erotismo es, para este autor, retornar al momento en que las relaciones sexuales sólo buscaban satisfacer un instinto. Pues el erotismo lo define como “la desanimalización del amor físico” (Vargas Llosa, 2012. p.29), y es visto como una conquista que se logra gracias al desarrollo de la ciencia, la filosofía, la religión, las artes y las letras. En la contemporaneidad se está trivializando el sexo al desconectarlo del sentimiento y la pasión y acabar con la discreción y el pudor que le han sido propios, haciéndolo cada vez más público y normal. El erotismo “con sus rituales, fantasías, vocación de clandestinidad, amor a las formas y a la teatralidad, nace como un producto de la alta civilización, un fenómeno inconcebible en las sociedades o en las gentes primitivas y bastas, pues se trata de un quehacer que exige sensibilidad refinada, cultura literaria y artística y cierta vocación transgresora” (Vargas Llosa, 2012. p.30). Por eso, según el planteamiento del autor en mención, las relaciones sexuales en la actualidad carecen cada vez más de erotismo y son más asimilables a la pornografía. Todo en virtud de una libertad excesiva y sin límites que termina frivolizando el amor.

En el mismo contexto en que han tenido lugar los cambios históricos, sociales y culturales mencionados, se enmarca el desarrollo de las ciencias con sus planteamientos y perspectivas, llegando a ocupar el lugar que en otro momento tuvo la Iglesia. De modo que es ahora el discurso de la ciencia el que con criterios de normalidad/anormalidad entra a ejercer cierta regulación social, que otrora era determinada a partir de las categorías de pecaminoso o no pecaminoso. Pasando así del pecado a la enfermedad como criterios para juzgar los comportamientos de la sexualidad y la vida amorosa.

Por lo anterior, se hace pertinente revisar lo que algunas de estas ciencias como la Psiquiatría y la Psicología, han dicho al respecto.

7.1.4. Lo normal y lo anormal en la sexualidad

En el siglo XIX, la Psiquiatría aborda el estudio de la sexualidad a través de las perversiones vistas, inicialmente, como anomalías del instinto sexual. Es así como Richard von Krafft-Ebing, Psiquiatra y Médico Forense, en su texto *Psychopathia Sexualis* hace un tratado sobre las conductas sexuales que eran consideradas anormales como el onanismo, el fetichismo, la homosexualidad, el voyeurismo, el exhibicionismo, el sadismo, el masoquismo, entre otros. Marcando con ello el punto de partida del concepto de perversión, que comenzó a utilizarse para dar cuenta de las conductas sexuales que eran consideradas patológicas.

Krafft-Ebing unifica en el campo de las perversiones las categorías en las que se entrecruzan la conservación de la especie y la obtención de placer. Se configuran dos ejes: La normalidad situada del lado de un plus de vida a expensas de un menos de placer y la perversión que acentúa el plus de placer en detrimento de un menos de vida al faltar a las normas de la reproducción. Las perversiones quedan delimitadas en el campo de la patología y en relación a la muerte (de la especie), al goce y a la enfermedad.

De esta forma la Medicina era considerada la autoridad que determinaba qué comportamientos sexuales eran admisibles y cuáles de ellos eran considerados patológicos. Teniendo esto incluso efectos legales y jurídicos, pues dichos comportamientos dejaron de ser punibles penalmente y empezaron a ser manejados con tratamientos destinados a los enfermos mentales.

Las manifestaciones consideradas “normales” de la sexualidad eran limitadas y lo que estuviera por fuera de éstas, pasaba a formar parte de las enajenaciones mentales que en un principio enunciara el Psiquiatra Francés, Jean Étienne Dominique Esquirol. Entre las que se encuentran: Delirio, Demencia, Demonomanía, Erotomanía, Locura, Furor, Idiotismo, Alucinaciones, Manía, Casas de alienados, Monomanía, Melancolía y Suicidio. Muchas de ellas con un componente sexual que las caracteriza.

Estos antecedentes que sienta la Psiquiatría en el Siglo XIX no son desconocidos por la obra de Freud y, precisamente, en Tres ensayos para una teoría sexual de 1905 toma como base los planteamientos de Krafft-Ebing y su clasificación de las perversiones para hacer un giro y agruparlas en relación a la parcialidad de las pulsiones y a la sexualidad infantil, abandonando lo patológico del concepto y confirmando la independencia de la satisfacción sexual respecto a la procreación.

También en el siglo XIX el médico Henry Havelock Ellis, publicó su Estudio de Psicología Sexual, obra compuesta por siete volúmenes en la que planteó diversos temas, entre ellos el deseo sexual femenino del que dijo que podría ser igual al de los hombres, sin que por esto hubiera que considerar a las mujeres ninfómanas, sino por el contrario, bien estructuradas psíquicamente. Otro de los volúmenes fue Inversión Sexual, texto médico sobre la homosexualidad en el que cuestionó que ésta fuera considerada una enfermedad, una inmoralidad o un delito. En su interés por el estudio de la sexualidad también se ocupó de desarrollar los conceptos autoerotismo y narcisismo. Definiendo el primero de ellos como "el fenómeno de espontánea emoción sexual generado en ausencia de un estímulo externo procediendo, directa o indirectamente, de otra persona" (Havelock Ellis, 1911).

En una vertiente de la Psiquiatría actual se persiste en la reducción de la vida amorosa a algo instintual y orgánico. Es así como en el campo de la Psicopatología, concretamente en los conceptos emitidos en el manual de referencia sugerido: el Manual Diagnóstico y Estadístico de

los Trastornos Mentales, en su cuarta versión, encontramos todo un apartado dedicado a los trastornos sexuales, en el que se hace distinción entre hombres y mujeres; pero con una idea centralizada en las disfunciones sexuales, definidas como una alteración del deseo sexual por cambios psicofisiológicos en el ciclo de la respuesta sexual y por la provocación de malestar y problemas interpersonales, los cuales comprenden los trastornos del deseo sexual (p. ej., deseo sexual hipoactivo, trastorno por aversión al sexo), trastornos de la excitación sexual (p. ej., trastorno de la excitación sexual en la mujer, trastorno de la erección en el varón), trastornos del orgasmo (p. ej., disfunción orgásmica femenina, disfunción orgásmica masculina, eyaculación precoz), trastornos sexuales por dolor (p. ej., dispareunia y vaginismo), disfunción sexual debida a una enfermedad médica, disfunción sexual inducida por sustancias y disfunción sexual no especificada (DSM IV, 2000).

Ahora bien, en lo que concierne al tema de las relaciones de pareja, en el Manual Diagnóstico y Estadístico de los Trastornos Mentales en su cuarta versión, encontramos una categoría que corresponde a los problemas de relación y hace referencia a los patrones de interacción entre miembros de una unidad relacional que están asociados a un deterioro de la actividad clínicamente significativo. Una de estas unidades relacionales es la de cónyuges o compañeros en cuya interacción se observan patrones específicos de comportamiento como una comunicación negativa, distorsionada o ausencia de la misma, asociada a un deterioro clínicamente significativo de la actividad individual o familiar o a la aparición de síntomas en uno o ambos cónyuges.

Como se observa, parece que se mantiene la división entre la sexualidad y la relación de pareja como tal, abordándose cada una de ellas de modo separado.

7.1.5 El amor como receta

En los últimos años, un campo de la Psiquiatría ha enfocado su atención en los conflictos de pareja usando su experiencia profesional en la clínica y sus propias vivencias personales para la producción de libros de autoayuda que buscan dar consejos a sus lectores, según lo expresa el propio Peter D. Kramer, quien al inicio de su texto enuncia: “Todo lo que usted desea es un simple y pequeño consejo. [...] Usted no está buscando psicoterapia. Ya hizo una psicoterapia, la suficiente y algo más que suficiente. O simplemente no confía en la psicoterapia” (Kramer, 1998).

Roberto Shinyashiki (1995), también Psiquiatra, en el libro escrito junto a Eliana Bittencourt, *Amar sí se puede*, adopta una posición optimista frente al amor e indica expresamente que su texto lo que busca es que el lector se convenza de que el amor es fuente de éxtasis y para ello los autores se valen de sus experiencias personales y combinan con ella poemas y citas.

Lo que hacen estos textos en general y algunas otras publicaciones de psiquiatras es prescribir la forma como se debe proceder ante cada vicisitud que pueda presentarse con la pareja para que, siguiendo paso a paso los consejos de tales textos, se llegue a tener una vida en pareja armónica y feliz.

Otra de las perspectivas desde donde la Psiquiatría de nuestros días aborda el tema de las relaciones de pareja es la de la terapia de pareja. Deteniéndose allí en lo metodológico y en las características que debe tener en cuenta el terapeuta que conduce tales sesiones (De la Espriella, 2008); y en las contingencias propias de la pareja como la fidelidad, la comunicación, los celos, el sexo, el compromiso (Garciandia, 2012).

Se observan en la Psiquiatría moderna dos posiciones que, en cierta forma se contraponen: por una parte se restringen los asuntos de pareja a lo orgánicamente patológico; pero al ver que la concepción organicista resulta insuficiente porque no penetra en los asuntos de la pareja surge, de otro lado, la autoayuda psiquiátrica que no se fundamenta en la fisiología y la anatomía sino en el asunto del vínculo afectivo. Sin embargo, esta también se queda corta al limitarse a dar consejos a veces desde el empirismo sin profundizar en aquello que está en la base de las cuestiones de la vida amorosa. Por lo que se recurre a la Psicología para indagar qué dice ésta al respecto.

7.1.6 El amor de pareja ¿una cuestión de esquemas, de vínculo primario o centrada en la persona?

Continuando con el rastreo de lo planteado por algunas ciencias sobre los fenómenos de pareja, se hace necesario revisar qué ha dicho la Psicología desde sus diferentes corrientes.

7.1.6.1. Las problemáticas de pareja una cuestión de esquemas

La Psicología Cognitiva no tiene una explicación propia para los asuntos de la pareja, sino que traslada y adapta los conceptos usados en la terapia individual para abordar los conflictos de la pareja, centrándose tanto en su forma de resolverlos como de evitarlos. Para esto, identifica como base de dichos conflictos los esquemas mentales y las distorsiones cognitivas de cada uno de los miembros de la pareja.

Se propone respecto de la pareja: la importancia de identificar los pensamientos automáticos como aquellos que se producen en situaciones concretas, los supuestos subyacentes como las reglas que sirven para organizar la percepción y que condicionan dichos pensamientos y, por último, los esquemas que son las creencias básicas inflexibles que generan que cada

partenaire interprete las palabras y el comportamiento de su compañero y la relación en sí misma de determinada manera.

En concordancia con lo anterior, “Ellis propuso que la disfunción matrimonial sucede cuando los esposos mantienen expectativas irreales sobre el matrimonio y hacen evaluaciones negativas extremas cuando no están satisfechos” (Dattilio, F y Padesky, C, 1995. p. 28).

Unido a esas falsas expectativas y, en cierta medida, conduciendo a ellas, los autores Dattilio y Padesky (1995) en su libro *Terapia Cognitiva con parejas*, enuncian la triada cognitiva, según la cual la visión que tiene la persona sobre sí misma, el mundo y el futuro será determinante en su pensamiento y en su comportamiento.

Partiendo de lo anterior, se entiende que la Psicología Cognitiva busca en la terapia de pareja que cada uno de sus integrantes pueda examinar sus distorsiones cognitivas hasta llegar a formas más equilibradas de valorar sus experiencias y con esa reestructuración de cada quien, promover una relación más productiva entre ambos. Esto mismo es lo que se hace en la terapia individual, sin que las dinámicas de la pareja tengan una forma particular de pensarse y abordarse desde esta perspectiva de la psicología.

Sin embargo, respecto de la modificación de esquemas, hay particularmente tres puntos imprescindibles en los que se hace especial énfasis en la Terapia Cognitiva con parejas que son: el cambio en las expectativas irreales sobre la relación, las atribuciones falsas en las interacciones y el uso de estrategias de auto – instrucción con el fin de que la interacción destructiva disminuya. Por eso, el principal propósito en la terapia de parejas cognitiva es identificar los esquemas o creencias que la pareja tenga sobre las relaciones en general y, particularmente, sus pensamientos sobre las propias relaciones (Dattilio, F y Padesky, C, 1995).

7.1.6.2. El amor de pareja, una consecuencia del vínculo primario

La corriente Dinámica de la Psicología habla en términos generales de la pareja y basa su explicación acerca de la constitución de la misma en las relaciones que cada uno de los partenaires haya tenido con el objeto primario; esto es, en las formas más tempranas de identificación de cada miembro de la pareja y en el deseo de fusión simbólica con el objeto parental (Kernberg, 2003).

Este concepto lo encontramos ampliamente desarrollado en autores como Sándor Ferenczi, quien sostiene que en el adulto se conserva el niño inquieto ávido de amar. Y, por lo tanto, los amores posteriores son una manifestación transferencial, una nueva versión de movimientos afectivos experimentados en la primera infancia que después son llevados al inconsciente. El primer amor objetal y el primer odio objetal, más allá de ser una expresión de la neurosis en la vida adulta, son la raíz de un proceso mental normal que sólo ha sido exagerado (Ferenczi, 1984).

El primer amor, el primer odio, ocurren gracias a la transferencia: una parte de las sensaciones de placer o de disgusto, autoeróticas en su origen, se desplazan sobre los objetos que las han suscitado. Al principio, el niño sólo ama la saciedad, pues ella apacigua el hambre que le tortura; después llega a amar a la madre, objeto que le procura la saciedad (Ferenczi, 1984).

Siguiendo este mismo desarrollo teórico sobre las relaciones objetales, Karl Abraham propone unas etapas de la organización libidinal, ampliando las propuestas por Freud.

Así, habla de etapa oral primaria (de succión) en la cual no hay destrucción del objeto y se caracteriza por ser una etapa de autoerotismo, anobjetal y pre-ambivalente, exenta de

inhibiciones. Seguido de una etapa oral secundaria (canibalística) donde hay un apoderamiento del objeto, es de carácter ambivalente y se da por primera vez un proceso instintivo de inhibición (ansiedad morbosa). Luego está la primera etapa sádico-anal: la destructiva, donde hay amor de objeto parcial de carácter ambivalente con sentimientos de culpa. En la segunda etapa sádico-anal: la retentiva, hay amor de objeto parcial de carácter ambivalente con sentimientos de piedad y repugnancia. Posteriormente, se da una etapa genital primaria (fálica), en la que hay amor objetal con exclusión de los genitales y es ambivalente, con sentimientos de vergüenza. Y finalmente, una etapa genital definitiva, donde hay amor objetal, post-ambivalente, sentimientos sociales y sublimación.

A cada una de ellas corresponde una etapa del amor objetal: autoerotismo, narcisismo (donde el objeto está totalmente incorporado), amor parcial con incorporación, amor parcial, amor objetal con exclusión de los genitales y amor objetal.

Conservando la línea teórica sostenida en los principios de K. Abraham, se postula la tesis de Melanie Klein sobre el desarrollo objetal interno. En su teoría Klein sostiene que “el primer objeto de amor y odio del lactante, su madre, es deseado y odiado a la vez con toda la fuerza e intensidad características de las tempranas necesidades del niño (Klein, 2003); del mismo modo en que recibe gratificación y satisfacción al proporcionarle alivio a todas sus necesidades, también se puede convertir en un ser odiado y despreciado cuando ésta no corresponde a sus demandas.

Nuestra madre desempeña un papel duradero en nuestra mente, argumenta Klein, porque ella fue la que primero satisfizo todas nuestras necesidades de auto preservación y nuestros deseos sensuales, proporcionándonos seguridad; aunque los diversos modos en que esta influencia actúa y las formas que a veces toma no resulten muy obvios en una etapa ulterior. Por ejemplo: una mujer puede aparentemente haberse apartado de su madre, y sin embargo buscar

inconscientemente algunos aspectos de aquel primer vínculo en su relación con el marido o con el hombre que ama.

El lactante encuentra en su madre un objeto primario para obtener satisfacción, “un pecho bueno”; sin embargo, va desarrollando sentimientos de amor hacia ella como persona. Pero, según la autora este primer amor está atravesado por impulsos de destrucción. El odio y el amor estarán presentes en cierta medida como disputa durante toda la vida, siendo base de las relaciones humanas e incluso amenazando su estabilidad.

De esta manera se explica desde este postulado psicodinámico algunas de las relaciones adultas, argumentando la funcionalidad y calidad del vínculo entre hombre y mujer como un reflejo de experiencias ricamente desarrolladas en la infancia en las relaciones con los padres. La influencia del pasado permite que en la edad adulta se brinde satisfacción a muchos deseos y fantasías que en la niñez no fueron resueltos debido a una co-existencia inconsciente y simultánea de deseos contradictorios.

Factores relacionados con los vínculos tempranos influyen en la elección de pareja tanto masculina como femenina, elementos inconscientes y manifestaciones incluso enmascaradas. En el hombre está presente la posibilidad de elegir una mujer cuyos rasgos y características concuerdan con las primeras impresiones recibidas de la madre o tal vez con el ánimo de desligarse de una relación fuerte con ésta opte por elegir una mujer que difiera en gran medida de ella. Así mismo, la mujer conserva sentimientos y emociones hacia el padre que juegan un papel importante a la hora de elegir un compañero.

Aunque los vínculos amorosos de la vida adulta están fundados en las primeras relaciones emocionales con los padres, hermanos y hermanas, los nuevos lazos no son necesariamente meras repeticiones de la temprana situación familiar. [...] Las relaciones normales adultas siempre contienen nuevos elementos derivados de la nueva

situación: las circunstancias, la personalidad del otro, y su respuesta a las necesidades emocionales y a los intereses prácticos del adulto (Klein, 2003. p.328).

Por otro lado, Françoise Doltó (1997) en sus análisis teóricos sobre la sexualidad, sostiene que ésta se desarrolla en las diferentes fases psico-fisiológicas (oral, anal, fálica) a partir de la estructuración de la libido. El sujeto se constituye partiendo de lo pulsional y la relación objetal.

Para Doltó el sujeto construye una imagen inconsciente de su cuerpo compuesta por la interrelación de tres aspectos: lo estructural, lo genético y lo relacional. A su vez, lo estructural es producto de la articulación de la imagen de base, la funcional y la erógena. La articulación de estas tres imágenes pone de manifiesto la necesidad de otro para subsistir, que haya un deseo del otro y propio para que se constituya el sujeto, lo que pone a cada quien en una posición de indefensión (Ruiz, 2010).

Otro argumento sustancial de la Psicología Dinámica tiene su base en que la elección de la pareja es sintomática y narcisista (Lemaire, 1974) en la medida que las necesidades y deseos inhibidos o prohibidos en la sociedad encuentran sosiego al interior de la pareja, permitiendo que las demás relaciones permanezcan inmunes, por lo que afirma Lemaire que la vida conyugal es “el campo de expresión más propicio de las tendencias arcaicas y neuróticas de la personalidad” (Lemaire, 1974. p.26).

7.1.6.3. El amor de pareja desde una mirada centrada en la persona

Desde la Psicología Humanista el tema de las relaciones de pareja ha sido abordado a partir del enfoque centrado en la persona. Este modelo apunta a derribar los roles preestablecidos socialmente tanto para hombres y mujeres, basado en que hay factores sociales de suma

importancia en la historia que han incidido tanto en la progresiva independencia de la mujer, como en la puesta en entredicho del concepto de dominio masculino; factores tales como: la aparición de los métodos anticonceptivos, los movimientos de liberación femenina, el aumento de la participación de las mujeres en el campo laboral, político y legislativo y la creciente libertad sexual (Rogers, 1980).

Dichos factores han influido en la modificación de la dinámica de las relaciones de pareja, generando cambios en el modelo de familia e incluso dando una visión diferente del matrimonio, a partir de la pérdida de fuerza de los roles sociológicos.

La experiencia en una atmósfera centrada en la persona tiene otro resultado. Los roles y sus expectativas tienden a hacerse a un lado y a ser reemplazados por la persona, quien escoge su propia manera de comportarse. [...] [Bajo este modelo] la mujer individual surge con una personalidad claramente definida y que es solo suya, comportándose de acuerdo con sus necesidades y con sus elecciones (Rogers, 1980).

De acuerdo con Rogers (1980) uno de los principales objetivos de este método de intervención, es que las parejas aprendan a verse como dos personas separadas, con intereses y necesidades distintas pero a la vez comunes. A su vez resalta los aspectos positivos que tiene la utilización de este enfoque en las relaciones de pareja, entre ellos:

Las dificultades presentes en la relación se sacan a la luz.

- La comunicación se hace más abierta, más real y uno y otro escuchan más.
- Los compañeros empiezan a reconocer el valor de la separación.

- Se reconoce y se valora en la relación la creciente independencia de la mujer.
- Hay un creciente reconocimiento de la importancia de los sentimientos lo mismo que de la razón, de las emociones lo mismo que de la inteligencia.
- Hay un esfuerzo hacia la experiencia de una mayor confianza mutua, de un crecimiento personal y de intereses compartidos.
- Los roles y sus expectativas tienden a hacerse a un lado y a ser reemplazados por la persona quien escoge su propia manera de comportarse.
- Hay una evaluación más realista de las necesidades del otro que cada uno puede satisfacer.
- Las así llamadas relaciones satélite pueden ser establecidas por cualquiera de la pareja, y esto a menudo produce un gran dolor al igual que un crecimiento enriquecedor.

7.1.7. Un encuentro con el psicoanálisis freudiano y lo que dice sobre el amor.

Este recorrido por las diferentes discursos de la ciencia que se ocupan, en alguna medida, de las dinámicas de las relaciones de pareja permite evidenciar que a pesar de los cambios que han tenido tales dinámicas a lo largo de los años, es muy limitado lo que se ha dicho respecto de cómo las transformaciones de la mujer y las funciones asignadas a ella son precisamente las que han dado lugar a las modificaciones en los fenómenos de la vida amorosa y cómo éstas han influido en su elección de pareja. Adicionalmente, las perspectivas sobre las relaciones de pareja y la sexualidad que se encuentran en lo expuesto, se centran en criterios sociales, biológicos y de normalidad /anormalidad, sin que se ahonde en aquello que se presenta como base fundamental de la elección de la pareja.

Es por esta razón por la cual acudimos al Psicoanálisis Freudiano, para examinar qué ha dicho éste sobre las dinámicas de las relaciones amorosas y, concretamente, lo que tiene que ver con la elección de pareja. Encontramos que para Freud el amor es fundamentalmente narcisista con predominio de una elección de objeto para los hombres y otra para las mujeres, lo que plantea una esencial disimetría entre hombres y mujeres; aunque compartan como una de las causas de su sufrimiento, la pérdida del objeto de amor. De otra parte Freud nos muestra el amor como repetición de antiguos clichés infantiles ya sea por la vertiente erotómana en las mujeres o fetichista en los hombres. Toda la elaboración freudiana nos conduce a inquirir a Freud por las particularidades de la mujer en la experiencia amorosa.

También quisimos tomar de Freud su avance al intentar desligar lo femenino y lo masculino del género, entendiendo que lo particular de cada persona no se pone en juego sólo en el cuerpo y que esa ubicación del lado femenino o masculino precede a la elección de pareja.

8. EL AMOR EN FREUD

Al revisar lo expuesto por las ciencias sociales encontramos que el tema de las relaciones de pareja es abordado desde alguna de estas perspectivas: sociológica, biológica y psicológica. En este capítulo indagamos cómo responde el Psicoanálisis Freudiano a la pregunta por los vínculos amorosos, y para esto abordamos los conceptos que son claves en Freud para el tema de la mujer y las relaciones de pareja, y que nos permiten llegar a la elección de objeto: pulsión, transferencia, identificación, enamoramiento, complejo de Edipo, castración, entre otros. Hasta llegar a lo que tiene que ver con el carácter sexual, que trasciende lo puramente biológico y lo relacionado con el género.

8.1. LO QUE INCIDE EN EL AMOR

En los vínculos amorosos tienen incidencia diversos factores que sumados unos a otros podrían dar lugar a aquello que se siente por la pareja. Es así como puede sentirse desde el interior un empuje hacia el amado, una entrega plena similar a la de un hipnotizado; igualmente en el amor pueden intervenir afectos del pasado que se traen al presente y son puestos en la pareja, podría haber también algo de repetición de historias infantiles, y una búsqueda de satisfacción en la relación. A continuación se ahonda en cada uno de estos aspectos que pueden tener alguna incidencia en la elección de la pareja.

8.1.1. La pulsión y lo que viene del interior

Antes de iniciar el recorrido por los conceptos que sirven de coordenadas para saber cómo ha sido abordado por Freud el tema del amor, es necesario remitirse a la definición de un proceso

fundamental para el desarrollo teórico en psicoanálisis, se habla entonces de la pulsión que, de acuerdo con Laplanche, J. & Pontalis, J.B (1994). es definida como un:

Proceso dinámico consistente en un empuje (carga energética, factor de motilidad) que hace tender al organismo hacia un fin. Según Freud, una pulsión tiene su fuente en una excitación corporal (estado de tensión); su fin es suprimir el estado de tensión que reina en la fuente pulsional; gracias al objeto, la pulsión puede alcanzar su fin. (p.324)

La pulsión proviene del interior del propio organismo, por lo cual es considerada una fuerza constante de la que, a diferencia del resto de estímulos fisiológicos de origen externo, no es posible huir ni por ende ser reprimida. Es por esta razón que sólo puede encontrar solución al obtener una satisfacción alcanzando una meta apropiada. Durante su desarrollo, las pulsiones pueden presentar varios destinos o cambios de vía debido a los intercambios de objeto que se producen entre ellas; aparecen entonces el trastorno hacia lo contrario, la vuelta hacia la propia persona, la represión y la sublimación como formas de satisfacción alternas (Freud, 1915. p.122).

De estas cuatro vías alternas para el destino de la pulsión se extraerán las dos primeras que, por sus componentes, se configuran como de gran importancia para tratar de entender las lógicas presentes en el escenario de las relaciones de pareja. Con respecto al trastorno hacia lo contrario, Freud realiza una subdivisión en dos procesos: en el primero manifiesta que hay un cambio en la meta de la pulsión, de activa a pasiva, el cual es posible ver representado a través de la oposición sadismo - masoquismo, tema que más adelante en este capítulo abordamos en detalle. Así mismo, existe un segundo proceso en el que opera un trastorno en cuanto al contenido y que tiene como referente, para dar mayor claridad, la transformación del amor en odio.

En relación con la vuelta hacia la persona Freud es claro en afirmar de forma simple que se trata de un cambio de vía en el objeto que no altera la meta final, por lo tanto su comprensión es fácil si ponemos la mirada en el masoquismo, que no es más que un sadismo vuelto sobre el yo, del mismo modo que el exhibicionismo incluye el mirarse el cuerpo propio. Hay un disfrute del masoquista con la furia que recae sobre el mismo y del exhibicionista con su desnudez (1915, p. 122).

Ahora bien, para conocer cuál es el origen de la formación de estos polos opuestos en el pensamiento y las emociones de las personas, se hace necesario revisar la historia individual de cada uno, la búsqueda de lo singular guiados por las huellas que han quedado marcadas en su experiencia tomando como punto de partida la infancia, ya que es allí donde el individuo muestra su capacidad para satisfacer en sí mismo, de forma autoerótica, todos estos impulsos internos que lo gobiernan; sin embargo, será en las relaciones que construye con los demás donde hará su aparición el carácter ambivalente que representa parte de la vida amorosa.

Quando el objeto es fuente de sensaciones placenteras, se establece una tendencia motriz que quiere acercarlo al yo, incorporarlo a él; entonces hablamos también de la «atracción» que ejerce el objeto dispensador de placer y decimos que «amamos» al objeto. A la inversa, cuando el objeto es fuente de sensaciones de displacer, una tendencia se afana en aumentar la distancia entre él y el yo, en repetir con relación a él el intento originario de huida frente al mundo exterior emisor de estímulos. Sentimos la «repulsión» del objeto, y lo odiamos; este odio puede después acrecentarse convirtiéndose en la inclinación a agredir al objeto, con el propósito de aniquilarlo (Freud, 1915. p.131).

Freud define el amor como la “relación del yo con sus fuentes de placer” (1915. p.130). Por lo tanto se convierte en un tema que va más allá de un simple acto de voluntad, se trata de un carácter de vínculo placentero del yo con el objeto; aquellos objetos que solo permiten la conservación del yo, a lo sumo alcanzan la categoría de necesarios, de allí que no se definan

como amados sino simplemente como apreciables o agradables, en otras palabras, se expresa una subvaloración de los mismos. Por el contrario, aquellos objetos que satisfacen las necesidades de las pulsiones sexuales sublimadas son considerados como amados (Freud, 1915. p.132).

No obstante, aquellos objetos que alguna vez fueran amados pueden traspasar en un momento dado la línea del amor y convertirse en odiados. Aunque la transformación del amor en odio no se erige como el único tipo de oposición posible en la formación de las polaridades en cuanto al contenido de la pulsión, ya conocemos que esta primera contrariedad tiene su origen por la vía del placer - displacer; pero adicionalmente existe un opuesto entre amor - indiferencia que es el reflejo de la relación del sujeto con el objeto, la cual está representada en la interacción entre el mundo interno con el externo, donde el yo sólo es capaz de amarse a sí mismo y asume una posición de indiferencia por los estímulos del mundo exterior llegando incluso, en determinado momento, a considerarlos hostiles. Existe además, una tercera oposición que está relacionada con la transformación de una posición activa en pasiva (pasar del amar a querer ser amado).

El amor proviene de la capacidad del yo para satisfacer de manera autoerótica, por la ganancia de un placer de órgano, una parte de sus mociones pulsionales. Es originariamente narcisista, después pasa a los objetos que se incorporaron al yo ampliado, y expresa el intento motor del yo por alcanzar esos objetos en cuanto fuentes de placer. Se enlaza íntimamente con el quehacer de las posteriores pulsiones sexuales y coincide, cuando la síntesis de ellas se ha cumplido, con la aspiración sexual total (Freud, 1915. p.133).

Existe entonces una diferenciación del origen entre amar y odiar, cada uno tiene un desarrollo diferente bajo el influjo de la relación placer - displacer; mientras amar está directamente relacionado con el placer sexual, odiar se inscribe en la protección del yo ante todo estímulo que resulte displacentero o amenazante para su conservación y afirmación. Si bien hasta aquí se ha esbozado a grandes rasgos la génesis de estas dos emociones, será en el recorrido que

haga cada sujeto por sus experiencias, que formará los diferentes vínculos y se irán determinando sus lógicas y forma de relacionarse con los demás.

8.1.2. La sugestión

Quizá la primera referencia que se encuentra en Freud sobre el amor es una comparación entre la actitud crédula que, por convicción, siente el hipnotizado por su hipnotizador, y el sentimiento de “entrega plena” del niño por sus padres, también conocido como amor filial; así mismo, comparable con el estado de enamoramiento que es posible experimentar hacia otra persona en muchas relaciones amorosas. En palabras del mismo Freud: “La conjunción de estima exclusiva y obediencia crédula, pertenece, en general, a los rasgos característicos del amor” (1890. p.127).

8.1.3. La transferencia como reedición de los afectos

Freud introduce el término transferencia en 1895 como parte de sus Estudios sobre la histeria, refiriéndose a éste como una circunstancia donde se presenta una perturbación de la relación del enfermo con el médico, en la cual se establece un enlace falso, y el paciente, movido por el contenido del deseo instalado en su consciencia - pero desconociendo los motivos que lo ligan con un recuerdo del ayer - por efecto de asociación, pone un afecto idéntico al vivido tiempo atrás, en la imagen del médico. Seducido tal vez, por un espejismo que hace aflorar nuevamente la intención de satisfacer un deseo prohibido de su pasado. (Freud, 1895. p.306)

Luego, diez años más tarde, producto de su trabajo terapéutico con una de sus pacientes más recordadas, Dora, Freud realiza pequeñas puntualizaciones acerca del fenómeno de la transferencia y su importancia para la cura a través del análisis; anotaciones que hacen parte del

historial clínico publicado en su texto Fragmento de análisis de un caso de histeria (1905), donde manifiesta que más allá de ser una invención de la cura psicoanalítica, la transferencia se convierte en una revelación de un proceso individual que espontáneamente trae manifestaciones afectivas del paciente sobre la persona del médico y permite esclarecer su singularidad.

¿Qué son las transferencias? Son reediciones, recreaciones de las mociones y fantasías que a medida que el análisis avanza no pueden menos que despertarse y hacerse conscientes; pero lo característico de todo el género es la sustitución de una persona anterior por la persona del médico. Para decirlo de otro modo: toda una serie de vivencias psíquicas anteriores no es revivida como algo pasado, sino como vínculo actual con la persona del médico (Freud, 1905:101).

La posibilidad de que esta misma sustitución de una persona por otra se dé como efecto de experiencias vinculantes del pasado y opere en un contexto diferente al terapéutico, deja abierta la puerta para pensar cómo en las relaciones de pareja y tal vez durante el proceso de enamoramiento, se susciten sentimientos similares a los producidos por la transferencia por parte de los partenaires, los cuales de alguna forma pueden estar relacionados con recuerdos inconscientes de ambos y generando una repetición en sus historias.

Más adelante, en el texto Sobre la dinámica de la transferencia (1912), empiezan a emerger una serie de preguntas sobre por qué aparece este fenómeno en la cura analítica. Lo anterior no sin antes hacer una aclaración que resulta bastante relevante para el presente trabajo:

Todo ser humano, por efecto conjugado de sus disposiciones innatas y de los influjos que recibe en su infancia, adquiere una especificidad determinada para el ejercicio de su vida amorosa, o sea, para las condiciones de amor que establecerá y las pulsiones que satisfará, así como para las metas que habrá de fijarse (Freud, 1912. p.97)

Con este postulado se advierte que hay algo allí en el establecimiento de las relaciones con el otro que se escapa a la voluntad, incluso al interés consciente de formar una relación; se hace necesario pensar que dicha elección está relacionada con la singularidad de cada individuo y por lo tanto es una historia que se escribe con base en las experiencias particulares de la vida de cada uno.

[...] sólo una parte de estas tendencias libidinosas que determinan la vida erótica han realizado una evolución psíquica completa. Esta parte, vuelta hacia la realidad, se halla a disposición de la personalidad consciente. [...] En cambio, otra parte de tales tendencias libidinosas ha quedado detenida en su desarrollo por el veto de la personalidad consciente y de la misma realidad y sólo ha podido desplegarse en la fantasía o ha permanecido confinada en lo inconsciente (Freud, 1912. p.98).

De acuerdo con lo anterior, cada persona lleva impreso en su psiquismo una marca que es regrabada continuamente según las circunstancias de su vida y los objetos de amor que se le presentan alcanzables. Serán estas condiciones las que servirán de andamiaje para la edificación de su vida sentimental. Sin embargo, dice Freud, no todos estos componentes tendrán un recorrido exitoso hacia la conciencia llegando incluso a hacer parte de su realidad objetiva sino que serán relegados al plano de la fantasía o el inconsciente.

Y si la necesidad de amor de alguien no está satisfecha de manera exhaustiva por la realidad, él se verá precisado a volcarse con unas representaciones-expectativa libidinosas hacia cada nueva persona que aparezca, y es muy probable que las dos porciones de su libido, la susceptible de conciencia y la inconsciente, participen de tal acomodamiento (Freud, 1912. p.98).

Quizá muchos de esos deseos que algunas personas encuentran inexplicables y que los han conducido a establecer relaciones de pareja sin tener claridad sobre eso que los atrae de un

otro, son en cierta medida efectos de esos puntos ciegos en su psiquismo -información inconsciente a la que no se tiene acceso- pero que probablemente está relacionada con experiencias que en otro tiempo marcarían emocionalmente su existencia.

Por otro lado, al indagar sobre el origen de estos sentimientos en las personas, encontramos en Freud el siguiente postulado:

[...] todos nuestros vínculos de sentimiento, simpatía, amistad, confianza y similares, que valorizamos en la vida, se enlazan genéticamente con la sexualidad y se han desarrollado por debilitamiento de la meta sexual a partir de unos apetitos puramente sexuales, por más puros y no sensuales que se presenten ellos ante nuestra auto percepción consciente (Freud, 1912. p.103).

En este sentido, aquellas personas que generan admiración o estimación, actúan como reemplazo inconsciente de objetos sexuales que hicieron parte del desarrollo psíquico infantil. Tal como lo manifiesta Freud haciendo referencia al amor de transferencia, el enamoramiento está constituido por la reedición de rasgos y reacciones infantiles. Raro es entonces que se de una forma de enamoramiento que no esté sostenida por ese condicionamiento infantil, el cual le da el carácter compulsivo y hace referencia a lo patológico (Freud, 1912. p.171).

Las mociones inconscientes no quieren ser recordadas, como la cura lo desea, sino que aspiran a reproducirse en consonancia con la atemporalidad y la capacidad de alucinación de lo inconsciente. Al igual que en el sueño, el enfermo atribuye condición presente y realidad objetiva a los resultados del despertar de sus mociones inconscientes; quiere actuar sus pasiones sin atender a la situación objetiva (Freud, 1912. p.105).

Del mismo modo, esta dinámica es en cierto sentido aplicable a algunos modelos de relación que se escenifican cotidianamente en la vida de los seres humanos; en las cuales se observa una tendencia hacia la repetición de unos modos de satisfacción ligados a una misma estructura en la forma como se elige la pareja, atendiendo a la pasión como eje central de la vida amorosa sin atribuir importancia significativa al uso de la razón o el pensamiento objetivo.

“Sin ninguna duda, el amor sexual es uno de los contenidos principales de la vida, y la reunión de satisfacción anímica y corporal en el goce amoroso, uno de sus puntos más altos” (Freud, 1912. p.172). La anterior es una de las conclusiones sobre cómo la vida amorosa de los humanos está atravesada por la sexualidad y por qué a partir de ésta se construyen las formas de vincularse afectivamente con los demás.

8.1.4. La repetición: actuar para recordar

Freud liga la transferencia como un modo de repetición en el cual el enfermo revive una situación en lugar de recordarla. Esto, gracias a que opera allí una resistencia que permite que prevalezca la acción sobre el recuerdo. Se da una sustitución del objeto fundante de una insatisfacción en el pasado, y es por esta razón que el paciente termina fijándose en el médico, asignándole una connotación amorosa.

En 1914 en su texto Recordar, repetir y reelaborar -haciendo un análisis de la asociación libre- Freud manifiesta: “[...] podemos decir que el analizado no recuerda nada de lo olvidado o reprimido, sino que lo actúa. No lo reproduce como recuerdo, sino como acción; lo repite, sin saber, desde luego, que lo repite” (Freud, 1914. p.152). Por esta vía la persona disuelve nexos con recuerdos del pasado que en su momento causaron algún tipo de angustia o insatisfacción, incluso puede ser llevado a desconocer consecuencias de sus actos. Pero su incapacidad de traer de nuevo a la conciencia estos recuerdos a causa de la resistencia, permite que se repitan una vez más este

tipo de vivencias, pero sustituyendo el objeto de amor. Tal es el caso de mujeres y hombres que reproducen una y otra vez relaciones amorosas que actúan como reemplazo de la figura paterna y/o materna, y sin siquiera percatarse del hecho.

Es claro que existe una compulsión a la repetición bajo el efecto de vivencias infantiles que no fueron entendidas o bien interpretadas en su momento; experiencias que han sido movidas al campo inconsciente imposibilitando su recuerdo por influjo de la resistencia. No obstante, al igual que se cuestionara Freud durante sus análisis, aparece la pregunta por ¿qué es aquello que la persona repite exactamente? algo que el mismo Freud va a responder afirmando que “Repite todo cuanto desde las fuentes de su reprimido ya se ha abierto paso hasta su ser manifiesto: sus inhibiciones y actitudes inviables, sus rasgos patológicos de carácter” (Freud, 1914. p.153).

Con base en esta afirmación de Freud se estructuran algunas de las conductas amatorias de los seres humanos, quienes correspondiendo a impulsos inconscientes reeditan en forma constante escenas de su pasado, sustituyendo algunos de los personajes principales y modificando en algunos aspectos la historia, pero manteniendo un guión en el que están escritas varias páginas con las características principales de la personalidad del protagonista que, desconociendo su contenido, es capaz de representarlo durante repetidas ocasiones dando mayor fuerza a los aspectos insatisfactorios de su conducta.

Mientras continúen aislados los recuerdos y el inconsciente no sea escuchado, la posibilidad de lograr construir vínculos diferentes se reduce al vencimiento de las resistencias, de las cuales la mayor dificultad es no poseer un saber consciente. En este sentido cada persona encuentra como arreglárselas con aquello que no sabe y, como lo manifiesta Freud, en muchos casos se conforman con lamentar las cosas que le suceden, menospreciar el valor y la importancia de las conductas a las que no se encuentra sentido alguno y sólo exteriorizar aquellas que están guiadas por la represión (Freud, 1914. p.154).

8.1.5. La satisfacción como meta

¿Cuál es entonces la naturaleza real del acto de repetir historias en la vida de los seres humanos? En principio el psicoanálisis sugiere que todos los “procesos anímicos” se relacionan íntimamente con las pulsiones y a su vez están regulados por el principio del placer. Se pensaba que en todos los actos entra en funcionamiento una tensión displacentera que al final se va reorientando por un proceso de evitación, el cual tiende hacia la disminución de dicha tensión por medio de la producción de placer. “Nos hemos resuelto a referir placer y displacer a la cantidad de excitación presente en la vida anímica -y no ligada de ningún modo-, así: el displacer corresponde a un incremento de esa cantidad, y el placer a una reducción de ella” (Freud, 1920.p.8).

Sin embargo, plantea Freud, que de darse un gobierno total del principio del placer sobre todas las experiencias humanas, todos nuestros actos tendrían como única meta llegar al placer o cuando menos estar acompañados por éste. Lo cual contraría el concepto universal que considera la coexistencia en el alma de tendencias al placer y otras fuerzas opuestas que buscan inhibirlo. Entre estas últimas se encuentra en primer lugar el principio de realidad, que más allá de renunciar a la búsqueda de placer consigue posponerlo en forma temporal rodeando el camino hacia la meta. Así mismo otra de las fuentes que originan displacer, comprende todos aquellos conflictos que se presentan en las fases de desarrollo del yo hacia niveles más complejos de organización.

Tomando en cuenta que existe una lucha constante entre las pulsiones por el cumplimiento de sus metas y ante la incapacidad de lograr acuerdos por las diferencias que muestran en sus respectivos fines, muchas de ellas son reducidas por el camino de la represión. Por esta vía es posible explicar cómo algunas de las vivencias desagradables que se experimentan en la vida amorosa se repiten, puesto que están conectadas de alguna manera con una ganancia de

placer. Ganancia obtenida inicialmente por una vía sustitutiva pero que ante la repetición adquiere una índole directa.

[...] ciertas pulsiones o partes de pulsiones se muestran, por sus metas o sus requerimientos, inconciliables con las restantes que pueden conjugarse en la unidad abarcadora del yo. Son segregadas entonces de esa unidad por el proceso de la represión; se las retiene en estadios inferiores del desarrollo psíquico y se les corta, en un comienzo, la posibilidad de alcanzar satisfacción. Y si luego consiguen (como tan fácilmente sucede en el caso de las pulsiones sexuales reprimidas) procurarse por ciertos rodeos una satisfacción directa o sustitutiva, este éxito, que normalmente habría sido una posibilidad de placer, es sentido por el yo como displacer (Freud, 1920. p10).

De acuerdo con lo anterior, existe un escenario en el cual revivenciar experiencias insatisfechas de la vida infantil no se traduce específicamente en un displacer para el yo, sino que se convierte en una ganancia secundaria a través de aquellas pulsiones reprimidas; como lo manifiesta Freud “esta clase de displacer: no contradice al principio del placer; es displacer para un sistema y, al mismo tiempo, satisfacción para el otro” (Freud, 1920. p.20). Del mismo modo es importante resaltar que al hacer referencia a la vida infantil, se hace especial énfasis en las pulsiones sexuales durante la etapa del desarrollo.

En esta parte del texto emerge un postulado por parte de Freud que sirve como coordenada para rastrear el origen de muchas quejas comunes en la vida amorosa de algunas mujeres; se trata de la relación que tiene el desencuentro causado en la historia del niño y el vínculo con su progenitor del sexo contrario. El inevitable desengaño producido ante la espera de una satisfacción que nunca llega y por ende el desvanecimiento del primer amor infantil que tiene lugar durante el desenlace del complejo de edipo, se van a conjugar para que aparezca la posterior queja “No puedo lograr nada; nada me sale bien”, “nadie me llena”. Todo este proceso está guiado por pulsiones que buscaban una satisfacción que al final debió resignarse, concluyendo en

un displacer. “Esa experiencia se hizo en vano. Se la repite a pesar de todo; una compulsión esfuerza a ello” (Freud, 1920. p.21).

Se conocen individuos en quienes toda relación humana lleva a idéntico desenlace: [...] amantes cuya relación tierna con la mujer recorre siempre las mismas fases y desemboca en idéntico final, etc. Este «eterno retorno de lo igual» nos asombra poco cuando se trata de una conducta activa de tales personas y podemos descubrir el rasgo de carácter que permanece igual en ellas, exteriorizándose forzosamente en la repetición de idénticas vivencias. Nos sorprenden mucho más los casos en que la persona parece vivenciar pasivamente algo sustraído a su poder, a despecho de lo cual vivencia una y otra vez la repetición del mismo destino. Piénsese, por ejemplo, en la historia de aquella mujer que se casó tres veces sucesivas, y las tres el marido enfermó y ella debió cuidarlo en su lecho de muerte (Freud, 1920. p.22).

Tal y como lo evidencian las teorías freudianas, la compulsión hacia la repetición va más allá de su relación con el principio del placer. Se establece una relación directa con la constitución psíquica, por tanto no resulta preciso pensar en un proceso de maduración progresivo dado por las etapas del crecimiento como seres humanos, sino que por el contrario no existe un orden temporal establecido. De allí que en la vida adulta se produzcan intentos repetidos -no conscientes- por reencontrarse con esa identidad perdida, intentos de volver a un estado anterior guiados por influjo de una pulsión.

Para esbozar de otra manera el origen de esta necesidad que se instala en el individuo con el fin de buscar el restablecimiento de un estado anterior, Freud hace referencia al discurso pronunciado por Aristófanes en El Banquete, aclarando que no trata de dar cuenta del origen de la pulsión sino de cómo ésta se relaciona con el objeto:

[...] primero, es preciso que conozcan la naturaleza humana y las modificaciones que ha sufrido, ya que nuestra antigua naturaleza no era la misma de ahora, sino diferente.

En primer lugar, tres eran los sexos de las personas, no dos, como ahora, masculino y femenino, sino que había, además, un tercero que participaba de estos dos, cuyo nombre sobrevive todavía, aunque él mismo ha desaparecido. El andrógino [...] tenía cuatro manos, mismo número de pies que de manos y dos rostros perfectamente iguales sobre un cuello circular. Y sobre estos dos rostros, situados en direcciones opuestas, una sola cabeza, y además cuatro orejas, dos órganos sexuales, y todo lo demás como uno puede imaginarse a tenor de lo dicho (Platón, 2011).

Al comprobar Zeus que estos seres eran más fuertes y vigorosos, dotados de un orgullo que los llevó incluso a conspirar en contra de los dioses, tomó la determinación de dividirlos en dos, cortándolos por la mitad.

Así, pues, una vez que fue seccionada en dos la forma original, añorando cada uno su propia mitad se juntaba con ella y rodeándose con las manos y entrelazándose unos con otros, deseosos de unirse en una sola naturaleza, morían de hambre y de absoluta inanición, por no querer hacer nada separados unos de otros (Platón, 2011).

Es claro que la tesis que más fuerza tiene en la teoría Freudiana es la del empuje de la pulsión hacia la búsqueda de revivir experiencias anteriores; sin embargo, en el tránsito hacia la realización de dicha meta se presentan obstáculos que provocan una desviación por vías alternas sin renunciar en ningún momento a la búsqueda de satisfacción plena. Parte de estos obstáculos son puestos por la oposición existente entre las pulsiones; aquellas que Freud clasifica por un lado como yoicas (responsables de la inclinación a la muerte o retorno al estado de in-animación) y por otro como pulsiones sexuales (encargadas de la continuación de la vida), pero ambas de carácter libidinoso.

La pulsión reprimida nunca cesa de aspirar a su satisfacción plena, que consistiría en la repetición de una vivencia primaria de satisfacción; todas las formaciones sustitutivas y reactivas, y todas las sublimaciones, son insuficientes para cancelar su tensión

acuciante, y la diferencia entre el placer de satisfacción hallado y el pretendido engendra el factor pulsionante, que no admite aferrarse a ninguna de las situaciones establecidas, sino que, en las palabras del poeta, «acicatea, indomeñado, siempre hacia adelante» (Freud, 1920. p.42).

No existe por tanto una reciprocidad entre estos grupos de pulsiones, la teoría freudiana lo ejemplifica en la relación que se establece con el objeto, “El propio amor de objeto nos enseña una segunda polaridad de esta clase, la que media entre amor (ternura) y odio (agresión)” (Freud, 1920. p.52). Se habla entonces de un componente sádico en la pulsión sexual que trata de imponerse en las aspiraciones sexuales de los individuos. Tal dominio termina por ejercer un control que en algunas ocasiones puede derivar en querer producir daño en el objeto; todo esto bajo el influjo de la libido narcisista originando lo que hoy conocemos como “ambivalencia amor-odio de la vida amorosa.” Por consiguiente, en sintonía con la hipótesis de que siempre se está buscando el retorno a un estado anterior, el masoquismo no es otra cosa más que ese componente sádico de la pulsión sexual que una vez puesto en el objeto realiza una vuelta sobre el propio yo (Freud, 1920. .53).

Acorde con lo expuesto hasta el momento en este apartado, queda puesta sobre la mesa la hipótesis sobre la importancia que tienen las pulsiones en el desarrollo del acontecer psíquico. Señalando el camino con la dirección a la que se debe apuntar para dar explicación a algunos de los avatares de la vida amorosa. El placer y el displacer hacen parte del coctel de percepciones que se deben tramitar a lo largo de la vida y de las que muchas veces, no se tiene siquiera un saber consciente. Aunque se está en constante alerta por los estímulos peligrosos que llegan del exterior, la tarea más compleja deviene del saber arreglárselas con los conflictos internos que son los verdaderos obstáculos a la hora de vivir.

8.1.6. Identificación y enamoramiento como formas de vínculos afectivos

En el capítulo VII del texto de Freud de 1920 Psicología de las masas y análisis del yo, La Identificación se plantea como la primera forma de vínculo afectivo con otra persona y se exponen las posibles variables de la misma, que se enuncian a continuación, para luego ser explicadas:

- Querer ser el otro y ocupar su lugar frente al objeto.
- Se transforma en objeto a la persona con quien hay una identificación, de modo que se quiere poseer a ese objeto. La identificación y el objeto convergen en una misma persona.
- Hay una identificación con quien inicialmente era el objeto y se buscan objetos que reemplacen el yo.
- Se introyecta el objeto y se pierde el yo.

El primer modo de identificación enunciado se encuentra en el complejo de Edipo en el que el niño toma al padre como ideal, como modelo, queriendo parecerse a él. No obstante esta identificación contiene una ambivalencia en la medida que al mismo tiempo es una expresión de ternura y de hostilidad, en cuanto hay unos deseos de eliminar a ese otro idealizado, que es también visto como un rival.

En el Edipo Invertido se encuentra otra variable según la cual se pone como objeto de amor a la persona con la que se da la identificación; entonces ya no sólo se busca una semejanza

a él, sino que también hay un deseo por poseerlo. Es decir, la identificación precede a la elección de objeto.

Estas dos identificaciones son diferenciadas claramente por Freud cuando expresa que “En el primer caso el padre es lo que uno querría ser; y en el segundo lo que uno querría tener” (Freud, 1921. p.100). Igualmente, manifiesta en el mismo texto que “La identificación reemplaza a la elección de objeto; la elección de objeto ha regresado hasta la identificación” (Freud, 1921. p.100) al referirse a los casos en que se copia a la persona amada, tomando para sí características propias de ésta.

Un modo diferente a los ya descritos se presenta cuando al joven, que tiene como objeto a la madre, le llega el momento de resignarlo y tomar uno nuevo; y en lugar de abandonarla lo que hace es identificarse con ella y buscar objetos que sustituyan su propio yo, de modo que él pueda amarlos y cuidarlos como su madre lo hizo con él mismo. Lo que sucede en este caso es que se “trasmuda al yo respecto de un componente en extremo importante (el carácter sexual), según el modelo de lo que hasta ese momento era el objeto” (Freud, 1921. p.102).

También en la melancolía es posible observar otro tipo de identificación según la cual el objeto amado que se ha perdido es introyectado y el yo se divide: de una lado está el ideal del yo que, como conciencia moral, dirige reproches a esa otra parte del yo que ha introyectado el objeto.

Con base en lo anteriormente expuesto, la identificación puede ser vista como una forma de elegir pareja y situarse en relación con ella, que también obedece a muchas variables según el modo de identificación que se establezca.

En el capítulo VIII del mismo texto, denominado Enamoramiento e hipnosis, Freud plantea diferentes grados posibles de amor. De un lado, estaría el amor sensual cuyo único fin es la satisfacción sexual directa; de otro lado, el amor tierno en el que esa meta de satisfacción sexual se reprime y se reemplaza por sentimientos tiernos y finalmente se podría dar la confluencia (o no) en una misma persona de ambos tipos de amor.

Cuando el vínculo es de meta inhibida, esto es cuando las aspiraciones sexuales no son susceptibles de satisfacción plena, la unión tiende a ser duradera, pues no hay una descarga como sí la hay en las relaciones donde la meta no está inhibida y el amor sensual tiende a extinguirse con cada descarga.

Vemos en estos tipos de amor diferentes formas de tratar al objeto, que no excluyen ni riñen entre sí con la identificación. Este mismo texto nos plantea cómo en el enamoramiento el objeto de amor es idealizado y sexualmente sobreestimado. Lo que quiere decir que se produce un espejismo en el que se le conceden al objeto ciertas bondades y se le dirige gran cantidad de libido narcisista, en la medida que es tratado como el propio yo.

Así, a medida que aumenta el enamoramiento y con él la sobreestimación del objeto, éste es visto cada vez de forma más grandiosa y, paralelamente, el propio yo se menosprecia. Es en este punto donde es posible afirmar, según lo plantea Freud, que el yo se ha entregado y se ha empobrecido a expensas del objeto que ha sido idealizado.

Con base en lo anterior, Freud expone un paralelo según el cual en la identificación el objeto es puesto en el lugar del yo, y en el enamoramiento el objeto es puesto en el lugar del ideal del yo (Freud, 1921. p.107). Siendo ambas (con todas las categorías ya descritas) posibles vías que cada persona puede seguir al momento de entablar una relación; posibles lugares que puede asumir frente a su pareja.

8.2. LA ELECCIÓN DE LA PAREJA

Habiendo revisado los factores que influyen en el amor, en este apartado nos dedicaremos concretamente a la elección de la pareja y a las posibles vías por la cual ésta puede hacerse.

Partiendo del enamoramiento, antes expuesto, es posible observar cómo se oponen entre sí la libido yoica (entendida sobre la base de la pulsión de autoconservación) y la libido de objeto (pulsión sexual puesta fuera de sí), de manera que una se empobrece en beneficio de la otra; siendo en el enamoramiento la libido yoica la que se reduce para favorecer la libido de objeto.

La oposición de ambas pulsiones es determinante al momento de la elección de objeto, pues ésta se verá influenciada por la pulsión que se pretenda satisfacer. Es decir, si lo que se busca satisfacer es la libido yoica, se buscará una pareja con la que se complazca el deseo narcisista; y si es la libido de objeto la que prevalece, la pareja se elegirá teniendo como fundamento el objeto perdido del deseo, que a su vez está apuntalado en la libido de autoconservación (yoica).

Al respecto, en Introducción del Narcisismo, Freud (1914) explica cómo al inicio del desarrollo de la vida sexual las pulsiones sexuales se soportan en la satisfacción de las pulsiones yoicas, de modo que los primeros objetos sexuales son la madre o el cuidador, encargados de satisfacer esas necesidades básicas del niño.

De un lado, Freud denomina “elección de objeto de tipo anaclítico o por apuntalamiento” a aquella que se fundamenta en las primeras experiencias de satisfacción, buscando en el objeto amado “a la mujer nutricia” o “al hombre protector” (Freud, 1914. p.87).

De otro lado, en la elección de objeto narcisista se elige el objeto de amor según la propia persona. Bien sea porque se ama en el objeto: lo que uno mismo es, lo que uno mismo fue, la persona que fue parte de uno mismo (hijo) o las cualidades que se quisieran para sí mismo, sustituyendo así un ideal del yo no alcanzado.

Respecto de estas posibles formas de elección de objeto, Freud aclara que cualquier persona tiene ante sí la posibilidad de elegir siguiendo cualquiera de ellas, partiendo de que se tienen “dos objetos sexuales originarios: él mismo y la mujer que lo crió” (Freud, 1914. p.85). Sin embargo, señala unas inclinaciones propias del hombre y la mujer, que si bien no son regla general, sí muestran una tendencia. Aunque, como lo afirma el mismo autor, es posible encontrar mujeres que amen según el modelo masculino (que exponemos a continuación) y viceversa.

En el hombre es más característica la elección de objeto según el tipo de apuntalamiento, mientras que en la mujer la elección narcisista es la que predomina. La explicación de esto proviene de que el hombre ha trasladado su propio narcisismo originario al objeto sexual; y en la mujer se acrecienta el narcisismo originario durante la pubertad, amándose a sí mismas con la misma intensidad con que el hombre las ama, de modo que “su necesidad no se sacia amando, sino siendo amadas, y se prendan del hombre que les colma esa necesidad” (Freud, 1914. p.86).

Partiendo de lo anterior, explica Freud que en la elección narcisista la meta es ser amado, elevándose de esta manera la autoestima; y en contraposición, en la elección anaclítica quien ama renuncia, en favor del objeto, a parte de su narcisismo que sólo es recobrado en la medida en que es, al mismo tiempo, amado. (Freud, 1914. p.95-96).

Para la elección de objeto Freud plantea que ésta tiene lugar en dos momentos: entre los 2 y 5 años y en la pubertad, separados ambos por el periodo de latencia en el cual se reprime el componente sexual de las metas infantiles y permanece la corriente tierna. Aunque, se espera que

en la elección de objeto propia de la conformación definitiva de la vida sexual confluyan la corriente tierna y la sensual dirigiéndose a un mismo objeto. (Freud, 1901. p.181-182).

No obstante, es posible que como consecuencia de la barrera del incesto se reprima la corriente sensual, distanciándose de la tierna, de modo que ésta es dirigida a ciertos objetos que recuerdan la elección infantil primaria y la parte de la moción sensual que no ha sido reprimida es dirigida a personas que no rememoren los objetos incestuosos prohibidos y por quienes se tiene una alta estima psíquica. “La vida amorosa de estos seres permanece escindida (...) Buscan objetos a los que no necesitan amar, a fin de mantener alejada su sensualidad de los objetos amados” (Freud, 1912. p.176). Por eso se hace necesario para estas personas degradar al objeto sexual y sobreestimar al objeto en quien recae la moción tierna.

En Tres ensayos de teoría sexual afirma Freud que la elección de objeto “se consuma primero en la [esfera de la] representación” (Freud, 1901. p.205), siendo en el plano de las fantasías donde inicialmente tiene lugar la vida sexual del joven, a quien retornan las pulsiones de la infancia, una de ellas la moción sexual hacia los padres. Confirmándose allí que gran parte de la actividad psicosexual para el hallazgo de objeto permanece en el inconsciente y proviene de inclinaciones infantiles. De modo que el fundamento de la elección de objeto en la adultez se encuentra en la vida infantil, bien sea porque en los objetos elegidos se busque el reencuentro con ese objeto perdido de la infancia o porque, como se dijo anteriormente, se busque amarse a sí mismo.

Al buscarse el objeto perdido de la infancia se suceden unos a otros, objetos que operan como reemplazo del originario, pero que al no ser exactamente él, no satisfacen completamente la pulsión. Lo que conlleva a la inconstancia en la elección de objeto, tan frecuente en la vida adulta (Freud, 1912. p.182).

En este punto del recorrido llegamos concretamente a lo que Freud explica como las posibles formas de elegir con quién establecer un vínculo amoroso, trascendiendo lo inicialmente expuesto de la identificación e ingresando en el ámbito propiamente del objeto, que es posible abordar desde dos perspectivas: la del desarrollo libidinal y la de la serie pulsional.

Tomamos ambas vías para pensar el objeto, privilegiando eventualmente alguna de ellas. La del desarrollo libidinal porque a pesar de ser más cronológica permite revisar puntos de fijación en objetos parciales de la pulsión; y la de la serie pulsional porque remite al objeto perdido del deseo, que es el que sirve como paradigma en la elección de pareja.

En Tres ensayos de teoría sexual, Freud define inicialmente el objeto sexual como “la persona de la que parte la atracción sexual” (1901. p.123) y posteriormente, en Pulsiones y destinos de pulsión (1915), queda descrito como aquello que permite alcanzar la meta de la pulsión, es decir, la satisfacción de la misma; y es considerado su elemento más variable.

Según Freud existen dos modos de elección de objeto: el normal y el invertido, esto es heterosexual y homosexual respectivamente. Sin embargo, plantea una bisexualidad de base en todos los seres humanos que finaliza en una monosexualidad, que va a depender de factores estructurales que influyen en la elección de objeto (como dicha bisexualidad) y factores contingentes, que tendrán que ver con la historia de cada persona, con sus vivencias.

La satisfacción es la meta para todas las pulsiones, sin embargo cada pulsión tiene unas metas más próximas que buscan esa satisfacción y que pueden influir en la elección de objeto, pues en la medida que un objeto permita alcanzar una de esas metas próximas, ese objeto será deseable.

Es posible hablar de múltiples metas para una misma pulsión y de una doble configuración (pasiva y activa) de éstas. El tocar y mirar son ejemplos de las metas próximas de la pulsión, que en su configuración activa serían tocar y mirar, y en la pasiva ser tocado y ser mirado. Igualmente el masoquismo y sadismo se corresponde con esa doble configuración.

El sadismo es explicado como una manifestación del componente agresivo de la pulsión sexual y puede ir desde una simple actitud activa hasta una violenta dirigida al objeto sexual, llegando a someterlo y maltratarlo, porque sólo de esta forma se obtiene satisfacción. Caso en el cual se trataría de una perversión.

Igualmente, el masoquismo oscila entre simples actitudes pasivas y el soportar malos tratos provenientes del objeto sexual. Como perversión, el masoquismo suele darse como transformación del sadismo, donde éste se vuelca hacia la propia persona, que en un principio ocupa el lugar de objeto sexual. Por lo general, el masoquismo como perversión deriva de factores que fijaron y reforzaron una actitud sexual pasiva inicial (Freud, 1901. p.143-144).

Otra de las posibilidades que enuncia Freud en su texto Tres ensayos de teoría sexual respecto del objeto, es que éste sea reemplazado por un objeto que se relaciona con él, pero con el que no se puede cumplir la meta de la pulsión sexual; que puede ser una parte del mismo cuerpo de la pareja o un objeto inanimado íntimamente en relación con la persona (objeto fetiche). En este caso todavía no se habla de una perversión, porque no hay un fetichismo propiamente dicho en el que la meta sexual se haya abandonado. Usualmente la elección del fetiche está ligada a una impresión sexual de la primera infancia y puede tener su origen en conexiones simbólicas del individuo que lo han llevado a sustituir el objeto por el fetiche.

En este punto es preciso ahondar en el masoquismo y el fetichismo como dos formas de satisfacción que ejercen una influencia en la elección de objeto.

8.2.1. Maltrato como un equivalente de amor

Retomando lo expuesto anteriormente, el masoquismo es una forma pasiva de la doble configuración (activa-pasiva) que puede tener la meta de la pulsión y es también un claro ejemplo de dos de los destinos de las pulsiones expuestos por Freud en 1915: El trastorno hacia lo contrario y la vuelta hacia la propia persona (Freud, 1915. p.122).

Aunque lo pasivo y lo activo, en este caso el sadismo y el masoquismo, son opuestos entre sí, esto no obsta para que ambos puedan converger en una misma persona, dando lugar a la ambivalencia que es posible gracias a que en el desarrollo pulsional cada una de las etapas permanece al lado de las otras y por esto junto a cada moción pulsional se encuentra su opuesto (Freud, 1915. p.126).

El paso del sadismo al masoquismo es explicado por Freud en su texto Pulsiones y destinos de pulsión (Freud, 1915. p.123):

- a) El sadismo consiste en una acción violenta, en una afirmación de poder dirigida a otra persona como objeto.

- b) Este objeto es resignado y sustituido por la persona propia. Con la vuelta hacia la persona propia se ha consumado también la mudanza de la meta pulsional activa en una pasiva.

- c) Se busca de nuevo como objeto una persona ajena, que, a consecuencia de la mudanza sobrevenida en la meta, tiene que tomar sobre sí el papel de sujeto.

Pegan a un niño (Freud, 1919) permite desentrañar aquello que se encuentra en la base del masoquismo, que es una fantasía de la infancia compuesta por tres momentos que difieren en el niño y la niña:

La fantasía de paliza de la niña pequeña recorre tres fases; de ellas, la primera y la última se recuerdan como conscientes, mientras que la intermedia permanece inconsciente. Las dos conscientes parecen sádicas; la intermedia -la inconsciente- es de indudable naturaleza masoquista; su contenido es ser azotado por el padre, y a ella adhieren la carga libidinosa y la conciencia de culpa. En la primera y tercera fantasías, el niño azotado es siempre un otro; en la intermedia, sólo la persona propia; en la tercera -fase consciente- son, en la gran mayoría de los casos, sólo varoncitos los azotados. La persona que pega es desde el comienzo el padre; luego, alguien que hace sus veces, tomado de la serie paterna. (Freud, 1919. p.192).

La explicación de la primera fase de la fantasía tiene su fundamento en el amor incestuoso, donde el azote a ese niño con quien se compete por el amor del padre tiene connotación de “una destitución del amor y una humillación”, y por eso el significado que se le asigna es “El padre no ama a ese otro niño, me ama sólo a mí” (Freud, 1919. p.184), satisfaciendo con esto los celos y el egoísmo de la niña que fantasea.

Cuando en el desarrollo se llega a la fase en que la niña debe reprimir la elección incestuosa de objeto, aparecen en ella sentimientos de culpa por dicha elección, que le sirven como sustento a la fantasía de la segunda fase en la que la misma niña es azotada (fantasía masoquista). Allí, es la culpa la que trasmuda el sadismo en masoquismo; y adicional a ella se presenta un componente erótico, pues también la moción de amor tiene su parte en la fantasía masoquista (Freud, 1919. p.186).

En la tercera fase aparentemente se ha vuelto al sadismo, pues la niña fantaseadora aparece sólo como observadora de una escena en que pegan a unos niños. Aquí, aunque en la forma parece sádica, la satisfacción que se obtiene con la fantasía es masoquista, en tanto los niños azotados son una sustitución de la propia fantaseadora, sobre quien se pone la investidura libidinosa reprimida junto con su correspondiente culpa (Freud, 1919. p.188).

La fantasía que funda el masoquismo deviene del amor incestuoso por el padre y del complejo de Edipo, y adicional a esto, en ella se encuentra algo de la constitución bisexual de la que habla Freud, dado que en la tercera fase la niña se fantasea varón, pero no asume una posición activa. Finalmente la represión hace lo suyo respecto de los deseos incestuosos y la bisexualidad. Sin embargo, las pulsiones sexuales encuentran la forma de hacer fracasar la represión a través de formas sustitutivas perturbadoras, como las fantasías (Freud, 1919. p.199).

De las fantasías descritas la que mayor importancia representa para el masoquismo es la que corresponde a la segunda fase que continúa presente, aunque oculta, en la fantasía de la tercera fase; y estando reprimida tiene efectos desde el inconsciente, como cuando se busca en otras personas subrogados del padre de quienes hacerse maltratar para dar cumplimiento a la fantasía masoquista (Freud, 1919. p.192).

En El problema económico del masoquismo (Freud, 1924. p.167), se plantean tres formas de masoquismo:

1. Erógeno: como condición de excitación sexual.
2. Femenino: como expresión de la naturaleza femenina
3. Moral: como norma de conducta en la vida

El primero de ellos, que se encuentra en la base de las otras dos formas, consiste en sentir placer con el dolor y tiene su fundamento en que parte de la pulsión de destrucción que se pone al servicio de la función sexual es empujada hacia afuera y se enfoca en objetos del mundo exterior (sadismo); pero otra parte de esta pulsión subsiste en el interior y es la base del masoquismo erógeno y originario del que puede decirse que se encuentra presente a lo largo de todo el desarrollo libidinal; de modo que el deseo de ser devorado por el padre es propio de la fase oral, el de ser golpeado por el padre se anuda a la fase sádico-anal, la fantasía de la castración se encuentra en la fase fálica y de la organización genital definitiva se extraen las fantasías de ser poseído sexualmente y parir (Freud, 1924. p.169-170). Adicionalmente, hay un masoquismo llamado secundario, ya descrito, que es el que tiene lugar cuando el sadismo es vuelto hacia la propia persona.

En cuanto al masoquismo denominado por Freud femenino (lo que no quiere decir que sea exclusivo de las mujeres), se explica como aquel en el que la persona es puesta en un lugar propio de la femineidad: “ser castrado, poseído sexualmente o parir” (Freud, 1924. p.168). Siendo cada uno de estos lugares representaciones de un castigo que espera recibir el yo masoquista.

Por su parte, el masoquismo moral se desanuda de la sexualidad en la medida que no es necesario que quien inflija el sufrimiento sea la persona amada, sino que se espera este castigo de parte del superyó o de una figura de la cadena parental. Sin embargo ese desanudamiento de la sexualidad es aparente, pues finalmente lo que hay detrás de la necesidad de ser castigado por un poder parental es el deseo de ser golpeado por el padre que a su vez se traduce en el deseo de “entrar con él en una vinculación sexual pasiva (femenina)” (Freud, 1924. p.175). Lo que acontece en este caso es que la persona tiene una necesidad de castigo producto de un sentimiento de culpa derivado de la oposición entre el yo y el superyó, donde el primero siente que no está respondiendo a las exigencias morales del segundo, que ha heredado del complejo de Edipo su función de garante de la moralidad. Este carácter masoquista por lo general permanece inconsciente y sólo es develado por las conductas de la persona (Freud, 1924. p.174-175).

Como dijimos al desarrollar el contenido de las fantasías masoquistas y el paso del sadismo al masoquismo, la culpa es un elemento clave presente en cualquiera de sus formas. En la fantasía aparece por razones indeterminadas que justifican, a modo de castigo, el maltrato recibido; pero hay una causa que subyace a la culpa y es el onanismo infantil.

Adicionalmente, Freud sí habla de una predisposición al masoquismo propia de la mujer, en tanto ésta por su misma constitución y por imposición social tiende a cargar de erotismo las tendencias destructivas que, a consecuencia de la represión, son vueltas hacia la propia persona (Freud, 1933. p.107).

Para el tema que nos convoca estas tres formas de masoquismo tienen importancia en la medida que podrían influir en el establecimiento y conservación de los vínculos amorosos, en tanto se elegirá como objeto de amor a aquella persona que, de alguna manera, permita cumplir las fantasías masoquistas. Bien sea porque sólo mediante el “castigo” que se recibe del otro se alcanza el placer, bien porque ese otro le permite a la persona situarse en una postura femenina pasiva, o porque es visto como un reemplazo de la figura parental y con él se cumple su fantasía de ser castigado por el padre.

8.2.2. Fetichismo: condición para la elección

Volviendo a lo esbozado sobre el fetichismo, éste tiene su fundamento en el momento en que el niño se percata de la ausencia del pene en la mujer y ante esto su primera reacción es desmentir la castración y como consecuencia de ello, es posible que se dé la elección de un fetiche que entra a ocupar el lugar del falo de la mujer, concretamente de la madre, al que el niño no quiere renunciar.

No obstante hay una dualidad frente a la castración de la madre, porque de un lado el niño sabe que la madre no tiene pene y de otro desea no saberla castrada. Frente a esto aparece el fetiche como solución de compromiso entre tal oposición y como sustituto del falo al que se dirige el deseo que en un principio se había dirigido a la madre. Para Freud el fetiche es “el signo del triunfo sobre la amenaza de castración y de la protección contra ella, y le ahorra al fetichista el devenir homosexual, en tanto presta a la mujer aquel carácter por el cual se vuelve soportable como objeto sexual” (Freud, 1927. p.149).

Ya en la vida adulta, la elección de objeto podría estar mediada por el fetiche, porque sólo las personas que posibiliten la proximidad con el objeto fetiche podrán ocupar un lugar en la vida amorosa del fetichista.

Hasta aquí hemos hablado de aspectos que posibilitan el surgimiento del amor y la elección de la pareja en términos generales. En este punto se hace necesario conocer, en términos concretos, qué decía Freud de las mujeres y cómo se deviene mujer, para finalmente indagar en el carácter sexual, porque desde allí hay lugar a un tipo particular de elección de objeto.

8.3 ¿CÓMO SE DEVIENE MUJER?

En El tabú de la virginidad, Freud plantea que “la mujer es en un todo tabú” (1918. p.194) y posteriormente lo reitera en otros textos con expresiones como “el psicoanálisis, por su particular naturaleza, no pretende describir qué es la mujer -una tarea de solución casi imposible para él-, sino indagar cómo deviene, cómo se desarrolla la mujer a partir del niño de disposición bisexual” (Freud, 193. p.108) o “la vida sexual de la mujer adulta sigue siendo un dark continent {continente desconocido} para la psicología” (Freud, 1926. p.199). Por lo tanto, lo que aquí se consigna tiene como premisa este interrogante que Freud dejó sin resolver a lo largo de su producción intelectual y toma lo que, sobre la mujer y su vida sexual, dejó esbozado.

8.3.1. Posibles vías en el desarrollo de la feminidad

El Complejo de Edipo es, según palabras del propio Freud, un “fenómeno central del período sexual de la primera infancia” (Freud, 1924. p.181) y la base sobre la cual se establecerá la vida amorosa, por lo que es importante remitirse a él para pensar el tema de las relaciones de pareja y la lógica en ellas.

La primera mención que hace Freud del Edipo fue en 1900 cuando, en La interpretación de los sueños, toma la tragedia de Sófocles, Edipo Rey, para explicar brevemente cómo el “enamoramamiento hacia uno de los miembros de la pareja parental y el odio hacia el otro” forman parte fundamental del contenido psíquico de la infancia. (Freud, 1900).

Posteriormente, en Cinco conferencias sobre psicoanálisis (Freud, 1910. p.42-43), Freud plantea que en su desarrollo sexual, el niño toma a uno de los padres como objeto de deseo erótico (elección de objeto) al tiempo que quiere reemplazar al otro progenitor, por quien siente rivalidad, identificándose con él. Allí mismo se expresa que dicho complejo nuclear es prontamente reprimido por su componente hostil, pero sigue surtiendo efectos desde el inconsciente.

De este modo en el Complejo de Edipo confluyen dos procesos: la identificación y la elección de objeto; diferenciándose la forma en que ambos tienen lugar en el niño y la niña.

En el niño la identificación se da con el padre, que es tomado como modelo; y la madre es puesta en el lugar del objeto investido sexualmente. Éste es llamado el Complejo de Edipo simple, positivo, cuya salida se da por la vía del temor a la castración producto de una amenaza

imaginaria, que conduce al niño a resignar la investidura de objeto de la madre con dos posibles reemplazos: identificarse con ella o reforzar la identificación con el padre. (Freud, 1923. p.34).

Por su parte, la niña ingresa al complejo de Edipo impulsada por la aceptación de su castración imaginaria. Es decir, en una fase pre-edípica la niña, al igual que su par masculino, se identifica con el padre y elige a la madre como objeto de deseo. Una vez ingresa al Edipo la niña tiene tres vías en el desarrollo de su feminidad (Freud, 1931):

1. Niega su sexualidad, renuncia a ella.
2. Rechaza la castración y acentúa su masculinidad.
3. Asume el complejo de Edipo y con él consiente el cambio de objeto de amor de la madre al padre.

La primera de ellas, la inhibición sexual, puede ser producto de un menoscabo en el amor propio resultado de sentirse menos dotada que los hombres, que conduce a la mujer a renunciar a su sexualidad fálica y, con ella, a la satisfacción masturbatoria clitorídea y a la madre fálica como objeto de amor (Freud, 1933. p.116 - 118).

En cuanto al complejo de masculinidad, en éste la niña se aferra a sus prácticas masturbatorias clitorídeas, se identifica con la madre fálica o con el padre y, posiblemente, su elección final de objeto sea homosexual. En relación con esta segunda reacción a la castración Freud plantea la posibilidad de una influencia importante de factores constitucionales (Freud, 1933. p.116 - 120).

En la reacción de la niña que la conduce a la feminidad, también tiene lugar la renuncia a la masturbación por estimulación en el clítoris y con ello, se ceden las metas activas, prevaleciendo la pasividad que favorece el tomar al padre como objeto de amor. Ese deseo por el padre deriva del deseo de tener el pene que se espera ahora del padre (pues la madre lo denegó) y que, más adelante será reemplazado, por el deseo de tener un hijo. De este modo, el deseo de poseer el pene continúa siendo visible aun cuando se ha alcanzado la feminidad, por lo que incluso Freud lo considera “un deseo femenino por excelencia” (Freud, 1933. p.118 - 119).

Esta diferencia en la forma como opera el Edipo en la mujer es presentada por Freud sólo hasta 1931, pues inicialmente sólo concebía una forma del Edipo, el simple, suponiendo que para la niña operaba de la misma manera.

Igualmente, el Edipo Invertido es un planteamiento posterior en el desarrollo teórico de Freud, según el cual el niño toma al padre como objeto libidinal y la identificación está puesta sobre la madre (Freud, 1921. p.100).

En 1923 Freud propone una salida del Edipo por vía de la identificación y explica que el que dicha salida se dé bien por identificación con el padre, o bien con la madre obedece a “la intensidad relativa de las dos disposiciones sexuales” (Freud, 1923. p.34) que cada individuo posea; lo que viene a ser considerado una de las formas de bisexualidad que se integran a la teoría del Complejo de Edipo inicialmente expuesta. Otra de las formas de bisexualidad se explicita cuando el niño no sólo tiene moliciones tiernas por la madre y se comporta ambivalentemente con el padre, sino que, al mismo tiempo, se comporta de manera tierna con el padre y es celoso y hostil con la madre.

Con la salida del Edipo, según lo explica Freud en El sepultamiento del complejo de Edipo, “las investiduras de objeto son resignadas y sustituidas por identificación” (Freud, 1924.

p.184) y con base en ellas se forma el superyó encargado de velar que se cumpla la prohibición del incesto, por lo que los sentimientos propios de la fase edípica son reprimidos, ingresando a un período de latencia. En la mujer, uno de estos deseos que permanecen reprimidos en el inconsciente luego de la salida del Edipo es el de “recibir como regalo un hijo del padre”; deseo que en la fase edípica entró a reemplazar el de tener un pene. (Freud, 1924. p.186).

Finalmente, la salida del Edipo conducirá no sólo a la formación del superyó, sino también a la instauración de una identidad sexual y a la elección de objeto. Razón por la cual es este un concepto fundamental si se quiere pensar, desde el psicoanálisis freudiano, las elecciones de pareja.

8.3.2. Vérselas con la falta

Anudado al Complejo de Edipo se encuentra la castración. La cual es relevante en la medida en que la noción de falo tiene incidencia en la forma como las personas piensan la sexualidad, dada la primacía del falo y su significado en relación con la falta.

Como se enunció en el apartado anterior, la castración marca para la mujer el ingreso al complejo de Edipo y para el hombre la salida del mismo. En *La organización genital infantil*, Freud (1923) habla de la primacía del falo propia del desarrollo sexual infantil, según la cual se supone un pene a todas las personas. El complejo de castración tiene lugar cuando se descubre que algunas personas no tienen pene y esto se atribuye a la castración. De modo que el niño teme ser también castrado y opta por renunciar a los sentimientos tiernos por la madre y a su deseo de reemplazar al padre, con lo que se configura su salida del Complejo de Edipo; mientras que la niña al creerse castrada ingresa al mismo (Freud, 1923. p.146). Esta diferencia tendrá consecuencias psíquicas disímiles, pues se parte de que para la niña la castración es un hecho que ya ocurrió, mientras que para el niño consiste en una amenaza permanente.

Una de esas consecuencias de la castración en el hombre se da respecto de la forma como se ha de configurar su relación con la mujer; porque el ver a la niña desprovista de pene e interpretar en ella el cumplimiento de la amenaza de castración, surgen en el varón sentimientos de “horror frente a la criatura mutilada, o menosprecio triunfalista hacia ella” (Freud, 1925. p.271) que marcarán significativamente el vínculo con las mujeres.

Por su parte, la envidia del pene de las mujeres surte su efecto a futuro y gracias a un desplazamiento, mediante los celos que, aunque son un rasgo que también podría observarse en algunos hombres, dice Freud “desempeñan un papel mucho mayor en la vida anímica de la mujer” (Freud, 1925. p.272).

El agente de la castración es el padre que inicialmente rivaliza con el hijo por la madre. Es él quien representa la ley de la prohibición del incesto y del parricidio y que, al separar al niño de la madre, lo obliga a buscar una mujer por fuera de la pareja parental.

De acuerdo con la subjetividad del niño respecto del pene hay dos momentos: En el primero de ellos el niño considera que todo ser vivo está provisto de pene, y en el segundo, el niño reconoce que no todos tienen pene y supone que quien no lo tiene es porque lo ha perdido. En este segundo momento la primera reacción del niño frente a su descubrimiento de la mujer desprovista de pene es la desmentida de la castración con la que se trata de negar la falta, creyendo ver un miembro más pequeño que está por crecer. Por su parte, la niña en este segundo momento tiene la creencia de no haber recibido el pene, de estar incompleta y en una posición de minusvalía respecto del varón, a quien sí se lo dieron. La niña “sabe que no lo tiene, y quiere tenerlo” (Freud, 1925. p.271). Con base en lo anterior, el Complejo de Castración sería para el niño angustia de castración y para la niña envidia del pene.

La forma como cada quien asuma tal Complejo de Castración tendrá un impacto en la salida del Edipo y, por tanto, en la postura que ocupará respecto de su elección de pareja y en el objeto que tenderá a elegir como tal. Así, una mujer que rechaza su castración, acentuándose en ella su complejo de masculinidad, tenderá a enfocarse en una elección homosexual de objeto. Mientras que una que asuma su feminidad (acorde con lo expuesto por Freud) es probable que haga una elección de objeto producto de la identificación con la madre y el deseo de tener al padre.

Sin embargo, esta explicación todavía es insuficiente y se hace necesario continuar indagando en la teoría freudiana para aproximarnos a una comprensión más precisa de la vida amorosa y, en concreto, de la elección de pareja.

8.3.3. La madre como primer objeto de amor

En el desarrollo sexual de la niña tienen lugar dos fases. La primera de ellas es de carácter masculino, es la pre-edípica y en ella el primer objeto de amor es la madre. La segunda fase es la propiamente femenina y es aquella en que la niña debe cambiar de objeto de amor de la madre al padre, que se espera marque la elección final de objeto en ella y mudar la zona genital del clítoris a la vagina; ambos cambios definitivos en el desarrollo sexual de la mujer. Sin embargo, es posible encontrar casos de mujeres que se han quedado detenidas en el vínculo con la madre, sin lograr transferir al padre esa ligazón. La relación con ese primer objeto que es la madre marca la pauta de lo que, posteriormente, será la relación con el padre. De modo que un intenso vínculo de la niña con el padre es, por lo general, producto de un vínculo igual de intenso con la madre (Freud, 1931. p.227-228).

Así, es posible encontrar que en las relaciones con sus parejas las mujeres en lugar de repetir el vínculo que tuvieron con el padre, repiten aquello que fue propio de su lazo con la

madre, pues al fracasar la represión emerge aquello originario, que es la ligazón con la madre (Freud, 1931. p.232).

Esa ligazón con la madre tiene por lo general un carácter de amor-odio: en la fase pre-
edípica la madre es el objeto de amor de la niña y, posteriormente, tiene lugar un extrañamiento y una hostilidad de la cual Freud, en Sobre la sexualidad femenina de 1931, enuncia como posibles razones, además de la ambivalencia propia de las primeras fases de la vida amorosa, que la madre:

[...] omitió dotar a la niñita con el único genital correcto, la nutrió de manera insuficiente, la forzó a compartir con otro el amor materno, no cumplió todas las expectativas de amor y, por último, incitó primero el quehacer sexual propio y luego lo prohibió (Freud, 1931. p.236).

Una de estas razones se deriva de la castración, y es que la mujer culpa a su madre de no haber recibido un pene. Con su sentimiento de haber sido perjudicada por la madre aparece la envidia del pene que tiene importantes consecuencias para la vida psíquica de las mujeres, pues no se supera sin un relevante gasto psíquico y aún así, puede seguir surtiendo efectos desde el inconsciente (Freud, 1933. p.116).

Las metas sexuales de la niña respecto de la madre son activas y pasivas. En la más temprana edad son pasivas en tanto la madre es quien prodiga todos los cuidados y la niña sólo los recibe pasivamente. Parte de la libido de los niños continúa adherida a esas experiencias de satisfacción o a otras que se relacionen con éstas; y la otra parte de la libido busca ejercer un lugar activo en tales experiencias y en otras como “hacerle un hijo a la madre” y “parirle un hijo” (Freud, 1933. p.111). Sin embargo, con el extrañamiento respecto de la madre ya descrito, las aspiraciones sexuales de índole activo disminuyen y en contraposición aumentan las pasivas. Lo que sucede porque las aspiraciones activas tuvieron que hacer frente a la frustración y el

desengaño luego de la castración y el paso al padre como objeto de amor favorece el incremento de las aspiraciones pasivas (Freud, 1931. p.240-241). Así, ese vínculo de amor con el padre, en tanto es primordialmente pasivo, se contrapone al complejo de masculinidad que es activo (Freud, 1931. p.244).

Que el primer lazo afectivo sea con la madre tendrá incidencias sobre aspectos que Freud considera decisivos en el devenir mujer, como lo son el cambio de objeto, que no siempre la mujer realiza, las metas sexuales activas y pasivas con el incremento o disminución de alguna de ellas y la ambivalencia amor-odio del vínculo con la madre que tiende a repetirse en posteriores relaciones.

8.3.4. Bisexualidad en la mujer

Sobre la sexualidad de la mujer es necesario decir que en ella es más evidente la disposición bisexual de los seres humanos de la que se habló anteriormente y uno de los argumentos propuestos por Freud es que el hombre sólo tiene un órgano sexual, mientras que la mujer tiene dos, la vagina y el clítoris, siendo el último de ellos el equivalente al pene (Freud, 1931. p. 229-230). A lo anterior se suma el hecho de que en el desarrollo de la femineidad es posible que se produzcan regresiones a las fijaciones de las fases pre edípicas, de modo que en la vida de una mujer pueden alternarse momentos de predominancia masculina y femenina que confirman la bisexualidad de la mujer propia del “enigma femenino” (Freud, 1933. p.121).

Precisamente por esa bisexualidad de base es que la libido “oscila normalmente a lo largo de la vida entre el objeto masculino y femenino” (Freud, 1920. p.144), por lo que finalmente la elección de un objeto, sea homosexual o heterosexual, obedece a factores que favorecen la elección de uno u otro lado y obligan a la restricción del otro objeto que no es elegido.

Respecto de la bisexualidad, el psicoanálisis Freudiano hace un avance al distinguir lo femenino y masculino más allá de lo meramente biológico, equiparándolos a lo pasivo y activo respectivamente (Freud, 1920. p.164). Sin embargo, admite que en todas las personas se mezclan lo masculino y lo femenino en proporciones diversas (Freud, 1933. p.106) y algunos años más adelante es el mismo Freud quien acepta que la identificación masculino-activo y femenino-pasivo es insuficiente y procura ampliar este concepto al advertir que “psicológicamente la feminidad [...] consiste en la predilección por metas pasivas.” (Freud, 1933. p.107), y aclara que esto no es lo mismo que pasividad, pues podría requerirse de mucha actividad para conseguir una meta pasiva.

Referente a esto enuncia Freud en su texto La organización genital infantil:

Una primera oposición se introduce con la elección de objeto, que sin duda presupone sujeto y objeto. En el estadio de la organización pregenital sádico-anal no cabe hablar de masculino y femenino; la oposición entre activo y pasivo es la dominante. En el siguiente estadio de la organización genital infantil hay por cierto algo masculino, pero no algo femenino; la oposición reza aquí: genital masculino, o castrado. Sólo con la culminación del desarrollo en la época de la pubertad, la polaridad sexual coincide con masculino y femenino. Lo masculino reúne el sujeto, la actividad y la posesión del pene; lo femenino, el objeto y la pasividad. La vagina es apreciada ahora como albergue del pene, recibe la herencia del vientre materno (Freud, 1923. p. 148-149).

En cuanto a la elección homosexual, es preciso hacer una claridad y es que la elección de objeto y la actitud sexual son independientes entre sí y no se influyen la una a la otra. Así lo expresa Freud en su texto Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina:

Un hombre con cualidades predominantemente viriles, y que exhiba también el tipo masculino de vida amorosa, puede, con todo eso, ser un invertido con relación al objeto, amar sólo a hombres, no a mujeres. Un hombre en cuyo carácter prevalezcan de

manera llamativa las cualidades femeninas, y aunque se porte en el amor como una mujer, en virtud de esa actitud femenina debería estar destinado al varón como objeto de amor; no obstante, muy a pesar de eso, puede ser heterosexual y no mostrar hacia el objeto una inversión mayor que una persona normal media. Lo mismo vale para las mujeres; tampoco en ellas carácter sexual y elección de objeto coinciden en una relación fija (Freud, 1920. p.162).

Con base en lo anterior y si se tienen en cuenta las condiciones que Freud enuncia para el devenir mujer (cambio de órgano, cambio de objeto y convertirse en madre), en la bisexualidad de base y en una posible homosexualidad no habría lugar al advenimiento de una mujer.

8.3.5.Particularidades de la mujer en su vida amorosa

Otras de las características atribuidas por Freud a la feminidad y que tienen influencia en la vida amorosa de las mujeres son el narcisismo elevado, la sobrevaloración de los encantos femeninos y la vergüenza. El narcisismo influye en la elección de objeto de la mujer, en el sentido que ella busca una persona que la ame, más que una persona a quién amar; en cuanto a la sobrevaloración de sí misma, ésta es consecuencia del sentimiento de inferioridad por la ausencia de pene, que la lleva a sentirse compensada con la belleza y gracia femeninas; y sobre la vergüenza, Freud afirma en la Conferencia 33 que ella surge en un principio respondiendo al “defecto de los genitales” (Freud, 1933. p.122).

En relación con la elección de objeto en la mujer es posible sostener, con base en lo dicho por Freud en 1933, que algunas veces ésta obedece a deseos narcisistas como el ya mencionado (ser amada), pero en otras ocasiones se guía por un deseo narcisista orientado en buscar una pareja que represente a ese hombre que a ella le hubiera gustado ser. Por otro lado, en el caso de la mujer que permanece anclada al complejo de Edipo, en su elección puede buscar al padre en su pareja; aunque en muchos de estos casos en vez de repetir el vínculo con el padre, se repite la

ligazón con la madre, que fue la originaria. También en la relaciones amorosas de la mujer puede tener efectos el nacimiento de un hijo, porque podría conducirla a identificarse con su propia madre y, con esto, a repetir la relación de sus padres (Freud, 1933. p.124).

De otro lado, en el vínculo que establece la mujer con el hombre, ejerce una influencia el primer coito de ésta, del que se derivan consecuencias como una fuerte ligazón con el varón unida a un comportamiento hostil hacia él, que se manifiesta con inhibiciones sexuales en la mujer como la frigidez (Freud, 1918. p.203).

En lo anterior se recogen peculiaridades de la mujer en su vida afectiva que se resumen en deseos narcisistas que son satisfechos a través de la pareja, la estima elevada de su belleza con la que se siente compensada por la falta de pene, la vergüenza, la repetición de los vínculos originarios y los sentimientos intensos y ambivalentes por la pareja con quien se experimenta la primera relación sexual.

8.3.6 La cultura atravesando el devenir mujer

En La moral sexual cultural y la nerviosidad moderna, Freud (1908) plantea cómo la represión de las pulsiones sexuales, originada en las demandas culturales, ejerce gran influencia en el origen de las neurosis; y precisa, para el caso de las mujeres, que éstas “bajo las desilusiones del matrimonio contraen neurosis graves y que las perturban toda la vida” (Freud, 1908. p.174) porque la educación se empeña tanto en sofocar sus pulsiones previas al matrimonio, que una vez la joven contrajo nupcias es incapaz de dejar fluir sus sentimientos y mociones pulsionales, siendo ahora sus opciones frente a la sexualidad: “un insaciado anhelar, la infidelidad o la neurosis” (Freud, 1908. p.176-177).

Es posible encontrar mujeres que no obedecen con rigor al mandato cultural de permanecer alejadas de todo quehacer sexual y satisfacen su deseo con conductas autoeróticas como el onanismo; las consecuencias de esto sin embargo, no son menos graves que la represión total, porque al momento de estar autorizadas dentro del matrimonio a tener un intercambio sexual con sus parejas, éste puede resultar muchas veces insatisfactorio para ellas. A lo que puede contribuir lo observado por Freud cuando enuncia que “en las fantasías que acompañan a la satisfacción el objeto sexual es elevado hasta un grado de excelencia que no se hallará fácilmente en la realidad” (Freud, 1908. p.178).

Cuando se habló de elección de objeto, se hizo referencia a la escisión, frecuente en los hombres, de las corrientes sensual y tierna en dos objetos diferentes. Del lado de las mujeres, expone Freud, esto podría no ser tan común y lo que sucede con mucha frecuencia es que, como producto de las restricciones impuestas a las mujeres en su educación respecto de la sexualidad, ellas asumen un vínculo necesario entre prohibición y erotismo, que frente a la posibilidad de un quehacer sexual permitido responden con frigidez y sólo bajo la prohibición la mujer logra la plena satisfacción. De este modo, “lo prohibido es equiparable, en la vida amorosa femenina, a la necesidad de degradación del objeto sexual en el varón” (Freud, 1912. p.180). Con estos ejemplos Freud demuestra algo que expone en el mismo texto Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa de 1912, en el sentido de que “la significatividad psíquica de una pulsión aumenta cuando es frustrada” (Freud, 1912. p.181).

Con esto, se confirma que las exigencias de la cultura y las de la sexualidad van en contravía, y sólo con la renuncia de una porción de la satisfacción pulsional es posible la incursión en la cultura (Freud, 1912. p.183). Premisa que tiene importancia respecto de la sexualidad femenina, pues en la medida en que una mujer responda con más ahínco y sumisión a los requerimientos sociales, posiblemente se hallarán más represiones en su vida erótica.

Con base en lo anteriormente expuesto es posible concluir que el devenir mujer para Freud está determinado por lo anatómico y las consecuencias que en el psiquismo tiene la anatomía. Poniendo el asiento principalmente en la salida del Edipo, en el cambio de objeto sexual de la madre al padre y de órgano sexual del clítoris a la vagina y, finalmente, en la maternidad que es la condición en la que se evidencia la confluencia de las otras condiciones (cambio de objeto y de órgano).

8.4. CARÁCTER SEXUAL EN LA MUJER

El paso que hace Freud de equiparar activo y pasivo con masculino y femenino teniendo como fundamento lo anatómico (tener o no tener pene), a decir que la actividad o pasividad y lo masculino y lo femenino no obedecen al órgano, es el gran avance que abre la puerta para hablar de la femineidad, separada de la anatomía y, por lo tanto, del carácter sexual que determina la posición sexual de una mujer y en consecuencia su elección de objeto.

Para llegar a ese punto, Freud se valió de algunos de sus hallazgos que ya fueron esbozados en este capítulo, pero que aquí se retoman para dar cuenta de cómo se llega al carácter sexual.

Previa a la formación del carácter sexual, que se espera tenga lugar en la pubertad, se encuentra la bisexualidad de base que es el fundamento para que la elección de objeto (heterosexual u homosexual) siempre implique una represión. Esto es, al hacer una elección de objeto homosexual, se establece una amistad de meta sexual inhibida con las personas del sexo contrario. Esto es expresado por Freud en 1920 en Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina, donde además advierte que la elección de objeto y el carácter sexual no coinciden necesariamente, y para explicar esto, distingue tres categorías de caracteres:

Caracteres sexuales somáticos
(Hermafroditismo físico)
Carácter sexual psíquico
(Actitud masculina o femenina)
Tipo de elección de objeto (p.163)

Sobre los que manifiesta “que hasta cierto grado varían con independencia unos de otros y se presentan en cada individuo dentro de múltiples permutaciones” (Freud, 1920. p.163).

Cuando en 1914 en Introducción del Narcisismo Freud nos habla de que hay un modo de amor característico de los hombres y uno de las mujeres, refiriéndose a que la elección anaclítica es propia del hombre (amante) y la narcisista de la mujer (amada), explica que esto no quiere decir que sea exclusivo de unos y otros y que por lo tanto, el hombre o la mujer pueden hacer una elección de objeto bien sea por apuntalamiento (anaclítica) o narcisista.

Igualmente, en el texto El problema económico del masoquismo Freud al hablar de los tipos de masoquismo hace alusión al Masoquismo Femenino, e inmediatamente aclara que éste no es exclusivo de las mujeres y que se refiere más bien a ubicarse en una situación característica de la feminidad como es: “ser castrado, ser poseído sexualmente o parir” (Freud, 1924. p.168). De modo que también aquí se admite un carácter sexual femenino independiente del órgano, de la anatomía.

El Complejo de Edipo invertido es otro claro ejemplo en el que Freud ubica al hombre en una posición pasiva, pues allí el niño se identifica con la madre y pone como objeto al padre, de quien espera recibir el amor. En este punto de la elección de objeto invertida u homosexual es importante reiterar que el carácter sexual y la elección de objeto son independientes entre sí. Es decir, es posible que una persona (hombre o mujer) con carácter sexual femenino haga una

elección de pareja homosexual o heterosexual. Lo que nos aporta otra evidencia de cómo el carácter sexual no está condicionado por la anatomía.

Cuando en *El chiste y su relación con el inconsciente* Freud (1905) expone que “la libido de ver o tocar es en cada quien de dos maneras, activo y pasiva, masculina y femenina, y según sea el carácter sexual que prevalezca se plasmará predominantemente en una u otra dirección” (Freud, 1905. p.93) admite que, tanto en hombres como en mujeres, es posible una formación de carácter sexual bien sea masculino o femenino, y que eso dependerá de una confluencia de factores que hacen improbable una predeterminación al respecto.

También aporta a la diferenciación de carácter sexual la nota agregada en 1915 al ensayo *Diferenciación entre el hombre y la mujer*, compilado en el texto *Tres ensayos sobre teoría sexual* (Freud, 1905), en el que se otorgan tres sentidos a los conceptos femenino y masculino. Así:

- 1) Correspondientes con actividad y pasividad
- 2) Biológico: en la que se corresponden con la anatomía y los productos genésicos.
- 3) Sociológico: propio de la observación que permite inferir que en ningún ser humano es posible hallar en modo puro feminidad ni masculinidad; sino una mezcla de ambas en diversas proporciones.

Otro ejemplo más, expuesto por Freud en *La feminidad* de 1933, expresa que es insuficiente la correspondencia entre feminidad-pasividad y masculinidad-actividad, porque es posible tanto una actitud pasiva en hombres, como una actitud activa en mujeres. Y es allí donde habla de las metas pasivas, características de las mujeres, en donde puede ser requerida mucha actividad.

A pesar de que Freud esboza con el concepto de “carácter sexual” la independencia de la feminidad respecto del órgano, se queda a medio camino porque en definitiva no trasciende, ni resuelve lo dicho sobre la maternidad como única forma de alcanzar una verdadera feminidad. Esto es, que tras lograr el cambio de objeto sexual y de la zona erógena, el deseo de tener un pene sería reemplazado por el de tener un hijo y sólo haciéndose madre se devendría mujer.

Finalmente, para poder discernir el carácter sexual se hace necesario esclarecer que cuando se habla de género se hace referencia a la diferencia anatómica; mientras que hablar de carácter remite al lugar desde el cual se asume la sexualidad y con él, la elección de pareja y las identificaciones. Por lo tanto, el carácter sexual femenino o masculino dependerá de la forma como cada persona realice su paso por el complejo de Edipo y de cómo resuelva la castración. Así, la feminidad, entendida desde el amor narcisista como ese ocupar el lugar de objeto de amor del otro (ser el amado), es posible tanto en hombres como en mujeres.

9. LO QUE DICEN LAS MUJERES HOY

Para dar cuenta de los lugares desde los cuales se ubican las mujeres hoy en día en la elección de sus parejas, seleccionamos cuatro textos al azar bajo el criterio de que sean novelas de autores latinoamericanos de los últimos 20 años, y de ellos hemos extraído dichos de sus protagonistas mujeres que permitan advertir tales lugares desde donde hablan respecto a sus relaciones de pareja.

Tener como punto de partida el lugar desde el cual estas mujeres se sitúan en sus relaciones, nos permite identificar que desde allí mismo hacen la elección de sus parejas; pues se elige a un otro que la ubique o le permita continuar ubicándose en ese lugar en el que la mujer se instala.

En este capítulo abordamos las categorías que hemos construido basados en aquello que de la subjetividad de estas mujeres se pone en juego como condición para la elección de sus parejas y que permite dar respuesta a la pregunta por la lógica en las elecciones de pareja.

9.1 CATEGORÍAS DE ANÁLISIS

Es de precisar que las categorías que consideramos, son emergentes en la medida que surgen como efecto de la organización y primer análisis de una muestra de los dichos aislados de los textos literarios que la conforman. Este ordenamiento de información lo hemos realizado de la siguiente manera: primero aislamos los dichos y los ordenamos a partir de lo que se repite; segundo le asignamos una denominación a los grupos de dichos, lo que le da el estatuto de categoría a cada fragmento de la muestra; y acudimos a la teoría freudiana aquí considerada, con el fin de buscar los conceptos que mejor se ajustan a las temáticas emergentes.

Las categorías que desarrollaremos a continuación se corresponden con los lugares en que se ubican las mujeres en sus relaciones de pareja: protección, compañía, parálisis, maltrato, deseo y amor.

9.1.1. Protección

Decir que aquello que se encuentra latente en las elecciones de pareja de algunas mujeres es la protección, nos remite pensar a estas mujeres en un lugar bien sea de indefensión, de minusvalía o de peligro; pero en todo caso nos da cuenta de un lugar pasivo de la mujer que busca ser protegida.

Hemos seleccionado algunos dichos de mujeres en los que se pone de manifiesto, aunque implícitamente, este deseo de sentirse protegidas y en ellos se observa cómo toman precisamente a la pareja como garante de seguridad y protección. Esto lo podemos ilustrar con la frase de Andrea en el texto *Diez mujeres*: “En mi medio, si no existiera la figura de un marido que poner por delante, me sentiría cómo tirada a los leones en pleno coliseo”.(Serrano, 2011. p. 240); y en la de Elena en *El albergue de las mujeres tristes*, quien ve en la autonomía de las mujeres la razón por la cual quedaron sin la protección provista por los hombres: “Alcanzada su autonomía, se quedaron a medio camino entre el amor romántico y la desprotección. [...] Los hombres se sienten amenazados por nuestra independencia, y esto da lugar al rechazo, a la impotencia [...] A este rechazo masculino siguen el desconcierto y el miedo femeninos”. (Serrano, 1997. p. 33).

Como correlato de la protección está la sumisión, pues ambas devienen de ese lugar pasivo de la mujer que le ha sido atribuido o que ella misma ha asumido con frecuencia a través del tiempo. Algo de esa sumisión es posible ver en el personaje de Simona cuando dice “[...] y sabía, con toda certeza que el precio para mantener la vida con él era la concesión”. (Serrano, 2011. p. 131).

Este lugar de la mujer sumisa dentro de la relación de pareja, es una consecuencia obvia de la historia, pues estando la mujer desde la Antigüedad bajo la tutela, el mando y la protección de un hombre, bien fuera el padre o el esposo, era esperable que algo de ello persistiera al interior de la pareja. Mujeres sin voz, sin voto, obedientes a sus esposos, dependientes de ellos. No les era permitido trabajar porque eran sus esposos los encargados de proveerles un hogar y un sostenimiento económico; y tal vez por eso sienten que el trabajar y ser autónomas les arrebatara inmediatamente la protección que esperan de sus parejas.

En la Edad Media no sólo sus esposos tomaban las decisiones por ellas, sino que además debían protegerlas, instruir las y castigarlas. En el Siglo XIX, con la aparición de los primeros métodos anticonceptivos, el sometimiento al hombre se extiende al plano de la maternidad dado que la concepción estaba sujeta al deseo de ser padre de los hombres, al ser ellos quienes controlaban la planificación familiar.

En los dichos literarios que hacen eco de lo que se escuchan en la actualidad, vemos mujeres que posponen o renuncian a sus propios deseos, metas, sueños por los de su pareja. Son mujeres que, conscientes de las múltiples posibilidades que tienen para su desarrollo personal, deciden privarse de éstas porque consideran que tal autonomía las expondría a la pérdida del amor de sus parejas. Están también las mujeres que se sienten seguras cuando tienen a su lado a un hombre y no tenerlo implica para ellas una sensación de indefensión. Todas estas mujeres identificadas a partir de sus dichos, son vistas como variaciones en la actualidad de la mujer sumisa, de quien heredaron el lugar pasivo en la relación de pareja.

Siguiendo a Freud, la desprotección que sienten estas mujeres si no están en una relación de pareja puede dar cuenta de una elección de objeto edípica, que se apuntala en la figura del padre protector y que es consecuencia de inclinaciones infantiles albergadas en el inconsciente que las empuja a la búsqueda perenne del objeto perdido de la infancia; que es imposible de encontrar en tanto nunca se terminan sintiendo lo suficientemente protegidas.

Esta elección del objeto de amor sustentada en el padre nos habla de una salida del Edipo por la vía de la feminidad, donde se accede al cambio de objeto de la madre al padre, y donde también se ceden las metas activas de la pulsión, otorgándole prevalencia a las metas pasivas como ser protegida y cuidada por ese otro que ingresa como sustituto de la cadena parental.

9.1.2. Compañía

Etimológicamente la palabra compañía, al igual que compañero, tiene su origen en la acción de compartir junto a alguien el mismo pan. Ahora bien, en el contexto de las relaciones de pareja y revisando su transcurso a través de la historia, encontramos desde la prehistoria, pasando por la época grecorromana hasta llegar a la modernidad, que las mujeres eran asignadas culturalmente como compañeras de los hombres bajo un lugar definido como el de esposa, el cual instauró en ellas, más que el papel de acompañante, un carácter de obediencia al marido al punto de considerarlas siervas que debían obedecer en todo a sus hombres y amarlos sin medida, incluso cuando la reciprocidad no estaba presente, ya que socialmente el amor del hombre por una mujer debía ser medido. Por lo tanto la acción de compartir, en un principio, no se da como resultado de un acto voluntario sino que hace parte de una utilidad social favorable al marido donde las mujeres se convertían en prenda de garantía para que estos alcanzaran estatus y reconocimiento a través de la figura del matrimonio.

Más que compartir con los hombres, ellas son un suplemento, una pieza agregada a un grupo social, sin que se dé ningún tipo de relevancia a lo que cada mujer considera o desea para su vida, pues hay una prescripción de la vida para todas, por la cual terminan inscritas en relaciones que brindan satisfacción a las necesidades creadas por la sociedad, como casarse, tener un marido que les de seguridad y las sostenga económicamente y ser madre; pero dejando de lado la posibilidad de satisfacer los deseos relacionados con sus emociones y su vida sexual. Las mujeres comparten con otro al que en muchos casos no conocen ni aman para dar cumplimiento a una norma social.

Durante el Siglo XX se da una nueva concepción del matrimonio, en el que parecía haber más equilibrio entre el hombre y la mujer, permitiéndose la elección libre de la pareja y haciendo posible tener una relación de amistad e incluso sexual antes de contraer nupcias. El otro como compañía deja de ser una imposición y aparece en el escenario amoroso como opción, brindando a la mujer la posibilidad para elegir.

No obstante, es necesario resaltar que un factor importante que sirvió para promover el cambio en la dinámica de las relaciones conyugales fue el económico, dado por la incursión de las mujeres en la vida laboral ya que al convertirse paulatinamente en independientes, las decisiones de casarse o permanecer en una unión conyugal ya no estaba condicionada por el factor monetario.

El recorrido anterior nos permite ver como el lugar de la mujer dentro de la pareja en cada época -la mayor parte del tiempo prescrito por la sociedad- ha aportado elementos determinantes en la configuración inconsciente de las mujeres; los aspectos contradictorios de hacer parte de un matrimonio por las ventajas económicas que podría representar, a pesar de no incluir participación emocional alguna, pero también la lucha por izar la bandera de la independencia en un mundo donde se sienten dominadas por lo masculino, ha hecho que muchas hayan quedado a mitad de camino sostenidas en una ambivalencia que hace más compleja la toma de decisiones en lo que respecta a relaciones que llegan a un punto en el cual ya no satisfacen sus expectativas. Para este caso concreto hablamos de una ambivalencia entre la independencia y el tener un compañero en sus vidas, como si ambas aspiraciones fueran inconciliables. Un ejemplo claro de esta dualidad lo podemos ver plasmado en los dichos de uno de los personajes del libro Diez mujeres de Marcela Serrano, Andrea, quien lo expresa de la siguiente manera: “Trato de imaginarme sin Fernando y aunque la independencia me tienta, terminan primando en mí los deseos enormes de ser íntima con alguien, la necesidad de contar con un cómplice en medio de la hostilidad”. O en otro dicho con un contenido similar: “[...] y la posibilidad de compartir [...] hacen falta cojones para prescindir de eso”. (Serrano, 2011. p. 240).

Andrea, es una periodista exitosa que además de estar casada y tener dos hijos, posee belleza, riqueza y poder; sin embargo, ella al igual que muchas otras mujeres dejan ver en dichos como el anterior, que para ellas existe una división entre su deseo de independencia y la necesidad de corresponder al estatuto de mujer construido durante varias épocas, en el cual se ubican en relaciones de pareja que dan cuenta de una conformación que es el resultado de seguir un estándar social en donde hacerse acompañar por un hombre y compartir un proyecto de vida similar -aunque no siempre esto opera como regla general- termina siendo un objetivo que brinda una satisfacción parcial al inicio, que luego se ve superada por una pulsión que busca salir y es reprimida por el deseo opuesto que es continuar compartiendo su vida con la pareja elegida como compañía.

La ambivalencia entre lograr una independencia sin perder la intimidad con alguien, pone sobre la mesa de análisis dos conceptos que si bien podrían derivarse de una misma fuente, en la práctica nos damos cuenta que difieren ampliamente. En primer lugar tenemos el concepto de necesidad, entendido como aquello que es posible satisfacer por medio de una acción específica que se encuentra en un objeto adecuado; podemos hablar entonces de la necesidad de compañía de algunas mujeres, quizá como el resultado de una sumatoria de prototipos epocales femeninos a los cuales muchas continúan correspondiendo. Sin embargo, una vez lograda la satisfacción a través del hecho mismo de comprometerse con alguien y conseguir estar acompañadas, dicha necesidad desaparece paulatinamente hasta quedar reducida a un comportamiento rutinario que si bien no logran desprenderse del todo de éste, tampoco surte el mismo efecto placentero que generaba en un principio.

En segundo lugar se instala el deseo, el cual de acuerdo con Freud, a diferencia de la necesidad que encuentra satisfacción en un objeto específico, se constituye como la relación que se halla indiscutiblemente ligada a intentar reproducir de forma alucinatoria una satisfacción infantil que ha quedado grabada como huella mnémica y a la cual se intenta volver a través de la fantasía, por lo tanto no existe un objeto real. A través de este concepto es posible comprender aquello que se pone en juego desde el inconsciente en este tipo de elecciones de pareja. Se pasa

de lo necesario a lo deseado, puesto en escena como el deseo de encontrar el objeto perdido de la infancia, mujeres que buscan en los hombres que las acompañan la representación del padre protector, tratando de convertirlos en un reemplazo del original.

Tomando en cuenta lo anterior, la ambivalencia observada a partir de los dichos de estas mujeres al parecer tiene sustento en una elección de pareja que en principio se da por apuntalamiento, operando como un retorno a esas primeras experiencias de satisfacción. Y por tanto, inconscientemente, hay una búsqueda de sentirse acompañadas por un hombre que refleje la imagen paterna; al mismo tiempo, están haciendo una renuncia hacia su propio deseo de individualidad. Se presenta una oposición entre la libido de objeto y la libido yoica, con un empobrecimiento de la primera, que siguiendo los conceptos de Freud, vemos reflejada en este punto como un asomo de narcisismo secundario -desprendimiento del objeto e interés por sí mismas- que si bien logra cuestionar a las mujeres por el lugar que ocupan dentro de la relación de pareja y su insatisfacción con algunos aspectos de ésta, no alcanza a ser un argumento de peso para tomar decisiones entre la vida que llevan y la que desean, y termina primando la necesidad de compartir con alguien.

Ahora bien, si analizamos estos dichos desde el concepto de amor de meta inhibida de Freud, nos damos cuenta que la posibilidad de presentación de un conflicto de ambivalencia es de carácter latente; en primer lugar, estamos haciendo referencia a una elección de pareja que se presenta como intento de repetición del placer obtenido del objeto perdido de deseo de la infancia, en el cual, a pesar de confluir el amor tierno y el amor sensual, el sujeto debe apartarse de dicha meta sexual como respuesta a una imposición cultural, fortaleciendo el lazo fraterno con el objeto y permitiendo la aparición del posterior desengaño que se produce por la insatisfacción de esperar algo que nunca llega. Para estas mujeres ver en su pareja -de manera inconsciente- un reflejo del padre que brinda protección, con el cual no se satisfacen las necesidades de la pulsión sexual, hace que se presente una subvaloración del vínculo con esa persona, traducido en una expresión de aprecio, agrado o incluso un sentimiento de gratitud por el hombre que las acompaña, dejando en duda el amor por ellos.

9.1.3. Parálisis

Siguiendo con las herederas del lugar pasivo asignado históricamente a las mujeres, se encuentran las que, desde los dichos, identificamos como ubicadas en el lugar de la parálisis; uno de los más sobresalientes y reiterados en estos relatos y que tiene que ver con las mujeres que permanecen en relaciones de pareja en las que, al parecer, no quisieran estar. Ejemplos de ellas son algunos de los personajes de Diez mujeres.

En primer lugar encontramos a Francisca, que opta por asumir una postura de frialdad frente a sus propios sentimientos y por quedarse inmóvil en su relación, lo que expresa con su dicho: “Para qué mover las cosas si se puede vivir paralizada. Estaba convencida de que un corazón helado era una gran virtud”. (Serrano, 2011. p.18).

Por su parte, Simona habla de una posición cínica que es entendida, desde su propio dicho, como aquella en la que opta por permanecer con su esposo tratando de ocultar lo que no le gusta de él y las razones por las que quisiera dejarlo. Así lo manifiesta cuando dice:

Mi debate interno era: o me entrego al cinismo o abandono a Octavio. Lo del cinismo es una herramienta a la que muchos acuden, más aún con los años. Nos decidimos que ya somos adultos, que no debemos pensar en el amor como algo integral, una mancha no ensucia todo el mantel, y si la mancha es horrible, ¿qué tal si ponemos sobre ella un florero y punto? (Serrano, 2011. p.133).

También en el personaje de Luisa vemos la parálisis, la inmovilidad, incluso la mudez respecto de su relación; y en este dicho confiesa que considera un error dejar pasar aquello que le duele: “Años y años callada, se va haciendo una especie de nudo por dentro, una madeja, ya no

hay cómo desenredarla. Todo se va poniendo oscuro. Uno tiende a dejar pasar las cosas que duelen y es un error, es una forma de no aprender”. (Serrano, 2011. p.190).

De otro lado encontramos a Layla que, a diferencia de las demás, acepta más abiertamente la insatisfacción en su relación de pareja y permite entrever en su dicho una voluntad de finalmente moverse. “Mi única certeza es que la realidad se había convertido en una región helada e infeliz donde yo no quería habitar”. (Serrano, 2011. p.165).

Andrea, en cambio, corrobora el lugar de la parálisis con una negación de su infelicidad en el matrimonio con su expresión: “Soy perfectamente feliz, me dije, es probable que fuese mentira pero me lo dije igual”. (Serrano, 2011. p.229).

Vemos en todas ellas cómo se privilegia el no sentir (un corazón helado), el cinismo, el silencio, la resignación, la inmovilidad; y cómo cada uno de estos lugares podría interpretarse ligeramente como un escudo o una excusa para permanecer en relaciones que pareciera no brindarles satisfacción.

Esta parálisis nos remite en la historia al silencio atribuido a la mujer, quien era relegada al hogar, sin posibilidades de tomar la iniciativa en ningún aspecto. Mujeres que, desde la Antigüedad, se esperaba fueran educadas para auto-dominarse y ser reservadas; que es precisamente lo que vemos en los dichos. Auto-dominio en tanto no se permiten demostrar lo que sienten y se quedan inmóviles en sus relaciones, porque guardan para sí lo que sucede en su relación y simulan, como lo manifiesta Andrea en el dicho citado, ser perfectamente felices.

En concordancia con esto, vimos como en la Edad Media la locuacidad en la mujer era mal vista y, por tanto, se elogiaba su disposición al silencio. Igualmente, en el siglo XVIII se

esperaba prudencia de las esposas, incluso cuando sus cónyuges les eran infieles, lo que se ilustra con la frase del Dr. Johnson “[...] la lamentación hace más ridícula a una mujer que al agravio que se la provocó”. (Duby, 2003; T.3. p.118).

De este modo, las relaciones de pareja hasta el siglo XIX coartan emocionalmente a las mujeres, siendo su destino natural el matrimonio; independiente de que existiera o no en ellas el deseo de compartir su vida con esa persona. Ya en el siglo XX, aunque la voz de la mujer era escuchada, los medios de comunicación, encargados de prescribir y reforzar los estereotipos femeninos llenos de contradicciones, continuaban vendiendo una imagen donde de un lado se insta a la mujer a adueñarse de su situación y de otro lado, se espera que no la cuestionen (Duby, 2003. T.5. p.422). Es decir, de cierta forma se le continúa paralizando y silenciando.

En suma, tal como lo hemos expuesto en las categorías anteriores, la historia de la mujer tiene incidencia en su subjetividad y, por ende, en la forma como ella se ubica respecto a su pareja, aquello que pone en juego al momento de elegir. Por esta razón, un aspecto que encontramos recurrente y muy marcado en los dichos correspondientes a varias de las categorías, es la ambivalencia, que para el caso de las mujeres paralizadas resulta evidente dado que hay una aparente incoherencia entre sus palabras y sus actos. Sin embargo, esa supuesta contradicción nos permite intuir que hay una ganancia de satisfacción de estas mujeres en sus relaciones de pareja y que es precisamente por esta razón por la que se quedan inmóviles, ancladas a ellas.

Estas situaciones de mujeres paralizadas, inmóviles en relaciones de parejas que, al parecer, no les procuran satisfacción nos remite en Freud al Principio del Placer y a esa lucha constante entre el placer y el displacer, y entre las pulsiones yoicas y sexuales por el cumplimiento de sus metas. Lo que conduce en ocasiones a la represión de pulsiones por la imposibilidad de conciliar las metas ambivalentes de unas y otras. Estas mujeres entonces de un lado desean salir de sus relaciones de pareja y de otro lado hay algo que las impulsa a permanecer

en ellas, a continuar habitando en lo que el personaje Layla denomina “una región helada e infeliz” (Serrano, 2011. p.165).

Adicionalmente es posible que, frente al choque de pulsiones que luchan por ser satisfechas, tenga lugar la represión de aquellas que no pueden alcanzar su meta, de ahí la resignación y el silencio identificados en los dichos, y que tras esa represión se encuentre la satisfacción de las pulsiones reprimidas por una vía sustitutiva que procura al mismo tiempo displacer. Es decir, probablemente en la historia particular de cada una de estas mujeres, algo de su infancia fue reprimido y se repite en su vida amorosa procurando una satisfacción, que es la que las mantiene paralizadas en sus relaciones, que es sentido como un displacer, del que hablan en sus dichos.

Es entonces desde ese lugar que ellas realizan sus elecciones amorosas. Eligen hombres que rememoran ese primer objeto de satisfacción de la infancia en el que convergen pulsiones ambivalentes. Objeto que una vez perdido, condujo a la represión de una porción de tales pulsiones, que son precisamente las que hoy vuelven reeditadas y sentidas como displacer.

9.1.4. El Maltrato

Uno de los lugares de las mujeres en sus relaciones amorosas que con más frecuencia se devela en los dichos de los personajes de las novelas referidas es el que tiene que ver con el maltrato. Y concretamente, para el caso de los dichos identificados, el maltrato, situación en la que la mujer se ubica en el lugar del desecho en la relación. Bien sea porque se sienten tratadas como basura o porque como desecho son tiradas, abandonadas.

El primero es el caso de Simona, en *Diez mujeres*, quien expresa respecto a la relación con su esposo: “Nunca más seré el recipiente para la basura de mi marido”. (Serrano, 2011. p.130), y agrega haciendo referencia a algo que leyó y con lo que se identifica: “Otro ser humano, porque vive contigo, porque contrajo una alianza determinada llamada matrimonio, cree que puede usarte para derramar en ti cada uno de sus desperdicios, ya sean sus rabias, sus fallas, sus frustraciones, sus miedos, sus inseguridades”. (Serrano, 2011. p.130).

También Rosario, personaje de *El albergue de las mujeres tristes* revela en este dicho que está habituada a ser tratada como basura. Refiriéndose al sexo dice: “Tenemos un pacto civilizado: cada uno puede vivirlo fuera de la pareja mientras no se hable de eso y se haga con discreción. La idea es no ponerlo de manifiesto públicamente, cuidar el honor del otro, especialmente el honor del hombre; a las mujeres nos importa menos, estamos más acostumbradas a ser basureadas”. (Serrano, 1997. p.206).

Por su parte Juana, ilustra con su dicho la postura en la que siente que siempre termina siendo desechada por sus parejas, “Así es cómo me va con los hombres... casi todos terminan dejándome”. (Serrano, 2011. p.88).

Este lugar de desecho se relaciona en la historia con la atribución que se ha dado al género femenino de debilidad e inferioridad y que ha sido ilustrado en las diferentes épocas con el dominio que ejercían los hombres sobre ellas, y el menosprecio de las mujeres al ser vistas como seres imperfectos, maliciosos, que incitan al pecado y cuyo único valor le era dado por su capacidad reproductiva.

Con la lucha por la equidad de género, las mujeres se abrieron un lugar, logrando acceder y participar en espacios antes inimaginados en la sociedad e incluso al interior de la vida en pareja. No obstante, han quedado rezagos de ese menosprecio que se evidencia en los dichos de

las mujeres y que también es abordado por Freud cuando lo introduce como una de las consecuencias de la castración que el hombre interpreta como efectuada en la mujer, siendo la otra el horror frente a la mutilación de la mujer.

Este lugar de desecho en el que se ubican algunas mujeres en sus relaciones de pareja habla de una tendencia masoquista que, como lo enuncia Freud, podría ir desde una simple actitud pasiva hasta tolerar maltratos. La fantasía masoquista ilustrada en Pegan a un niño (Freud, 1919), nos habla de la lectura que puede hacer una mujer del amor y erotismo contenidos en la agresión dirigida a ella, donde se toma como objeto de amor al agresor, de quien por lo general se busca sea un sustituto del padre. Lo que permitiría inferir para estos casos una tendencia de elección de objeto anaclítica.

Respecto de las tres formas de masoquismo explicadas por Freud (1924) en El problema económico del masoquismo, es posible observar que en los dichos citados en este apartado hay algo de masoquismo erógeno en tanto la repetición en el lugar de desecho responde a una satisfacción que estas mujeres encuentran allí. Así, la pulsión de destrucción es vuelta hacia la propia persona y con ella, además de dicha satisfacción, aparece un sentimiento de culpa, propio del masoquismo moral, por el que se cree merecer un castigo como respuesta a una demanda del superyó. Este castigo proviene de parte de una figura parental con quien se desea tener una vinculación sexual pasiva y aparece entonces el masoquismo femenino por el que se ubica al yo en una posición femenina (castrado, poseído sexualmente o que pare).

Lo anterior explica la posición asumida por la mujer que dice acostumbrarse a ser basureada; ella misma se ubica como desecho porque de cierta forma siente justificado el trato que le da su pareja y además encuentra placer en él, y lo interpreta como una muestra de amor.

9.1.5. Objeto de deseo

Algunas mujeres se ubican en sus relaciones amorosas y al momento de elegir pareja, en el lugar de objeto de deseo, esto las hace entrar en una demanda infinita al otro para constatar que es deseada, procurándose con ello una cierta garantía. Lo podemos ejemplificar con la novela *La niña mala* de Vargas Llosa, en dichos como “Tú nunca vas a vivir tranquilo conmigo, te lo advierto, porque no quiero que te canses de mí, que te acostumbres a mí. Y aunque vamos a casarnos para arreglar mis papeles, no seré nunca tu esposa. Yo quiero ser siempre tu amante, tu perrita, tu puta. Como esta noche. Porque así te tendré siempre loquito por mí”. (Vargas Llosa, 2006. p.271).

Por su parte Juana, en *Diez mujeres*, expresa que lo que espera de un hombre es ser seducida por él: “Yo no persigo a los hombres, nunca tomo la iniciativa, nunca peleo por ellos abiertamente. Dejo que me seduzcan. Todo esto hasta que me viene la locura y pierdo los estribos, pero como sé que estoy perdiendo lo que yo llamo dignidad, me odio y me desprecio”. (Serrano, 2011. p.88). Se observa aquí que su ideal de mujer digna y su estrategia para ser seducida fracasan y termina siendo ella la que busca a los hombres al no sentirse vista o deseada.

Mientras que la estrategia para hacerse desear de Susana, personaje principal de *Fragmentos de amor furtivo*, es que su pareja note sus ganas y sepa lo fácil que es satisfacerla. Así se lo manifiesta a Rodrigo en su dicho: “Al principio es siempre así, con los sensibles, con los responsables. Tal vez notan mis ganas excesivas, tal vez. O tienen miedo, como tú, de no poder satisfacerme, qué bobada, con lo fácil que es”. (Abad, 2009. p.36). De este modo se evidencia que en su afán por sostenerse en un lugar en el que siempre es un objeto de deseo para el otro, aparece una dificultad y es que se produce en el hombre una inhibición producto de la duda de poder satisfacerla.

Este lugar de las mujeres como objeto de deseo ha estado presente en la historia. Sin embargo, estando el disfrute sexual históricamente negado a la mujer, cualquiera que se mostrara a sí misma como deseable y/o deseante era señalada y estigmatizada bien como bruja, bien como prostituta; pero en todo caso siempre como una aliada del mal, del demonio, de la tentación, que hacía uso de su sensualidad y erotismo para conducir a los hombres por el camino del mal. Son representaciones de esta mujer: Eva que tentó a Adán y lo condujo al pecado, y María Magdalena, imagen de la pecadora y la prostituta.

Aunque señaladas culturalmente como malas, estas mujeres eran al mismo tiempo objeto de deseo de los hombres. Mujeres no vistas como sujetos, sino como objetos con los que ellos se satisfacían.

Así, la erotización de la figura femenina ha atravesado una transformación desde la Antigüedad, cuando ese objeto erótico estaba representado por las diosas castas y puras, hasta la actualidad donde lo erótico, tal como lo describe Vargas Llosa (2012), es algo cada vez más banalizado y vulgar. De este modo lo erótico deja de ser ideal e inaccesible, para estar aparentemente cada vez más al alcance, pues se confunde el erotismo con la pornografía. Las mujeres como objeto de deseo fueron en un inicio las diosas y luego pasaron a ser las cortesanas, las ramerías, las prepago.

Tal como se vio en el recorrido histórico, en la Edad Media eran clasificadas dentro de esta categoría, las mujeres elocuentes y llamativamente ataviadas, pues estas características eran equiparadas a la facilidad de corrupción. En el Renacimiento estas mujeres eran tildadas de poseer tal voracidad sexual que incitaban a los hombres al pecado para entregarlos al demonio. En el siglo XIX, las prostitutas fueron señaladas por poseer un deseo masculino y por lo tanto transgredir las normas de comportamiento sexual. Sin embargo en este mismo siglo, como consecuencia de la reducción de nacimientos por la implementación de métodos anticonceptivos, las relaciones sexuales entre esposos empiezan a tomar mayor relevancia para las mujeres desde

una perspectiva diferente a la reproductiva, pasando a convertirse en mujeres más sensibles, activas y demandantes frente a su pareja; lo que sería la antesala para la transformación que tiene lugar en el Siglo XX, donde el matrimonio sufrió modificaciones sustanciales al dejar de estar fundado en la conveniencia económica y pasar a ser el lugar que goza de privilegios para que las parejas desplieguen sus emociones más íntimas. Así, toma más fuerza la aprobación del deseo sexual en mujeres diferentes a las rameras y éstas más abiertamente buscan hacerse desear de los hombres.

En la actualidad, ubicamos en esta categoría a las mujeres que buscan a toda a costa ser deseadas y para esto se valen de diferentes estrategias, según la lectura que ellas hagan de eso que los hombres desean.

Esta pretensión de ser el objeto de deseo de sus parejas nos remite en Freud al concepto de enamoramiento, donde se hace una diferenciación de las mociones tiernas y sensuales, y se da cuenta de las diversas clases de amor según converjan o no dichas mociones en un mismo objeto. Y particularmente, nos remite al caso expuesto por Freud según el cual para ciertos hombres no es posible la concurrencia de estas mociones en una misma mujer, y se hace necesario degradar a la mujer para desearla, mientras que sobreestiman a la mujer que aman (sustituta de la madre). En concordancia con esto, pareciera que a estas mujeres que buscan, ante todo, ser deseadas les resultara indiferente no ser el objeto de las mociones tiernas de su pareja, siendo suficiente y procurándoles satisfacción saberse el objeto de las mociones sensuales.

En suma, lo que pareciera que desearan estas mujeres es precisamente el deseo del otro: deseo de ser deseada. Es posible hablar para estos casos de una identificación con ese otro que tiene algo que ella desea tener (el falo) y ella, en contrapartida, se hace desear de él, ubicándose ella misma como sustituto del falo. Es decir, como producto de la envidia del pene -“la niña no lo tiene y quiere tenerlo”- surge esa identificación con su pareja que la hace ubicarse a sí misma en el lugar del falo. La elección de la pareja surge, en primera instancia de esa identificación y

podría hablarse, para estos casos, de una elección narcisista de la pareja, en tanto estas mujeres buscan en ese otro, el hombre que ellas quisieran ser, es decir ilusoriamente “no castrado”.

9.1.6. Ser amadas

Algo de lo que algunas mujeres ponen en juego al momento de elegir pareja es el amor. Y aunque esto podría parecer evidente, cuando decimos que en los dichos de ciertas mujeres la búsqueda de ser amadas por sus parejas es lo que predomina, es porque incluso hay algunas que parecieran renunciar al amor propio y a la aspiración de autonomía, al considerar que esto las expone a la pérdida del amor de los hombres. De otro lado encontramos aquellas que hacen lo que esté a su alcance para hacerse amar, y otras que interpretan como amor cualquier expresión de afecto o deseo.

Lo anterior se ve reflejado en frases como: “¿Por qué mierdas una busca la vida entera ser querida? ¿Por qué una es capaz de todo con tal de que la quieran?” (Serrano, 2011. p.218); y las que en su búsqueda de ser amadas no logran separar sexo y amor, y se sienten enamoradas luego de un encuentro erótico, como Juana, personaje de Diez mujeres: “Y el sexo por el sexo no me resulta mucho, si me encamo con alguien termino enamorándome, o al menos creyéndome enamorada” (Serrano, 201. p.88).

Floreana, personaje de El albergue de las mujeres tristes de Marcela Serrano, introduce la paradoja amor - deseo, cuando dice: Yo creo que los hombres no quieren amarnos [...] No nos aman desde que nos dio por pelear por el amor para nosotras, y ya no preocuparnos solamente de satisfacer al otro (Serrano, 1997. p.136). La verdad es que casi no he tenido pareja en estos ocho años, pues no hay con quién. Las mujeres económicamente autónomas y con vida propia estamos cada día más solas (Serrano, 1997. p.162).

Finalmente, está la mujer a la que le resulta necesario mostrarse toda, ser vista y conocida por su pareja completamente, porque considera que esa es la manera para que él la ame. Este es el caso de Susana quien le dice a Rodrigo: “Voy a ser clara y voy a hacer que me quieras porque me conoces, no porque me inventas -con mi silencio- algo que te sirve, algo que se acomoda a tu imaginación. Vas a quererme, o no, tal como soy, pero no me voy a hacer la santa ni la misteriosa. Voy a ser lo que soy: una habladora”. (Abad, 2009. p.27)

Todas ellas mujeres que lo que buscan en sus parejas es que las hagan sentirse amadas. Aunque para eso tengan que renunciar al amor propio, a la autonomía; aunque el precio que tengan que pagar sea alto, aunque inventen el amor en un encuentro sexual o aunque tengan que guardar silencio unas o exhibirse otras.

Históricamente, dentro de la estructura familiar la mujer tenía dos lugares culturalmente asignados: el de esposa y madre; que definían unas funciones específicas en el hogar: mientras los hombres trabajan, ellas permanecían ocupadas en las labores de la casa y el cuidado de los hijos. Así mismo, sumados a estos avatares de la vida familiar se conjugaban otros deberes como el de amar al esposo y serle fiel. Concretamente en la Edad Media, una de las obligaciones que adquiere la mujer al casarse era hacerse amar de su esposo, pero se le indicaba la justa medida en que debía hacerlo: “lo suficiente para evitar que éste se dejara llevar por la libido y le fuera infiel; pero a la vez, evitar también que la amara tanto que fuera ella misma la que desbordara la libido de él.” (Duby, 2003)

Se observa entonces que, para ese momento de la historia, la mediación del sentimiento obedecía más a la construcción y exigencias del modelo social, que a la elaboración individual de cada mujer.

Durante el siglo XVIII se comienza a aceptar el amor como sentimiento fundante para establecer el vínculo matrimonial y siguiendo esta línea, a las mujeres se les da un reconocimiento especial como esposas y madres. Ser amadas las convertía en mujeres buenas y por las cuales el esposo siente un profundo respeto y admiración; no obstante, el deseo sexual es excluido de este tipo de relaciones y reemplazado por el afecto y las creencias espirituales.

Este lugar de ser la amada dentro de la relación de pareja generó, con el paso del tiempo, discursos femeninos en torno a cómo algunas mujeres buscan sentirse amadas por su pareja a toda costa. Aunque esto implique adoptar posturas, opiniones, estilos de vida que, sin ser los propios, respondan a lo que ellas consideran busca un hombre en una mujer para amar. Estas mujeres quieren ser todo para sus parejas.

Tomando en cuenta lo anterior y de conformidad con lo manifestado por Freud acerca de la elección de objeto, en estas mujeres se establece un tipo de elección particular donde ese deseo de ser la amada corresponde a una elección narcisista en la que “su necesidad no se sacia amando, sino siendo amadas, y se prenden del hombre que les colma esa necesidad”. (Freud, 1914. p.86).

Este narcisismo originario que se percibe como fundante de la elección de objeto de estas mujeres las conduce a complacer al otro para ganarse su amor, para hacerse amar de él. Esta es precisamente, una de las características que Freud atribuye a la mujer y es que su elevado narcisismo la lleva a buscar a una persona que la ame y no una persona a quien amar; y esto se observa en los dichos de los personajes citados. Lo que resulta paradójico es que para lograr este propósito ellas están dispuestas a pagar incluso con su amor propio.

En estas dos últimas categorías, la del Deseo y la del Amor, se encuentran puntos coincidentes en tanto cada una de ellas corresponde a las dos caras de una misma moneda. Es

decir, ambas nos hablan de una elección de objeto narcisista, si bien su estrategia es distinta. Algunas de las que se ubican allí están dispuestas bien sea a renunciar al amor por mantener el deseo o a renunciar al deseo por mantener el amor; pues estas categorías son el claro ejemplo de la escisión entre objeto de amor y de deseo expuesta por Freud en 1912 en Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa, donde propone que de un lado hay una mujer a quien se desea y de otro lado está la mujer a quien se ama. Y, al parecer, ellas conocen esta disyuntiva y es a partir de ese conocimiento que eligen ubicarse en uno u otro lugar.

Si nos remitimos a la época actual, encontramos algunas mujeres que en su búsqueda por ubicarse en uno de estos lugares -donde se es por y para el otro- pero ante la falta de recursos simbólicos suficientes para lograr establecer lazos afectivos con un hombre e incluso mantenerlos, recurren a una estrategia prescrita por la sociedad como un “para todas”, así buscan moldear y contornear el cuerpo a través de las cirugías estéticas como medio para encarnar el ideal de mujer establecido social y culturalmente. Estrategia que utilizan para conseguir sentirse deseadas y amadas que surge debido a la imposibilidad de concebirse como únicas para el otro, lo cual las lleva a construir una teoría sobre lo que desea un hombre de una mujer, al punto de alienarse con el ideal de la época. Sin embargo, más allá de buscar cómo obtener la certeza del amor, a su vez que se sienten elegidas y deseadas, en el fondo se esconde una satisfacción narcisista. Usar al otro para hacerse ver.

10. CONCLUSIONES

El desarrollo de este trabajo nos ha permitido tener una visión más amplia sobre la lógica de la elección de pareja en algunas mujeres y los factores que se involucran en ella desde diversas perspectivas como los vínculos infantiles o elementos pulsionales articulados con la singularidad de cada una. Un tema que a pesar del paso de las épocas aún cobra vigencia y sigue siendo determinante en el análisis de los avatares de la vida amorosa.

A continuación se esbozan a manera de conclusión una serie de anotaciones finales sobre el tema, pero así mismo, algunos comentarios e inquietudes que quedan planteados para investigaciones posteriores:

Todos los dichos de mujeres que extrajimos de la literatura del siglo XX, que identificamos por sus repeticiones y categorizamos con la ayuda de la historia y de los planteamientos Freudianos, nos permiten colegir que los lugares ocupados por las mujeres en las relaciones de pareja y que marcan sus elecciones al respecto no son un asunto de época, a pesar de que ciertos momentos históricos favorecían una u otra posición; pues los vemos repetirse y agregarse unos a otros con el paso de los años y seguir vigentes en la actualidad.

A partir de la categorización de algunos lugares asumidos por las mujeres en sus relaciones de pareja y del rastreo de puntos comunes y de repetición en los dichos de diversas mujeres, encontramos que hay algo que escapa a la conjunción y que solo es posible comprender desde la singularidad de cada mujer, desde la observación una a una; y es aquello que tiene que ver con su subjetividad y que no es categorizable. Probablemente eso subjetivo lo encontremos en el lugar que cada una ocupa respecto de su pareja, quizá tenga que ver con las razones que la llevaron a buscar situarse justo allí. Razones albergadas en el inconsciente, de las que solo podemos tener noticia a partir de las manifestaciones del mismo en cada caso particular.

Las categorías emergentes en esta investigación nos hablan de unas mujeres que inmersas en la cultura son, a la vez, causa y consecuencia de la misma. Es decir, fusionadas con sus subjetividades aparecen las manifestaciones culturales, como la literatura, que más allá de simplemente ilustrar una realidad, cumple una función prescriptiva en tanto indica cómo se enamora una mujer, qué lugar asume en su relación y cómo debe enamorar a su pareja. Es por esta razón que, en los textos literarios seleccionados, no sólo vemos reflejados los relatos de algunas de las mujeres de nuestra cotidianidad; sino que son ellas mismas, las lectoras de estos libros, quienes ven en los personajes femeninos de las novelas modelos a seguir o espejos en los que ellas mismas se reconocen.

Las lógicas que se develan en los dichos de las mujeres seleccionados corresponden a los lugares de protección, compañía, parálisis, maltrato, deseo y amor; según la lectura que ellas hagan de eso que buscan los hombres en una mujer.

Hay algo común a la lógica de cada una de las elecciones descritas y es que todas parecen obedecer, aunque sea solo inicialmente, a un narcisismo. Este narcisismo tiene varias caras: hacerse amar, ser la excepción (la única), ser objeto y ponerse en el lugar de lo que se cree desea el otro.

Cuando lo que se busca es hacerse amar, es posible que no siempre se obtenga este propósito, pues la estrategia podría fracasar y en consecuencia, aunque la mujer logre ubicarse en uno de los lugares descritos: maltrato, protección, compañía, parálisis, deseo, amor; no consigue necesariamente el amor del otro.

Que la mujer se ubique en un lugar u otro de los descritos para hacerse amar es fácil de entender respecto a algunos lugares subjetivos descritos; no obstante en otros, como en el maltrato, pareciera incoherente que la mujer se sitúe allí precisamente buscando el amor de su

pareja. En este caso concreto, la mujer que se siente tratada como desecho interpreta el mal trato hacia ella y no hacia otras como prueba del amor del que también se siente objeto. Así aunque su queja sea el sentirse objeto (cosa), lo que busca precisamente es ser objeto (de amor) y lo obtiene por esta vía.

Aunque muchos de estos lugares asumidos por las mujeres expuestos este trabajo devienen de un rol que en la historia se ha presentado como pasivo, el ubicarse allí, tratando de convertirse en la excepción como estrategia para hacerse amar sustrayéndose de la serie donde están las otras mujeres, nos habla de un lugar activo de ellas. Activamente se hacen amar de sus parejas, activamente se hacen proteger, acompañar, desear e incluso hasta maltratar; activamente se hacen ubicar allí donde no están las demás, utilizando distintas estrategias que son, de acuerdo con las categorías que emergieron en este trabajo, ser protegida por el otro, acompañar a su pareja, permanecer muda e inmóvil en una relación, ser un desecho, ser el objeto de deseo, hacer y sacrificar lo que sea necesario por el amor del otro. Esto nos remite al postulado de Freud en el que precisa que la pulsión es siempre activa porque en los casos señalados, la pasividad, que parecía ser común denominador, es sólo aparente y en realidad es un lugar asumido desde el inconsciente para, activamente, alcanzar el amor de sus parejas y ser la excepción para ellos.

Los lugares en los que se ubican las mujeres en sus relaciones amorosas condicionan la elección de la pareja, porque el otro se elige sólo en la medida que le permita jugársela con aquello que de su subjetividad está puesto en el amor. Así pues, en los dichos citados y en las categorías expuestas vemos formas específicas de elegir pareja. Algunas de ellas se apuntalan en el padre protector, otras en la madre nutricia como primer objeto de amor y de satisfacción perdido en la infancia, otras tienen su fundamento en el propio narcisismo.

La elección de pareja deja de ser azarosa cuando lo que se busca en el otro es a un sustituto del padre, como protector; o un reencuentro con la madre, como proveedora de cuidados; o bien lo que se pretende encontrar en la pareja es algo de lo que la misma persona fue,

de lo que es, de lo que se quisiera ser, o de lo que fue parte de sí mismo. Partiendo de esta elección y de lo que la mujer interprete que el hombre desea, ella buscará ubicarse y ser ubicada en un lugar específico dentro de la relación de pareja.

Las figuras parentales servirán como señalizaciones en el camino para que las personas establezcan posteriormente un vínculo amoroso con otros. La elección en algunos casos va más allá de una cuestión de suerte, no está ligada simplemente a un efecto de la casualidad o del destino; entra en juego la repetición cimentada en las relaciones de la infancia; la elección del objeto de amor tiene su génesis en el intento por tramitar los hechos que no fueron elaborados en el pasado, hay un nexo entre la fantasía, lo infantil y lo que se elige.

Más allá de aquello que se repite en los dichos de algunas mujeres, existe una diferencia de significación individual que las responsabiliza a cada una de ellas por sus elecciones en la vida amorosa. Independiente del tipo particular de elección hay algo que es común a todas y es el empuje pulsional que está puesto en cada elección y conformación de la pareja. Un empuje que lleva a la búsqueda y consecución de una satisfacción parcial, morbosa o sustitutiva, aunque la misma sea sentida como displacer.

Como consecuencia del empuje pulsional, que tiene como meta inalcanzable su satisfacción, se observa una constante ambivalencia al interior de las relaciones de pareja que parece dejar a la persona en un lugar de insatisfacción permanente, pues no le es posible acceder a todo en su relación amorosa. Vemos entonces mujeres en una lucha continua queriendo satisfacer dos deseos que aparecen en sus vidas como opuestos e irreconciliables entre sí. Aquellas que en la búsqueda de amor y compañía parecieran reñir con la independencia y la autonomía también deseadas; de igual manera se observa en la categoría de Parálisis, donde hay un deseo de salir de una relación que al parecer no es satisfactoria (parálisis), pero a la vez hay algo que empuja a permanecer en dicha relación.

Al hacer un análisis de las categorías de Amor y Deseo, encontramos de manera paradójica que allí se sitúan las mujeres que en sus elecciones amorosas parten de la separación entre el objeto de amor y de deseo, bien sea porque en el objeto elegido ellas hacen esa escisión o porque se ubican, ellas mismas, en relación con su pareja en sólo uno de estos lugares, como si les resultara imposible ocupar ambos lugares a la vez. La imposibilidad de ser al tiempo objeto de amor y deseo parece estar ligada a la prohibición como fundamento que estructura la vida amorosa de algunas mujeres. Así, a algunas mujeres el erotismo les resulta inseparable de lo vedado y clandestino, y bajo esa lógica se ubican en un lugar de maltrato, desecho o degradación (a modo de castigo) cuando han transgredido tal prohibición sexual. Es decir, cuando dan rienda suelta a su deseo y quehacer sexual se sienten merecedoras de un castigo.

Para algunas mujeres, cuando la prohibición no se infringe, entonces la sexualidad queda excluida de las relaciones amorosas, y con ello quedan también excluidos los malos tratos a los que cree hacerse merecedora por transgredir la prohibición satisfaciendo su deseo sexual. El resultado en este caso serían relaciones amorosas donde se confirma que el objeto de deseo estaría de un lado (del lado de la prohibición) y el objeto de amor de otro lado (del lado de lo permitido y falto de erotismo).

Si bien se confirma con este trabajo la vigencia de los postulados Freudianos de los cuales emergen las categorías analizadas y su relación con las elección de pareja, éstos dejan en cierta medida, un desencanto proporcionado por una mirada del amor limitada por la determinación de la incidencia de la historia en la subjetividad -un intento por re-encontrarnos con una parte de nosotros mismos o con el primer amor perdido en la infancia- dejando por fuera la dimensión del encuentro con el otro y el reconocimiento de la alteridad. ¿Y si solo se tratase de eso? de buscar en el otro el reencuentro con la madre nutricia, con el padre protector o con uno mismo, ¿por qué entonces se terminan las relaciones? ¿Por qué se acaba el amor si se supone se encontró en el otro eso que fundamenta la relación? Freud en 1916 en su texto La transitoriedad admite que el amor es efímero y es esa misma transitoriedad la que exalta la belleza de todo aquello que se acaba.

¿La finitud del amor radica sólo en la imposibilidad de encontrar el objeto perdido de la infancia o hay algo más allá que tiene que ver con el encuentro/desencuentro entre dos personas?

BIBLIOGRAFÍA

Abad Faciolince, H.A. (2009). *Fragmentos de amor furtivo*. Bogotá: Punto De Lectura.

Alzate, L. (2001). *Las mujeres contemporáneas y los vínculos amorosos en el discurso capitalista*. Medellín: Universidad De Antioquia.

Aries, P. (1987). *Sexualidades occidentales*. España: Ediciones Paidós.

Arredondo, L. (2012). *Estado del arte: el concepto de amor en la obra freudiana*. Medellín: Universidad De Antioquia.

Asociación Americana de Psiquiatría (2000). *Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales*. (4ta Ed. Texto Rev). Washington, D.C.

Bauman, Z. (2007) *Amor líquido*. México: Fondo De Cultura Económica.

Bekin, S. &Rodriguez, Z. (2000) El amor como vínculo social, discurso e historia: aproximaciones bibliográficas. *Espiral: estudios sobre Estado y Sociedad Espiral*, 6 (17), 49-69.

Colorado, M. (1998). *Mujer y feminidad en el psicoanálisis y el feminismo*. Medellín: Universidad De Antioquia.

Dattilio, F. M. & Padesky, C. A. (1995). *Terapia cognitiva con parejas*. Bilbao: Editorial Desclée de Brouwer S.A.

De la Espriella, R. (2008). Terapia de pareja: abordaje sistémico. *Revista Colombiana de Psiquiatría*, 37 (1).

Doltó, F. (1997). *La imagen inconsciente del cuerpo*. Barcelona: Paidós Ibérica.

Duby, G. & Perrot, M. (2003) *T.1 La antigüedad*. En: Historia de las mujeres. Madrid: Taurus.

_____. (2003) *T.2 La Edad Media*. En: Historia de las mujeres. Madrid: Taurus.

_____. (2003) *T.3 Del Renacimiento a la Edad Moderna*. En: Historia de las mujeres. Madrid: Taurus.

_____. (2003) *T.4 El siglo XIX*. En: Historia de las mujeres. Madrid: Taurus.

_____. (2003) *T.5 El siglo XX*. En: Historia de las mujeres. Madrid: Taurus.

Ferenczi, S. (1984). Transferencia e introyección. En *Obras Completas I*. Madrid: Espasa-Calpe, S.A.

Freud, S.(1890). *Tratamiento psíquico (tratamiento del alma)*. En: Volumen I. Publicaciones prepsicoanalíticas y manuscritos inéditos en vida de Freud. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

_____. (1893-1895). *Estudios sobre la histeria*. En: Volumen II Estudios sobre la histeria. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

_____. (1900). *La interpretación de los sueños*. En: Volumen IV: La interpretación de los sueños. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

_____. (1905 [1901]). *Fragmento de análisis de un caso de histeria*. En: Volumen VII. Tres ensayos de teoría sexual y otras obras. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

_____. (1905). *Tres ensayos sobre teoría sexual*. En: Volumen VII. Tres ensayos de teoría sexual y otras obras. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

_____. (1905). *El chiste y su relación con el inconsciente*. En: Volumen VIII. El chiste y su relación con el inconsciente. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

_____. (1908). *La moral sexual cultural y la nerviosidad moderna*. En: Volumen IX. El delirio y los sueños en la «Gradiva» de W. Jensen, y otras obras. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

_____. (1910). *Cinco conferencias sobre psicoanálisis*. En: Volumen XI. Cinco conferencias sobre Psicoanálisis, Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci, y otras obras. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

_____. (1912). *Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa* En: Volumen XI. Cinco conferencias sobre Psicoanálisis, Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci, y otras obras. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

_____. (1918). *El tabú de la virginidad*. En: Volumen XI. Cinco conferencias sobre Psicoanálisis, Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci, y otras obras. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

_____. (1912). *Sobre la dinámica de la transferencia*. En: Volumen XII. Trabajos sobre técnica psicoanalítica, y otras obras (1911-1913), «Sobre un caso de paranoia descrito autobio-gráficamente (Caso Schreber). Buenos Aires: Amorrortu Editores.

_____. (1912). *Recordar, repetir, reelaborar (Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis, II)*. En: Volumen XII. Trabajos sobre técnica psicoanalítica, y otras obras (1911-1913), «Sobre un caso de paranoia descrito autobio-gráficamente (Caso Schreber). Buenos Aires: Amorrortu Editores.

_____. (1914). *Introducción del narcisismo*. En: Volumen XIV. Trabajos sobre metapsicología, y otras obras (1914-1916), «Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico». Buenos Aires: Amorrortu Editores.

_____. (1915). *Pulsiones y destinos de pulsión*. En: Volumen XIV. Trabajos sobre metapsicología, y otras obras (1914-1916), «Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico». Buenos Aires: Amorrortu Editores.

_____. (1916). *La transitoriedad*. En: Volumen XIV. Trabajos sobre metapsicología, y otras obras (1914-1916), «Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico». Buenos Aires: Amorrortu Editores.

_____. (1919). *Pegan a un niño*. En: Volumen XVII. De la historia de una neurosis infantil (Caso del «Hombre de los lobos»), y otras obras. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

_____. (1920). *Más allá del principio del placer*. En: Volumen XVIII. Más allá del principio de placer, Psicología de las masas y análisis del yo, y otras obras. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

_____. (1921). *Psicología de las masas y análisis del*. En: Volumen XVIII. Más allá del principio de placer, Psicología de las masas y análisis del yo, y otras obras. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

_____. (1920). *Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina*. En: Volumen XVIII. Más allá del principio de placer, Psicología de las masas y análisis del yo, y otras obras. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

_____. (1923). *El yo y el ello*. En: Volumen XIX. El yo y el ello, y otras obras. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

_____. (1923). *La organización genital infantil*. En: Volumen XIX. El yo y el ello, y otras obras. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

_____. (1924). *El problema económico del masoquismo*. En: Volumen XIX. El yo y el ello, y otras obras. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

_____. (1924). *El sepultamiento del complejo de Edipo*. En: Volumen XIX. El yo y el ello, y otras obras. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

_____. (1925). *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos*. En: Volumen XIX. El yo y el ello, y otras obras. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

_____. (1926) *¿Pueden los legos ejercer el análisis?* En: Volumen XX. Presentación autobiográfica, Inhibición, síntoma y angustia, ¿Pueden los legos ejercer el análisis?, y otras obras. Buenos Aires: Amorrortou Editores.

_____. (1927). *El fetichismo*. En: Volumen XXI: El porvenir de una ilusión, El malestar en la cultura, y otras obras. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

_____. (1931). *Sobre la sexualidad femenina*. En: Volumen XXI: El porvenir de una ilusión, El malestar en la cultura, y otras obras. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

_____. (1933). *33a Conferencia. La Femenidad* En: Volumen XXII. Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis, y otras obras. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Garciandia, J. & Samper, J. (2012). Las infidelidades: aprendiendo desde dentro de las conversaciones terapéuticas. *Revista Colombiana de Psiquiatría*, 41(3).

Giddens, A. (1995). *La transformación de la intimidad, sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*. Madrid: Ediciones Cátedra.

Havelock, E. (1911). *Autoerotismo*. Madrid: Hijos de Reus Editores.

Kernberg, O. (2003). *Relaciones amorosas. Normalidad y patología*. Buenos Aires: Paidós.

Klein, M. (2003). *Amor, culpa y reparación*. En Obras Completas 1. Buenos Aires: Paidós.

Kramer, P. D. (1998). *Conflictos de pareja*. Barcelona: Gedisa Editorial.

Lacan, J. (1954). *El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*. En: El seminario de Jacques Lacan. Libro 2. Buenos Aires: Paidós.

Laplanche, J & Pontalis, J.B. (1994). *Diccionario de Psicoanálisis*. España: Labor.

Lemaire, J. (1974). *Terapias de pareja*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Luhmann, N. (1985). *El amor como pasión*. España: Ediciones Península.

Martínez, E. (2008). *La posición femenina o las vicisitudes del materilerileró*. Medellín: Universidad De Antioquia.

Platón. (1944) *El Banquete*. México: Universidad Nacional Autónoma de México

Rendón, R. (2002). *Qué sostiene las relaciones de pareja heterosexuales: perspectiva psicoanalítica*. Medellín: Universidad De Antioquia.

Rogers, C. (1980). *El poder de la persona*. México: Manual Moderno.

Ruiz, Y. (2010). *Revista de psicoanálisis, psicoterapia y salud mental*, 3(7).

Serrano, M. (1997). *El albergue de las mujeres tristes*. Chile: Alfaguara.

_____ (2011). *Diez mujeres*. Madrid: Alfaguara.

Shinyashiki, R. & Bittencourt, E. (1995). *Amar sí se puede*. Bogotá: Editorial Norma.

Simonnet, D. (2004). *La más bella historia del amor*. Argentina: Fondo De Cultura Económica.

Vargas Llosa, M. (2006). *Travesuras de la niña mala*. Bogotá: Alfaguara.

_____ (2012). *La civilización del espectáculo*. Madrid: Alfaguara.

ANEXOS

Anexo 1. Fichas bibliográficas

	Diez mujeres	El albergue de las mujeres tristes	Las travesuras de la niña mala	Fragmentos de amor furtivo
Año publicación	2011	1997	2006	1998
Género	Novela	Novela	Novela	Novela
Autor	Marcela Serrano	Marcela Serrano	Mario Vargas Llosa	Héctor Abad Faciolince
Nacionalidad Autor	Chile	Chile	Perú	Colombia
Categorías encontradas	Amor	Amor	.	Amor
	Compañía	.	.	.
	Desecho	Desecho	.	.
	Deseo	.	Deseo	Deseo
	Miedo	.	Miedo	.
	Protección	Protección	.	.

Anexo 2. Tabulación de dichos

TABULACIÓN DE DICHS FEMENINOS BEST SELLER LATINOAMERICANOS							
No.	Dichos	Personaje	Categoría	Libro	Página	Autor	Concepto
1	“La verdad es que casi no he tenido pareja en estos ocho años, pues no hay con quién. Las mujeres económicamente autónomas y con vida propia estamos cada día más solas.”	Floreana	Amor	El albergue de las mujeres tristes	162	Marcela Serrano	Narcisismo
2	“Yo creo que los hombres no quieren amarnos (...) No nos aman desde que nos dio por pelear por el amor para nosotras, y ya no preocuparnos solamente de satisfacer al otro.”	Floreana	Amor	El albergue de las mujeres tristes	136	Marcela Serrano	Narcisismo
3	"Y el sexo por el sexo no me resulta mucho, si me encamo con alguien termino enamorándome, o al menos creyéndome enamorada	Juana	Amor	10 mujeres	88	Marcela Serrano	Narcisismo
4	“¿por qué mierdas una busca la vida entera ser querida? ¿por qué una es capaz de todo con tal de que la quieran?”	Guadalupe	Amor	10 Mujeres	218	Marcela Serrano	Narcisismo
5	"Voy a ser clara y voy a hacer que me quieras porque me conoces, no porque me inventas - con mi silencio - algo que te sirve, algo que se acomoda a tu imaginación. Vas a quererme, o no, tal como soy, pero no me voy a hacer la santa ni la misteriosa. Voy a ser lo que soy: una habladora."	Susana	Amor	Fragmentos de amor furtivo	27	Héctor Abad Faciolince	Narcisismo
6	“y la posibilidad de compartir... hacen falta cojones para prescindir de eso”	Andrea	Compañía	10 Mujeres	240	Marcela Serrano	Pulsión Parcial
7	“Trato de imaginarme sin Fernando y aunque la independencia me tienta, terminan primando en mi los deseos enormes de ser íntima con alguien, la necesidad de contar con un cómplice en medio de la hostilidad”	Andrea	Compañía	10 Mujeres	240	Marcela Serrano	Pulsión Parcial
8	"Además lo que a mí me preocupaba perder era la intimidad con mi cuerpo; que alguien me viera desnuda me parecía grave, no que alguien me atravesara con su lanza o me cortara con su daga una inútil membrana. Yo quería que me la enterraran, pero a oscuras (...)"	Susana	Deseo	Fragmentos de amor furtivo	51	Héctor Abad Faciolince	Pulsión Parcial
9	"Tú nunca vas a vivir tranquilo conmigo, te lo advierto, Porque no quiero que te canses de mí, que te acostumbres a	La niña mala	Deseo	Travesuras de la niña mala	271	Mario Vargas Llosa	Pulsión Parcial

	mí. Y aunque vamos a casarnos para arreglar mis papeles, no seré nunca tu esposa. Yo quiero ser siempre tu amante, tu perrita, tu puta. Como esta noche. Porque así te tendré siempre loquito por mí."						
10	"...al principio es siempre así, con los sensibles, con los responsables. Tal vez notan mis ganas excesivas, tal vez. O tienen miedo, como tú, de no poder satisfacerme, qué bobada, con lo fácil que és..."	Susana	Deseo	Fragmentos de amor furtivo	36	Héctor Abad Faciolince	Pulsión Parcial
11	"yo no persigo a los hombres, nunca tomo la iniciativa, nunca peleo por ellos abiertamente. Dejo que me seduzcan. Todo esto hasta que me viene la locura y pierdo los estribos, pero como sé que estoy perdiendo lo que yo llamo dignidad, me odio y me desprecio."	Juana	Deseo	10 Mujeres	88	Marcela Serrano	Pulsión Parcial
12	"Tenemos un pacto civilizado: cada uno puede vivirlo (el sexo) fuera de la pareja mientras no se hable de eso y se haga con discreción. La idea es no ponerlo de manifiesto públicamente, cuidar el honor del otro, especialmente el honor del hombre; a las mujeres nos importa menos, estamos más acostumbradas a ser basureadas."	Rosario	Maltrato	El albergue de las mujeres tristes	206	Marcela Serrano	Masoquismo
13	"nunca más seré el recipiente para la basura de mi marido"	Simona	Maltrato	10 Mujeres	130	Marcela Serrano	Masoquismo
14	"Otro ser humano, porque vive contigo, porque contrajo una alianza determinada llamada matrimonio, cree que puede usarte para derramar en ti cada uno de sus desperdicios, ya sean sus rabias, sus fallas, sus frustraciones, sus miedos, sus inseguridades"	Simona	Maltrato	10 Mujeres	130	Marcela Serrano	Masoquismo
15	"Así es cómo me va con los hombres... casi todos terminan dejándome"	Juana	Maltrato	10 Mujeres	88	Marcela Serrano	Masoquismo
16	"Mi debate interno era: o me entrego al cinismo o abandono a Octavio. Lo del cinismo es una herramienta a la que muchos acuden, mas aun con los años. Nos decidimos que ya somos adultos, que no debemos pensar en el amor cómo algo integral, una mancha no ensucia todo el mantel, y si la mancha es horrible, ¿qué tal si ponemos sobre ella un florero y punto?"	Simona	Parálisis	10 Mujeres	133	Marcela Serrano	Principio del Placer
17	"Para qué mover las cosas si se puede vivir paralizada. Estaba	Francisca	Parálisis	10 Mujeres	18	Marcela	Principio del

	convencida de que un corazón helado era una gran virtud”					Serrano	Placer
18	“mi única certeza es que la realidad se había convertido en una región helada e infeliz donde yo no quería habitar”	Layla	Parálisis	10 Mujeres	165	Marcela Serrano	Principio del Placer
19	“Soy perfectamente feliz, me dije, es probable que fuese mentira pero me lo dije igual”	Andrea	Parálisis	10 Mujeres	229	Marcela Serrano	Principio del Placer
20	“Años y años callada, se va haciendo una especie de nudo por dentro, una madeja, ya no hay cómo desenredarla. Todo se va poniendo oscuro. Uno tiende a dejar pasar las cosas que duelen y es un error, es una forma de no aprender”	Luisa	Parálisis	10 Mujeres	190	Marcela Serrano	Principio del Placer
21	"Te consta que he tratado de adaptarme a este tipo de vida, para darte gusto, para pagarte lo que me ayudaste cuando estuve enferma. (...) No puedo más. Esto no es vida para mí. Si me sigo quedando contigo por compasión, terminaría odiándote. Yo no quiero odiarte."	La niña mala	Parálisis	Travesuras de la niña mala	326 - 327	Mario Vargas Llosa	Principio del Placer
22	“Alcanzada su autonomía, se quedaron a medio camino entre el amor romántico y la desprotección. (...) Los hombres se sienten amenazados por nuestra independencia, y esto da lugar al rechazo, a la impotencia... (...) A este rechazo masculino siguen el desconcierto y el miedo femeninos”	Elena	Protección	El albergue de las mujeres tristes	33	Marcela Serrano	Edipo
23	“En mi medio, si no existiera la figura de un marido que poner por delante, me sentiría cómo tirada a los leones en pleno coliseo”	Andrea	Protección	10 Mujeres	240	Marcela Serrano	Edipo
24	“y sabía, con toda certeza que el precio para mantener la vida con él era la concesión”	Simona	Protección	10 Mujeres	131	Marcela Serrano	Edipo